


# QUEHACER



¡Falsas nomás  
eran, papay!



7 750560 299606 &gt;





# GIPSY TOURS



**Las Mejores Tarifas.  
Incluyen Impuestos.  
Consulte en nuestro  
counter otras promociones.**



**El mundo  
al instante**



Av. Larco 742 - A. Miraflores -  
☎ 445-9339 / 445-9355 / 446-6272 / 447-8058 Fax (551 1) 446-2913 - Lima - Perú  
[gipsytours@hotmail.com](mailto:gipsytours@hotmail.com)

UNMSM-CEDOC



# Regalo de **QUEHACER**



Para nuestros suscriptores

Vuela con **QUEHACER**

La ganadora fue nuestra suscriptora  
**GLADYS BUZZIO ZAMORA.**

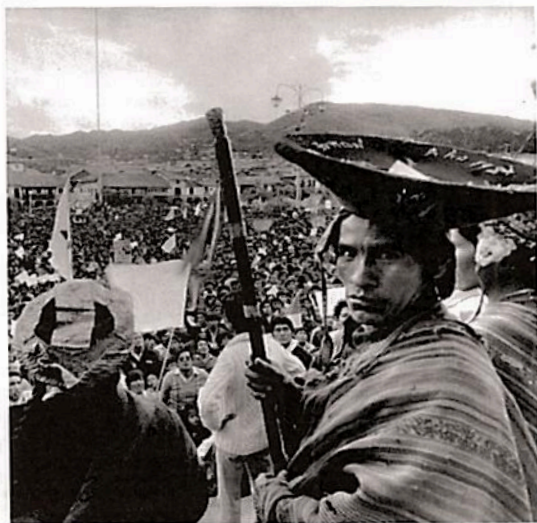
**Felicitaciones.**

Sigue con nosotros...  
y puedes ser el próximo en volar  
por el Perú.



# QUEHACER

Lima, enero-febrero 2000



**4** El proceso político peruano está marcado por unas elecciones generales cuyos procedimientos son cuestionados, como nunca antes, dentro y fuera del país.

**Director:** Abelardo Sánchez León  
**Editor fundador:** Juan Larco  
**Editor ejecutivo:** Hernando Burgos  
**Redactor:** Martín Paredes  
**Coordinación:** Mónica Pradel  
**Corrección:** Annie Ordóñez  
**Foto de carátula (detalle):** Roberto Fantozzi  
**Carátula, diagramación y composición:** Juan Carlos García M.  
**Dirección:** León de la Fuente 110, Lima 17, Perú. ☎ 264-1316. Fax 264-0128  
**Impresión:** INDUSTRIALgráfica S.A.  
**Suscripciones:** Cheques y giros bancarios a nombre de DESCO.

**Quehacer:** Revista bimestral del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, DESCO.

**Consejo Directivo de DESCO:** Eduardo Ballón, Presidente; Julio Gamero, Carlos Reyna, Alberto Rubina, Abelardo Sánchez León, Molvina Zeballos.

© DESCO, Fondo Editorial.

ISSN 0250-9806

Hecho el depósito legal: 95-0372

[http:// www.desco.org.pe/qh/qh-in.htm](http://www.desco.org.pe/qh/qh-in.htm)  
e-mail: [qh@desco.org.pe](mailto:qh@desco.org.pe)



---

## **Poder y sociedad**

- Más allá del bien y del mal / *Eduardo Ballón* 6 ✓  
Un presidente como tú / *Norma Fuller* 10 ✓  
Dime cuál es tu cara y te diré qué presidente eres /  
*Abelardo Sánchez León* 16 ✓  
El gran teatro de la política / *Alberto Adrianzén* 26 ✓  
Cuando se confunde desarrollo urbano con entrega de lotes /  
*Mario Zolezzi* 30 ✓

## **Jóvenes fujimoristas**

- El mito Fujimori / *Aldo Arozena* 35 ✓  
Yo voto por Fujimori / Entrevista con *David Velásquez Vásquez* 38 ✓

## **Universidad y política**

- Hola muchachos, compañeros de mi vida 40  
Sobre jóvenes y «juvenología» / *Romeo Grompone* 41 ✓  
San Marcos: otras voces, otros ámbitos / *Martín Paredes* 47 ✓  
PUCP: marcha de solitarios y autogolazo político / *Jerónimo Pimentel* 53 ✓

## **Crónicas**

- Amor, fractura y cebiche / *Alfredo Bryce Echenique* 62 ✓  
Sobre gazapos, evaluaciones y grajeas / *Edgardo Rivera Martínez* 70 ✓

## **Economía**

- El empleo precario, objetivo estratégico del gobierno / *Javier Iguíñiz* 78  
Las elites del poder y la búsqueda del orden / *Francisco Durand* 85

## **Ideas**

- El bachillerato y la formación (del síntoma) moral / *Guillermo Nugent* 90

## **América Latina**

- ¡Adelante tempestad...! / *Marcia Rivera* 98

## **Cultura**

- La batalla de la imaginación / Una entrevista con Alonso Cueto,  
por *Alonso Rabí Do Carmo* 102  
¿Cuál narrativa de los noventa? / *Selenco Vega* 108



*La elección presidencial del 9 de abril será ficticia en muchos sentidos. La gran impostura consiste en que el resultado no se va a producir recién ese día. El desenlace ha sido manufacturado pieza por pieza desde 1996. Desde ese año, una opción no democrática encarriló al país en una línea de montaje para que el producto sea una re-reelección.*

*El otro detalle que revela lo ficticio de esta elección es que entre los candidatos opositores y el oficial hay más semejanzas que diferencias. Como él, son pragmáticos, sin partidos, de ostentoso apoliticismo, supuestamente técnicos, de pocas definicio-*



## *De la mani a la mani*





# festación pulación

nes y de compromisos tan poco visibles como los de su competidor. Para creer que son distintos, realmente hay que querer creerlo.

La fábrica del millón de firmas terminó con los últimos crédulos. Las encuestas muestran que la gran mayoría del país conoce de la ficción. El ciudadano que vaya a las urnas, si no vota en blanco o viciado, votará entre resignado, malicioso y con un gran desapego. Lo hará sin creer y sin querer. La pregunta es cuánto tiempo y a qué precio puede vivir un país en estas condiciones. La respuesta es que el precio es muy alto y el plazo deberá ser el más breve posible. Hasta aquí nomás.

# MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL

**EDUARDO BALLÓN E.**



Susana Pastor

**S**i nos guiamos por los resultados de algunas de las principales encuestas de los últimos días, es claro que cerca del 75% de los entrevistados están convencidos de que las elecciones del próximo 9 de abril tendrán un importante componente fraudulento que correrá a cargo del

gobierno. Es decir que un importante porcentaje de los propios encuestados que votarían por el ingeniero Fujimori están convencidos de la eventual ilegitimidad del proceso que lo reelegiría.

En un sentido, dicha percepción no debe llamar la atención. Las distintas irregularidades que rodean al proceso



electoral, que vienen siendo denunciadas cotidianamente por los opositores y que son señaladas por las distintas misiones de observadores, incluida la de la Organización de Estados Americanos, muestran la tremenda erosión de la legitimidad del proceso, agravada recientemente por la documentada denuncia del diario *El Comercio* sobre la grosera y masiva falsificación de firmas que comprometería a uno de los socios de la alianza que lleva como candidato al presidente.

Lo que verdaderamente llama la atención es la indiferencia de un significativo grupo de peruanos, que simultáneamente aceptan la posibilidad de fraude y señalan su disposición a votar por aquellos que serían responsables del mismo. Más profundamente, lo que llama a reflexión es el comportamiento de los distintos sectores de la sociedad peruana, que asume la conducta de un «voyeur» en la coyuntura electoral. Una sociedad que parece resignada a moverse entre las quejas y la contemplación.

### SE MIRA, SE HABLA, PERO NO SE TOCA...

Es evidente que en todos los sectores sociales del país, las arbitrariedades del proceso electoral y la eventualidad de un fraude definitivo constituyen materia de conversación y hasta de malestar frecuente. A pesar de los esfuerzos del régimen y de la mayoría de los medios de comunicación por evitarlo, el tema se ha instalado como un sentido común.

Sin embargo, ese sentido común no produce ninguna forma de movilización, ninguna forma de acción colectiva que busque modificar la situación. Incluso los pronunciamientos recientes de distintos ciudadanos y de respetables organizaciones del país parecen resignados a expresar la denuncia y la queja, pero no proponen ninguna orientación para actuar.

Diera la impresión que como mudos espectadores de una obra que se ase-

meja a un conocido texto de García Márquez, desde la sociedad nos conformamos casi todos con la queja y con la posibilidad de responsabilizar a la política y a los políticos de la situación. A los unos por acción y a los otros por omisión.

Sin negar las responsabilidades que tocan tanto al gobierno como a la oposición —diferentes por cierto, pero responsabilidades al fin y al cabo—, interesa preguntarse por los mecanismos y los procesos más propios de la sociedad que contribuirían a explicar su comportamiento en la coyuntura.

Interesa hacerlo porque independientemente del resultado de los comicios del 9 de abril, es claro que la curiosísima relación entre la política y la sociedad que se revela en esta coyuntura, no se modificará de la noche a la mañana, porque es expresión de cambios y procesos profundos que vienen de atrás.

### LAS DISTINTAS «RAZONES»

La incapacidad de movilización de nuestra sociedad tiene, seguramente, distintas explicaciones válidas para cada uno de los segmentos que la componen. Así, los estratos D y E encuentran en la construcción de escuelas, el





mejoramiento y edificación de carreteras, así como en el incremento de su acceso a los servicios de agua, luz y comunicaciones, argumentos lo suficientemente poderosos como para mostrarse indiferentes ante la legitimidad o ilegitimidad del proceso electoral.

El estrato B y en alguna medida el C, por su parte, son los que expresando más abiertamente su malestar, tienen

cent dispuestos a renunciar a los procedimientos democráticos a cambio de asegurar sus intereses inmediatos.

Tales racionalidades, propias de una sociedad pre política, que permite únicamente identidades restringidas y primarias, y por lo tanto una búsqueda de representación sin representatividad, es decir en los términos de dichas identidades, se encuentran atravesadas,



CARETAS

mayores dificultades para movilizarse. No logran sentirse cabalmente representados por los distintos candidatos en la brega y se sienten particularmente agobiados por su lucha cotidiana por mantener sus condiciones de vida. Finalmente, el minúsculo estrato A es el que se siente menos afectado por la situación y por su eventual desenlace.

Lo que parece claro es que a partir de sus intereses inmediatos, además de fragmentados y claramente segmentados, la sociedad toda asume la posibilidad del fraude y la creciente ilegitimidad del proceso electoral como el costo menor a pagar para mantener las certidumbres que tiene cada segmento sobre su situación actual. Todos pare-

como es obvio, por las preocupaciones y temores que resultan del comportamiento de un régimen político autoritario y poco transparente.

### LA POLÍTICA NO ALIMENTA EXPECTATIVAS

Las limitadas expectativas de la sociedad en la política encuentran explicación parcial en la incapacidad que los políticos demostraron en la década del ochenta para autorreformarse y enfrentar eficientemente las profundas desigualdades socioeconómicas del país. Los sucesivos intentos de aquel entonces, recordemos, terminaron con más pena que gloria, entre otras cosas porque no lograron escapar al viejo



patrón aristocrático que marcó la política hasta entonces.

El APRA fracasó en su apuesta de renovación generacional a través de Alan García; la izquierda se desintegró tras naufragar en su intento de constituirse en un partido democrático y de masas; más recientemente, el intento de autorreforma liberal derivó hacia una propuesta señorial y de «blancos», concluyendo con la clara derrota de Mario Vargas Llosa.

Las expectativas de la sociedad en sus posibilidades de modernización e integración a la vida social y política que los partidos mal que bien trataban de recoger –en el 83 Barrantes ganó la Municipalidad de Lima ofreciendo una ciudad para todos y en el 85 García hizo lo propio con la Presidencia, anunciando su compromiso con todos los peruanos–, se empezaron a romper el 90 con la victoria de Alberto Fujimori –quien reemplazó la idea del «todo» por el anuncio de un «presidente como tú»–, así como con el rechazo de Mario Vargas Llosa a un acuerdo nacional.

Finalmente, el autogolpe de 1992 terminó de frenar la posibilidad de construir una comunidad política nacional. A partir de ese instante, gobierno y oposición fueron funcionales en la constitución del régimen político que hoy día tenemos. La política perdió representatividad ante una sociedad que tenía desde antaño grandes limitaciones para construir su representación. La democracia, como lo demuestra una encuesta de Propuesta Ciudadana de diciembre del año 1999, pasó a ocupar el último lugar de las preocupaciones de los ciudadanos. Dejó de ser un bien reconocido por todos, si alguna vez lo fue.

## Y DESPUÉS DEL 9 DE ABRIL, ¿QUÉ?

Es previsible que la lógica de quejas y contemplaciones a la que estamos asistiendo y de la que formamos parte, de una manera o de otra, con más o con

menos malestar, continúe hasta el 9 de abril. Como es previsible también que las grandes sombras sobre el proceso sigan sin esclarecerse con los consiguientes costos de legitimidad para quien resulte elegido.

Lo que resulta claro es que si los miles de peruanos que sentimos y expresamos nuestro descontento con la situación y que nos manifestaremos a través del voto –ya sea contra Fujimori, ya sea a favor de él, porque insistimos con el punto con el que iniciamos esta reflexión–, no queremos vernos permanentemente en esta situación, tenemos el imperativo de recuperar el sentido de la política y de resolver su divorcio de la sociedad.

Ello nos obliga a buscar participar efectivamente en las decisiones que afectan nuestra vida, a contribuir en la construcción de una cultura ciudadana de derechos y deberes, y de una comunidad política nacional, capaces de superar las identidades restringidas a las que nos limitamos hoy en día.

Y participar eficaz y democráticamente en las decisiones públicas, que son las que nos involucran, exige la constitución de partidos políticos, es decir de colectividades que busquen construir la representación de la sociedad peruana y de sus distintas agendas, resultado de su realidad heterogénea, diversa y múltiple.

Sólo construyendo partidos políticos nuevos, modernos y democráticos seremos capaces de recuperar el sentido de la acción colectiva y de superar las identidades primarias a las que hoy en día nos aferramos, que indudablemente perpetúan y profundizan las desigualdades de nuestra sociedad.

Independientemente de la orientación ideológica de los mismos, ésta es una tarea que debe comprometer por igual a todos quienes nos sentimos ya cansados de este comportamiento de quejas y contemplaciones que ha caracterizado a nuestra sociedad en los últimos años. ■





P. de Cordon

UN PRESIDENTE COMO TÚ

NORMA FULLER



**M**e piden que avance algunas reflexiones sobre las razones por las cuales las poblaciones más pobres de los medios rural y urbano perciben a Fujimori como un presidente cercano a ellas. Suponiendo (dato no probado) que esta afirmación es cierta, deberíamos comenzar por preguntarnos qué cualidad personal, estrategia política, fórmula propagandística o programa de gobierno ha permitido que un hombre, sin facilidad de palabra ni rasgos físicos o culturales que incentiven su identificación con estos sectores, sea percibido como el más popular y accesible de los candidatos presidenciales. ¿Se identifican con él porque encarna valores significativos para ellos? ¿Tiene Fujimori un carisma especial que le permite llegar al corazón de los más necesitados? ¿Maneja un aparato de propaganda sumamente eficiente destinado a capturar la aprobación de quienes constituyen la mitad de la población del Perú? ¿Suerte bendita, puro chiripazo?, o ¿justo premio a su ardua y comprometida labor por el bienestar popular? Obviamente no tengo la respuesta a estas preguntas, pero trataré de usar la base de mi experiencia trabajando entre poblaciones rurales y migrantes de extrema pobreza en el Perú, la literatura antropológica y algunos datos sobre la política social de la presidencia para lanzar ciertas hipótesis respecto a estas interrogantes.

Sea porque está bien aconsejado, sea debido a cualidades personales (o a una combinación de ambos) Fujimori parece encarnar al político, si no campechano –logro difícil dada su cortedad verbal–, plebeyo: «como tú». Sin embargo, ha conseguido disociar lo popular de la imagen de viveza que lo acompañaba y, aparentemente, conjuga la llaneza con la eficiencia. Desde los días en que se paseaba en su fujimóvil vestido con chullo y poncho, se combinó la recuperación de ciertos elementos de la cultura local con los signos del progreso. Fujimori se pre-

sentaba como aquél que maneja la tecnología que, en el imaginario de las poblaciones rurales y migrantes, se asocia al saber y al progreso. En coherencia con esta estrategia, Fujimori ha hecho de la construcción de escuelas uno de los caballos de batalla de su programa social. Más aún, los medios de comunicación han difundido profusamente las imágenes del presidente donando personalmente computadoras en planteles escolares de todo el país. Este equipo no llegaba como parte de un programa de equipamiento básico, sino como el gesto de un presidente determinado a traer la tecnología y el conocimiento al pueblo. Si además éste acude vestido a la moda local y reparte camisetas y comida al ritmo de la banda local, la combinación resultará perfecta: saber, subsistencia y fiesta.

Pero esta estrategia, aunque eficiente, ya es conocida, nuestros caudillos locales la usaron desde comienzos de la República. Por ello buscaremos algunos rasgos que caractericen o se atribuyan a la persona o a la manera de actuar de Fujimori que contribuyan a identificarlo con los más pobres. Éstos serían el manejo de símbolos que lo asocian con los excluidos, su rechazo a los rituales políticos tradicionales y su identificación con el héroe que, habiendo nacido pobre y excluido, logra progresar.

Así, por ejemplo, el uso de vestimentas locales en cada visita a poblaciones campesinas o nativas contribuye a producir un efecto de cercanía porque rompe con el protocolo y le quita solemnidad, plebeyiza la figura presidencial para ponerla al nivel del pueblo. Esta estrategia es doblemente eficaz porque el vestido nativo o campesino ha sido, a lo largo de los siglos, el signo exterior que los identificaba como tales y un símbolo de su estatus inferior. El presidente se acerca al pueblo quebrando el ritual y asumiendo la marca de los excluidos. En contraste con los políticos tradicionales que se caracterizan por la labia y la pompa, Fujimori destaca por la parquedad y la



informalidad. Esto puede haber contribuido a que se lo perciba como una alternativa diferente a los gastados líderes del pasado.

Ciertas características personales de Fujimori, como su dificultad para expresarse verbalmente y sus evidentes fallas en el uso del castellano, pueden también jugar a su favor. El idioma ha sido y es la principal marca que separa a las poblaciones excluidas. Ser monolingüe quechua o de otra lengua nativa, o tener acento, «ser motoso», constituye la principal fuente de discriminación, tanto para el campesino o nativo que visitan la ciudad como para el migrante. En el medio rural el manejo del castellano ha sido tradicionalmente el rasgo que separa a los «mistis» y «wiracochas» de los «indios». El presidente es «mososo» y ha llegado a la cúspide del poder. Esto puede contribuir a que se lo perciba como alguien que, compartiendo el mismo estigma, ha podido superarlo y, más aún, ponerse por encima de los demás. De algún modo Fujimori encarnaría al héroe del mito del migrante que «se hizo solo» a pesar de todas las barreras sociales y culturales en contra.

El hecho de ser japonés puede ser un elemento que contribuye a alimentar el mito del pobre excluido y discriminado que triunfa a pesar de la adversidad. El Japón es un país compuesto por gente que comparte con nosotros el estigma racial. Son orientales, de una raza menos valorada en la escala nacional e internacional, y fue vencido en una guerra. Sin embargo, es un país que en pocas décadas se ha levantado luego de la derrota para convertirse en modelo de éxito y abundancia. Es decir, encarna la realización del mito del progreso pero lo revierte porque coloca a una nación vencida y discriminada (como el Perú) como vencedora. Desde esta perspectiva, para los peruanos es más fácil identificarse con el Japón que con Europa o los Estados Unidos. Es exitoso, pero todavía cercano.

No obstante, no se trata de una fór-

mula generalizable, como el mismo Fujimori o su equipo parecen haber pensado alguna vez. Esto se hizo evidente cuando intentaron transferir sus votos a Yoshiyama que es de origen japonés, ingeniero, sin facilidad verbal, huancaíno y contaba con «todo el apoyo» del presidente y su máquina publicitaria. Por otro lado, Belaunde fue un presidente muy querido sin que sus aires aristocráticos y su blanca apostura medraran en su carisma. De este modo, aún cuando podamos detectar algunos elementos del imaginario popular que explicarían por qué los más pobres se identificarían con Fujimori, ello no nos conducirá a un patrón reproducible ni científicamente manejable. Se trata de un conjunto de elementos que conforman un diseño único y producen un cierto enganche entre los mitos populares y la figura de Fujimori. Empero, estas identificaciones son muy volátiles y pueden convertirse también en el motivo por el que la gente se aleje de él en un futuro.

Un elemento, que es más del orden de la estrategia, pero que contribuye a reforzar el patrón arriba descrito, es la presencia. «Él estuvo allí» es una de las frases más potentes en política, porque garantiza la verdad de lo dicho. Sobre todo si va acompañado, como es el caso de Fujimori, de un mensaje que remarca que «los otros no van ni se ocupan». Por otro lado, en una población que desconfía de los políticos y de la administración central, la presencia física del presidente crea la sensación de que él está controlando los hechos para garantizar que los proyectos se cumplan y para mantener a raya a los políticos locales y a los burócratas, siempre sospechosos de usar los fondos estatales para sus propios fines.

Este estilo personalista de dirigir la relación con los sectores mayoritarios renueva la más añeja de las tradiciones paternalistas. En diez años de gobierno se han desmontado todas las organizaciones populares de base para reemplazarlas por una dependencia directa de programas de apoyo estatales



tales como Foncodes, Pronaa, Pronamachs, etc., etc. Sin embargo apela a la figura, profundamente internalizada entre los más pobres y desprotegidos, del padre protector y proveedor.

El programa de Fujimori ha tocado también una cuerda extremadamente sensible en las poblaciones desfavorecidas: la propiedad de la tierra. Este gobierno ha emprendido una masiva y bien orquestada campaña de titulación que cumple con el más ansiado sueño de las poblaciones campe-

sina y migrante: regularizar sus títulos, tarea que no se había conseguido en toda la vida republicana y que puede reforzar la imagen del presidente que «sí se ocupa de ti». No es de extrañar, entonces, que la actual campaña presidencial haya escogido como caballo de batalla la promesa de entregar lotes de terreno a todos los peruanos.

Finalmente está el ya trillado tema de la pacificación, que sin duda contribuye a que la población peruana perciba a Fujimori como un político efectivo.<sup>1</sup> Es evidente que existe una mani-



Daniel Pajuelo

1 Aunque yo tengo reparos sobre los inmensos y a menudo innecesarios abusos a los derechos humanos que significó. Esta campaña vino unida a una bien orquestada propaganda que buscaba atribuir todo el mérito de la victoria sobre Sendero a Fujimori y evadía informar que el plan de pacificación en el medio rural se inspiró fuertemente en el ya exitoso programa aplicado en el Salvador.

pulación de estas imágenes y que el discurso del gobierno legitima el personalismo del presidente y sus ataques a las instituciones democráticas, argumentando que «salvó y pacificó al país» y sólo él tuvo el coraje de llevar a cabo estas hazañas. Sin embargo, yo quiero mirarlo desde otro ángulo: el



del imaginario de género. En un país machista como el Perú, la figura que está en el poder debe ser viril, fuerte y capaz de imponerse. El discurso local presenta a Fujimori como alguien que tuvo las agallas para llevar adelante la

de la ley, sino llamando la atención sobre la evidente asociación entre las imágenes populares de lo que es ser un hombre fuerte y la manera de actuar del presidente.

Sin embargo, no puedo sentirme satisfecha con una explicación puramente culturista a la interrogante sobre la cercanía entre Fujimori y los sectores más pobres. Los valores culturales explican las imágenes y razones que las personas usan para dar sentido a sus acciones, pero no actúan en el aire ni, menos aún, sin tener en cuenta los hechos. Pienso que los factores más importantes, y aquéllos que sí se han trabajado con precisión y cálculo, son el manejo de la propaganda y de los programas de asistencia social. Es hecho sabido que la presidencia controla virtualmente todos los medios de comunicación radiales y televisivos, y maneja una extensa red de periódicos estudiadamente populares en su lenguaje. Todos estos medios trabajan para producir una imagen «cercana y eficiente» de Fujimori y para denigrar a sus oponentes. Este año el Ministerio de la Presidencia ha gastado setenta millones de dólares en propaganda. Evidentemente, si bombardeamos a una población con mensajes e imágenes, algún resultado vamos a obtener. Incluso, no sería extraño que



lucha contra Sendero Luminoso y no aceptó negociar con los captores de la embajada japonesa. Es, pues, un hombre con «agallas», con mando. No estoy haciendo una apología del machismo que exacerba los valores agresivos y, precisamente, alimenta la noción de que Fujimori puede estar por encima

la imagen de cercanía sea producto de la manipulación de las imágenes por la cual el hecho de definir una situación como real conduce a que los auditorios la consideren como tal. No me sorprendería que la cercanía de Fujimori haya sido inflada y difundida exhaustivamente hasta convencernos de su



verdad. En lo referente a los programas de apoyo social, hoy en día el 42% de la población nacional y el 70% de la población rural recibe ayuda gubernamental para satisfacer sus necesidades alimenticias. Es decir, dependen directamente de alguno de los programas de ayuda que son financiados o administrados por la presidencia para sobrevivir.

No obstante, lo que deseo discutir aquí es por qué estas poblaciones pensarían, contra toda evidencia histórica<sup>2</sup>, que sólo Fujimori ha invertido en obras entre los pobres y que estos logros se perderían si él no estuviera al frente del país. Mi hipótesis es que el azar histórico ha jugado un papel decisivo para identificar a Fujimori como un candidato que, a diferencia de sus contendores los políticos tradicionales, sí se ocupa de los pobres. Entre 1973 y comienzos de los 90, la presencia del Estado retrocedió significativamente debido a la crisis económica que asoló a los países en vías de desarrollo. Quienes más sufrieron de la retracción del gasto estatal fueron los campesinos y los pobres urbanos porque son las poblaciones más vulnerables. A fines de los años 80 esta situación comenzó a revertirse, el tema del combate a la pobreza entró en la agenda internacional y se adoptó la estrategia de la focalización. De acuerdo a esta última, en lugar de destinar fondos al desarrollo nacional o local se diseñaron programas dirigidos específicamente a los más necesitados. Así, los préstamos recibidos de las agencias de desarrollo y de cooperación deben destinarse a la población que no cumple con sus necesidades básicas. Para obtener el apoyo de las agencias internacionales de cooperación, el Estado peruano debe demostrar que está implementando políticas en esta direc-

ción. No se trata de una elección personal ni de un programa que Fujimori traía antes de asumir el poder, sino de uno de los requisitos que todo gobierno debe cumplir para acceder a ayuda, préstamos y negociaciones en el ámbito internacional

Después de un vacío de 15 años, de retracción del gasto estatal debido a la crisis de la deuda externa y de la destrucción desencadenada por Sendero, la administración Fujimori invirtió en reconstrucción y construcción de infraestructura, educación, salud y asistencia alimentaria en el campo y entre los sectores pobres urbanos. Este contraste entre 15 años de vacío y la actividad actual, unido a una dependencia real de la distribución de medicinas y alimentos, contribuye a crear la aureola de ser el único político que se acerca al pueblo y, sobre todo, ha generado que el 42% de la población del Perú dependa directamente de la ayuda del presidente para subsistir cotidianamente. La memoria política es corta en un país compuesto en su mayoría por una población menor de 15 años; así, para aquéllos que crecieron en un clima de desatención, Fujimori resulta ser el «único que trabaja para los pobres» y ocupa el lugar del padre que provee. Es muy posible que estos sectores teman que la falta de esta figura protectora signifique perder su ración diaria, sobre todo si como ha sido repetidamente denunciado, los agentes gubernamentales (ayayeros según el presidente) no dudan en recurrir a la intimidación para asegurar la lealtad de sus votantes (¿dependientes?).

Sagacidad política, eficiencia, una estrategia de comunicaciones efectiva, suerte bendita, regresión clientelística, identificación con ciertos rasgos personales y culturales, inversión social..., un poco de todo esto ha contribuido a crear una figura que combina elementos aparentemente inconexos para componer la ilusión de un «presidente como tú».

2 Leguía, Odría y Belaunde invirtieron mucho más que Fujimori en obras de infraestructura y de apoyo a las poblaciones de bajos recursos.





*Con otro disfraz, lejos de sus queridísimos sectores C, D y E, Alberto Fujimori cena en la hospedería Petersberg, en compañía del presidente Roman Herzog –quien pronuncia un discurso–, y con el entonces canciller Helmut Kohl, durante una visita oficial a Alemania en octubre de 1996.*

# *Dime cuál es tu cara y te diré qué candidato eres*

**ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN**



En el Perú las elecciones políticas no se caracterizan por la presentación de propuestas o planes de gobierno. Lo fundamental reposa en los rasgos étnicos de los principales protagonistas y en la capacidad que muestren para identificarse con amplios grupos sociales o momentos históricos de la sociedad.

Resulta más importante, por ejemplo, la empatía que sostiene Alberto Fujimori con amplios grupos emergentes de las ciudades, con la denominada cultura informal o chicha, representada por el bullicioso ritmo de la tecnocumbia. Alberto Andrade no es sólo el alcalde de la ciudad capital, sino un adicto al criollismo, y todos reconocemos en aquella expresión cultural un cierto retraimiento, sobre todo después de la insurgencia senderista y la manifestación chicha que inunda las principales ciudades comerciales del país, como Chiclayo, Chimbote, Huancayo, Juliaca, Pucallpa o la misma Lima.

Cada candidato, dentro de sus posibilidades, anhela ser un peruano capaz de representar física y culturalmente la gama de etnias que pueblan el vasto y diverso territorio nacional. Nadie, que no quepa duda, desea cargar con el peso muerto de ser llamado pituco. Si por casualidad algún candidato se descuida, le arrimarán sin compasión ese estigma.

En las elecciones de 1990 Mario Vargas Llosa cargó sobre sus hombros el sambenito del «blanquito pituco». Alberto Fujimori, mientras tanto, sacaba provecho de esa situación y se encargaba de reunir todas las variedades del Perú ancho y ajeno en la vigorosa figura del «chinito».

A Fujimori, en su vida le han dicho «ponja». Ser llamado chino, en su caso, equivale a ser cholo. Por más que Mario Vargas Llosa haya vivido entre el Vargas de Jesús María (lo hizo en varias casitas alquiladas por su padre) y el Llosa de Miraflores (siempre bajo la adusta figura patriarcal del abuelo materno), nunca pudo evitar ser políticamente visto como el «pituquito», el «europeo», el sabelotodo, pero que del Perú no sabía ni jota.

Vargas Llosa se ha forjado en colegios nacionales, como el Leoncio Prado y el Miguel Grau de Piura. En un momento de incertidumbres financieras familiares, casi se matricula en la GUE Melitón Carbajal. Luego hizo estudios de Derecho y literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. La historia de Alberto Fujimori no es del todo distinta. Hijo

*Un «pajareado»  
Máximo San  
Román, aún amigo  
de Alberto Fujimori  
pero distante por lo  
que considera una  
actitud dictatorial  
del régimen.*



Eduardo Martínez

legítimo del populoso distrito de La Victoria, hizo sus estudios en la GUE Alfonso Ugarte y en la Universidad Nacional Agraria, La Molina. Vargas Llosa, a pesar de su rostro cetrino, de su paso infantil por los climas andinos de Arequipa y Cochabamba, es considerado por la opinión pública, en general, mucho menos peruano que Alberto Fujimori Fujimori, genéticamente un japonés. «Allá tú –le dirán probablemente a Mario Vargas Llosa los peruanos de toda condición y extracción, raza y religión– que te da por vivir en París, en Londres o en Washington... Si por lo menos lo hicieras en Miami, ciudad que conocemos y nos parece genial... Quizá si vivieras en la tierra de Gloria Estefan te entenderíamos un poco más...»

En los últimos diez años Alberto Fujimori se ha puesto las más diversas vestimentas de las regiones del país; ello incluye, por supuesto, teladas fichas que nada tienen que hacer con los ternos humilditos de sus épocas de profesor universitario o los sweaters que le tejían sus familiares en casa. No importa ahora si esos diversos atuendos le asientan o no; si esos sombreros norteños o ponchos de recia envergadura o túnicas amazónicas son auténticas en él o no. Lo cierto es que se los pone y no despiertan el sentido del ridículo.

El truco de su éxito radica en no ser nunca una sola persona. Curiosamente, Alberto Fujimori no representa un único segmento étnico o cultural o racial o de clase en el Perú. Su primer vicepresidente, Máximo San Román, cusqueño de pura sangre, cholo por los cuatro costados y por donde se le mire, no tuvo la increíble capacidad de transformación que posee





Virgilio Grajeda

*«Pico» Salas, el hombre del sombrero y los cantos de sirena de la descentralización.*

Fujimori. Cuando Máximo San Román se propone presentarse con el verdadero rostro del peruano profundo, acostumbra hablarnos en quechua, pero pocas son las personas que lo entienden. Máximo San Román se refugia en la historia andina, que resulta lejana para los emergentes sectores populares que habitan las ciudades de las tres regiones naturales del país.

Algo similar le sucede a Javier Pérez de Cuéllar, el principal rival que tuvo Fujimori en las elecciones de 1995, diplomático y político peruano que habla inglés con acento, a pesar de que sus conciudadanos estén convencidos de que sus modales atildados, educados, cosmopolitas, de limeño de antes y verdadero señor, van de la mano con un inglés o francés propio de un antiguo Secretario General de las Naciones Unidas, cargo que ocupó entre 1982 y 1991.

Entre estos dos extremos es posible encontrar, aún sin símbolo preciso, a Luis Castañeda Lossio, un provinciano costeño, chichayano para mayores señas, que parece, por lo tanto, un limeño venido a menos. Es decir, alguien que lucha por conservar cierta ilustración, cierta información tecnológica, pero que toma conciencia del retroceso que ha tenido la educación en los sectores medios. Castañeda opta por las camisas sencillas, generalmente blancas (hoy amarillas, por estrategia electoral), de manga corta, para presentarse ante el público con la sencillez del hombre de la calle. Castañeda tiene el síndrome de la camisa blanca; es decir, del empleado público (especie casi inexistente después de la aplicación del modelo liberal), del profesor de escuela (también casi inexis-



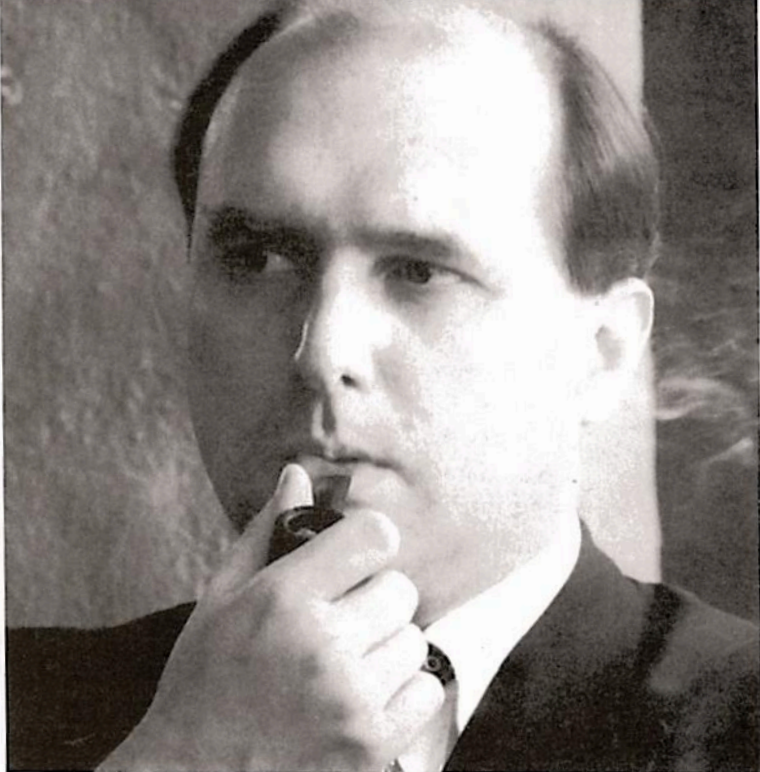
*Esta vez lejos de Harvard, peso pluma Alejandro Toledo sube en las encuestas.*

tente) o del líder sindical ilustrado (prácticamente inexistente). Luis Castañeda suele presentarse como el exponente digno de la clase media, con familia completa y feliz, casa y jardín, símbolos todos en extinción y que tendrían, como van los tiempos, una connotación escéptica. No olvidemos que el divorcio de Fujimori no melló necesariamente su popularidad, como se pensó en su momento, a pesar de los tormentosos picos que tuvo el proceso de separación... Castañeda tiene la estampa de un peruano a quien le cuesta muchísimo educar a su prole en colegios privados, que gasta demasiado en servicios domésticos básicos (por ello anda más bien flaco); persona seria, honesta, eficiente, servicial con su país, despierta curiosamente recelo en las grandes mayorías que desconfían de aquellas personas que están dispuestas a entregar lo mejor de sí sin recibir nada a cambio.

En este lugar del espectro encontramos también a Alejandro Toledo, el cholo más puro que pueda existir con pretensiones presidenciales; cholo que despertaría la sana envidia de Tulio Loza, cómico nacional que parodia en la televisión la posibilidad de un presidente cholo. Toledo es un cholo serio, de saco y corbata, que se vincula con el gran mundo de la política y las finanzas a través de un castellano con sabor a chicle. Y es que Toledo tira su inglés para desesperación de los apristas antiimperialistas y del cusqueño Máximo San Román. Alejan-



*Francisco Tudela  
van Breugel-  
Douglas, «solapa»  
dandy criollo,  
amarradito con  
Absalón.*



CARETAS

dro Toledo sería la versión en cholo de Alberto Fujimori. Listo, con cátedra en ESAN y algo de Harvard, sufrido y exitoso como el chinito presidente, pero cholito, demasiado cholito quizá, como para que los cholitos voten por él como presidente del Perú. (Así como en un determinado momento se pensó que Fernando Belaunde debía ser presidente de Suiza, ahora, quizá, la opinión pública considere que Toledo debe ser presidente de Ecuador o Bolivia). El drama de Toledo radica –a pesar de que se apellida como el oscuro virrey de las reducciones– en que sea visto como demasiado peruano si llegara a ser presidente. Cómo rayos tomar en serio a un cholo con tales pretensiones, Dios santo... Toledo/Ohio tendría que blanquearse un poquitito, quizá como lo hizo Mario Vargas Llosa (no tanto, sin embargo, para que no lo lleguen a considerar un «blanquito pituco»). A pesar del tiempo transcurrido, Toledo forma parte todavía de aquella tradición representada por Sánchez Cerro, Odría y Velasco Alvarado –tres cholos retintos, soldados de raza, peruanos que peruanizaban el Perú con su facha presidencial, pero respaldados por una institución sólida como es el ejército. Toledo sólo tiene la telada, la esposa europea, el acento gringo y un amplio recorrido universitario, a través del cual busca desesperado aquel link con las grandes mayorías sociales de las que proviene y, sin embargo, no lo reconocen como un igual.

Alberto Fujimori no tiene un pelo de tonto. Así como antes escogía para formar parte de su plancha presidencial a los cholos más exitosos del momento, empresarios, por supuesto, que provenían de las entrañas mismas de la ciudad en formación—Máximo San Román en 1990 y Ricardo Márquez en 1995—para las elecciones del año 2000 su olfato ha girado bruscamente. El turno le corresponde al dandy Francisco Tudela, un académico que usa ternos hechos a la medida, cuyo español perfecto, pausado, discurre sin exabruptos, un político quizá sin esquina pero con harta biblioteca, cuyo inglés y francés debe ser casi tan perfecto como el de Hernando de Soto. Francisco Tudela acostumbra expresar su pensamiento sin violentar a sus interlocutores, pero traza sutilmente las matrices de lo que será el régimen político peruano del siglo XXI.

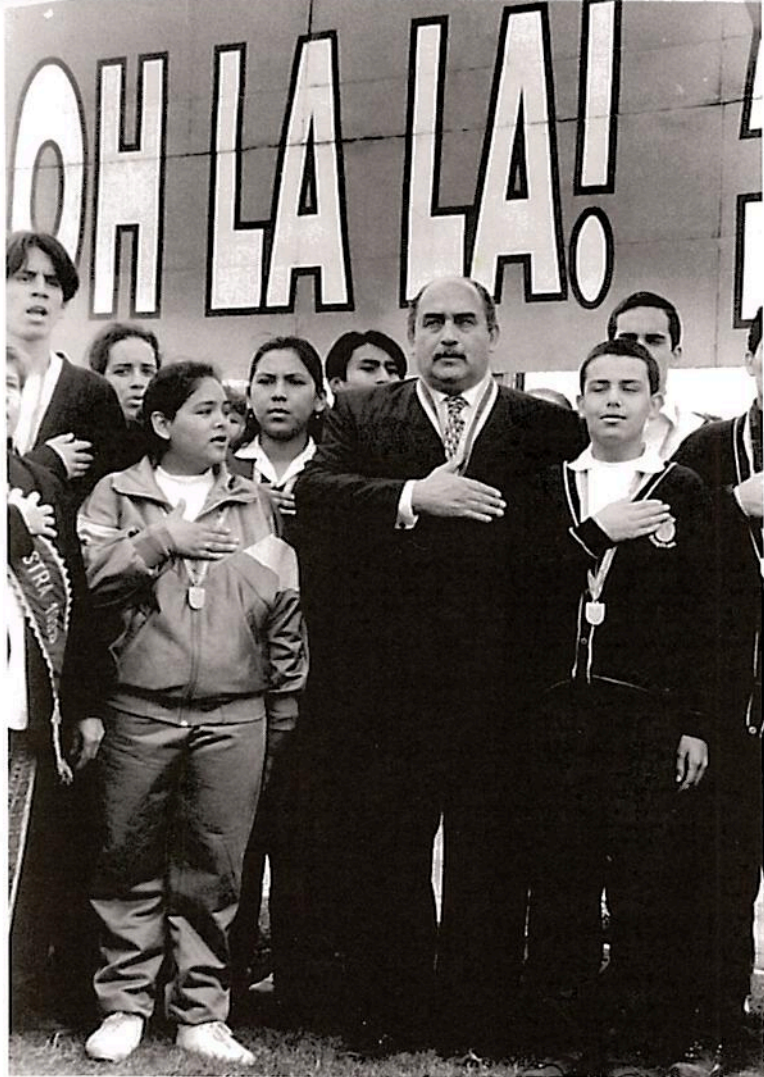
Si a alguien debe llamársele «pituco» es a Francisco Tudela, y no al gordo Alberto Andrade Carmona (sus apellidos son de futbolistas poco reconocidos) que vio transcurrir su infancia en las calles del populoso y criollo y hasta peligroso Barrios Altos, mezcla antropológica de blanco con cholo y zambo, todo el Perú a la vez, o buena parte de él; persona agarrada, maceta o gordito, depende del ángulo con que sea visto, esposa rubia y de raigambre italiana, eso que se llama mejora social, compadre, a la inversa del blanquito que vino por el barrio, se levantó a la zambita buenamoza del callejón y se la llevó dejando a su hijito de mendigo, vals de antes; un poco ingeniero, algo de doctor y mucho de empresario, o sea bille y carcajada, personalidad corajuda, terca... este «pituco», llamado así por la prensa gobiernista, tiene, se le mire por donde se le mire, un aire criollo costeño de adentro.

Debemos reconocer que desde 1990 la mayoría de los candidatos presidenciales provienen de los estratos medios o bajos, de colegios y universidades estatales y son, por decirlo de alguna manera, emergentes. No hay duda de que el Perú ha cambiado. Aquí resulta imposible que vuelva a existir un presidente Prado, como en Colombia existe un presidente Pastrana y en Chile un presidente Frei. Curiosamente, sin embargo, Alberto Fujimori tiene un denominador común con Alejandro Toledo y Francisco Tudela, ya que los tres provienen de la actividad académica universitaria; Máximo San Román y Alberto Andrade, en cambio, son los empresarios que se hicieron solos su alma, instalando una pequeña empresa en el garaje de casa, hasta lograr el ansiado taller o fábrica.

El sambenito de «pituco» ha sido, sin embargo, desde las lejanas épocas de Luis Bedoya Reyes, alrededor de la década del sesenta, la manera más contundente de deslegitimar a un candidato. Desde aquellos años, Luis Bedoya Reyes, oriundo



*Oh la la... ayayay...  
¿me duele el  
corazón? Alberto  
Andrade y la  
ingrata lucha contra  
las encuestas.*

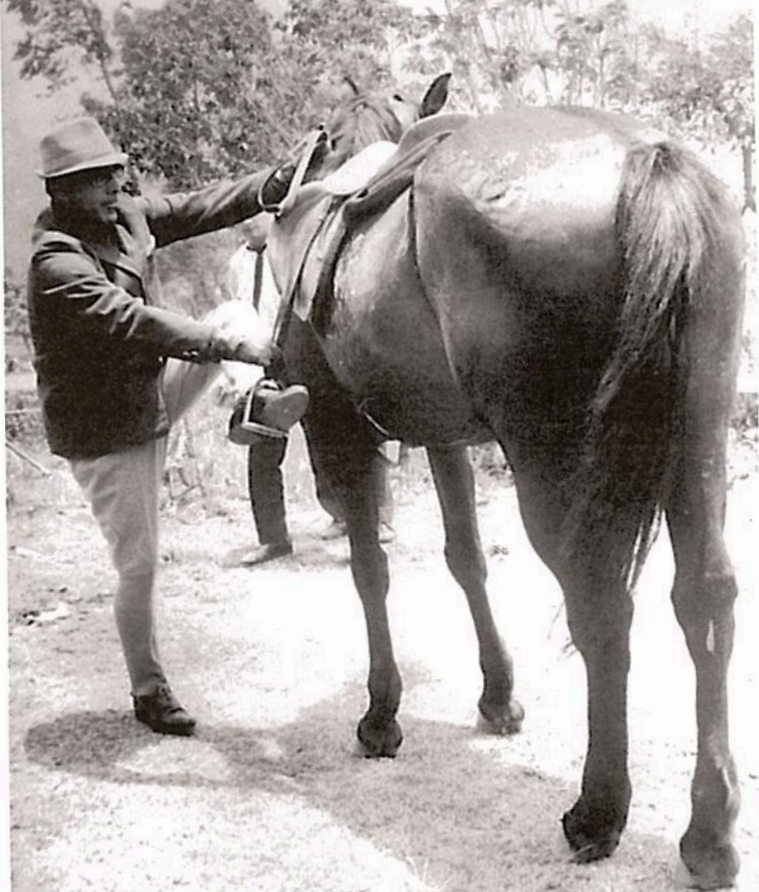


Herman Schwarz

del puerto del Callao, fue visto como un «pituco» en comparación con Fernando Belaunde Terry, quizá más pobre y menos exitoso profesionalmente que Bedoya, pero con apellidos que paseaba como si fuesen carruajes en aquellas épocas en que los apellidos servían todavía para algo. Bedoya Reyes fue visto como un «pituco» porque lo encasillaron en la extrema derecha; derecha como una forma de movilidad social, función que, no lo debemos olvidar, también cumplió la izquierda entre los años sesenta y setenta.

La prensa gobiernista califica de «pituco» a Alberto Andrade porque se preocupa, como alcalde, por el casco histórico de Lima y no tanto por los pueblos jóvenes; Alberto Fujimori no es considerado «pituco» porque es visto como hijo del pueblo emergente, no criollo, barrial, chichero, que se anima a bailar con Rosie War el día de su cumpleaños en un parque zonal del

*Ahora descabalgado de la política activa, Luis Bedoya Reyes todavía se pregunta por qué le decían «pituco».*

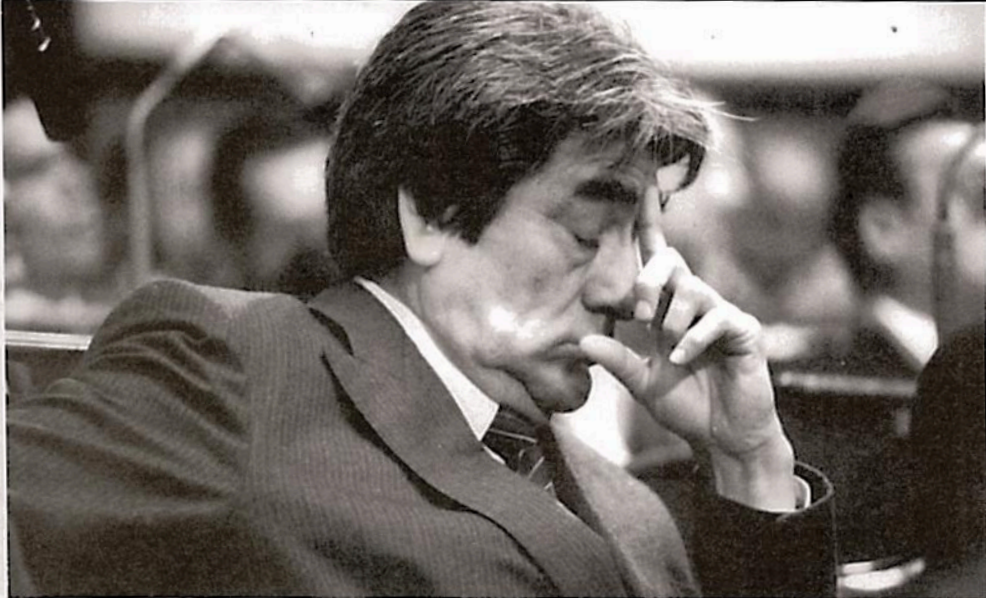


sur de Lima. Fujimori no corre el riesgo de salir en las páginas sociales de las revistas –«Ellos y Ellas» o «Circo Beat»– pero, sobre todo, se cuida de no tener una propiedad en la playa, mas sí, eventualmente, una isla donde pesca con los pantalones remangados a la usanza de sus antepasados.

Pasada la década del noventa, quizá el «pituco» debería ser Alberto Fujimori, no sólo porque eduque a sus hijos en Boston, al ladito de los descendientes de la familia Kennedy, sino porque representa los intereses de una derecha vinculada a las finanzas del gran capital internacional. Aunque no tenga casa en la playa Las Totoritas ni se haya educado en el colegio norteamericano Santa María, como Federico Salas Guevara Shultz, ni sea hijo de una familia de linaje como la de Francisco Tudela van Breugel-Douglas, Fujimori tiene el curioso don de ser apoyado tanto por los sectores más pobres como altos de la sociedad. Los ricos votan por Fujimori, pero no son fujimoristas.

No debemos olvidar que Fujimori utilizó, en las elecciones de 1990, a las agrupaciones políticas que se jactaban de tener





*Candidato aprista Abel Salinas o el síndrome del «efecto invernadero».*

las relaciones con el mundo popular (el APRA y la izquierda). Parte de su estrategia electoral, en aquel tiempo, consistió en aprovechar la satanización de pituco que cayó sobre Vargas Llosa, fanático del shock, que escogió, además, andar de la mano con Fernando Belaunde, «El Señor del Gesto» y con Luis Bedoya Reyes, «Pituco I». La conducta de Fujimori resulta bastante desagradecida en la actual campaña electoral, ya que fomenta órganos informativos que calumnian y humillan a los políticos que tuvieron alguna importancia en el APRA y en los diversos partidos de la izquierda.

La propaganda oficialista del 2000 despliega como estrategia principal «pituquear» a los candidatos de la oposición con mayor opción, como Alberto Andrade y Luis Castañeda Lossio. El resto de los contrincantes, ciertamente, se les escapa de las manos. Toledo ha sido funcionario de la ONU, del BM y el BID, pero nació en Cabana, ciudad ancashina alejada de la Cordillera Blanca; Máximo San Román nació en la comunidad de Yaucat, en el Valle de Vilcanota, en el departamento del Cusco; Ezequiel Ataucasi, de 81 años, el mayor de todos los candidatos a la Presidencia, nació en el anexo de Huarhua, en Arequipa... Quizá Víctor Andrés García Belaunde, de los predios de Acción Popular, lo saque de las casillas en este proceso de denigrar a las personas como pitucos, ya que recuerda cierto pasado y alguna dificultad para proyectarse al futuro. En todo caso, Fujimori sigue recogiendo los éxitos de visitar cada rincón del país, tal como lo hacía Belaunde. Esta vez en helicóptero en lugar de burro o tractor. ■



# *El gran teatro de la política*

**ALBERTO ADRIANZÉN M.**

---



**A**lgunos grupos sociales comienzan a experimentar que todo es posible en el país. Incluso convertir a la democracia en un simple simulacro. La idea de que estamos ante el fin de una teatralización de la vida llena de aventuras y dramatismo, con posibilidades de actos heroicos y desinteresados, con actores de primer orden y con guiones (o relatos) que levantaban pasiones, se abre paso en la mente de muchos. Se tiene la conciencia de que se vive un sainete. Un simulacro de teatro. Con actores de segundo y hasta tercer orden. Con guiones conocidos. Lo que sorprende no es tanto la vida sino más bien el comportamiento de algunos o de muchos que deciden participar, si se quiere, en este simulacro o degradación teatral.

Que la vida y sobre todo la política sean percibidas como teatro, y en el caso nuestro de muy mala calidad, no es algo que debiera extrañarnos. El desarrollo y manejo de los medios ha hecho de la política cada vez más espectáculo y show. La política moderna surgió de la mano con la teatralización de la política misma, cuando ésta dejó de ser entendida como una misión moral y pasó a convertirse en el arte de gobernar, pero sobre todo cuando los intereses terminaron por derrotar a las pasiones como norma de convivencia. El arte de gobernar y los intereses crearon la trama necesaria para dar nacimiento a los representantes y representados. La política se teatralizó no sólo para guardar el secreto de los intereses y apaciguar las pasiones, sino también para convertir a los ciudadanos en simples espectadores del espectáculo de un orden que tenía como función principal ocultar las desigual-

dades y la dominación. Ocasionalmente, cuando los espectadores no gustaban del espectáculo de la política, podían acabar invadiendo la escena, eliminando a los actores-protagonistas y, eventualmente, a los «autores», ocultos siempre entre las bambalinas del poder. Nuevos actores, salidos del «común» de espectadores, entraban en reemplazo de los viejos enarbolando un texto o guión nuevo. Asistíamos entonces a lo que acostumbramos llamar una revolución.

Desde el punto de vista de la teatralización de la política, lo que di-



ferencia a una democracia (liberal) de una dictadura es que los «espectadores» (léase ciudadanos o electores) pueden, sí así lo deciden, cambiar de teatro y de obra sin que por ello se generen grandes convulsiones sociales ni mucho menos derramamiento de sangre. En un régimen autoritario o dictadura, estos mismos espectadores están condenados a ver siempre la misma obra y, lo que es peor, a fingir que ven la obra por primera vez o que ahora está mejor. La reiteración se convierte en un simulacro permanente y el



aplauzo y la crítica, benevolente o constructiva, en el acto de hipocresía política por excelencia.

En contados casos, algunos grupos de espectadores, que nunca faltan, buscarán subirse al escenario para participar en la obra asumiendo diversos papeles: algunos limpiarán, después de la función, el escenario para que todo parezca nuevo; otros vigilarán que ningún espectador intente moverse de su asiento y menos aún que abandone el teatro, y cuando esto suceda gritarán «incendio, incendio» para poder recluirlos en algún lugar del mismo teatro; mientras que otros buscarán perfeccionar la obra para darle un mayor tono de realismo y novedad, es decir, esconder el secreto

de la reiteración y del simulacro incorporándose como nuevos actores. Finalmente, unos pocos se atreverán a decir que esa obra es una farsa y que la compañía de actores, como la obra misma, debe ser cambiada.

Cuando esta reiteración o simulacro se da en una sociedad sacudida por apetencias de libertad, el resultado, como sostiene José Antonio Maravall, será «una sociedad dramática, contorsionada, gesticulante, tanto de parte de los que se integran en el sistema cultural que se les ofrece, como de parte de quienes incurren en formas de desviación, muy variadas y de muy diferente intensidad». La sociedad se dividirá entre los que aplauden y los que rápidamente muestran





su desencanto, entre los que escriben loas y los que callan, porque saben, añadiendo así un tono de dramatismo a sus vidas.

Pero como la compañía que es dueña del teatro y de la obra está interesada en que se repita, llenará de propaganda la vida de los espectadores para lograr su asistencia que es, en última instancia, una nueva forma de disciplinamiento social y político. Así, paredes, cerros, edificios, postes, televisión, radio y periódicos, serán cubiertos por ella. Donde se mire, ahí estará ella. Y si alguien intentara borrarla, se le golpeará porque está borrando la obra de arte del Estado.

Así no hay vida política por fuera del Estado o, mejor dicho, la política la encarna únicamente el Estado. Un extraño miedo u horror al vacío envolverá a los dueños del poder. El ciudadano convertido en espectador perpetuo no deberá pensar ni interpretar sino, más bien, caminar en un espacio de señales y símbolos reconocidos y puestos amigablemente por el poder autoritario. Es decir, caminar en un espacio público que si bien no le es ajeno, no le pertenece porque no ha participado en su construcción, ni mucho menos lo controla. El horror al vacío tiene como contraparte el dominio del escenario y del espacio público por el poder. Cuando la política estatal autoritaria deviene en propaganda, cumple una función que podemos llamar «educativa», nos enseña a ser buenos y tranquilos ciudadanos, nos alienta a seguir las «vidas ilustres» de aquéllos que están en el poder. Pero, antes, muestra a cada uno los caminos de la salvación o de la pérdida política.

A ello se suma lo que describe bien Peter Skrine: «Los príncipes de la época, para ensalzar su nombre y magnificar sus hazañas, recurrirán a escritores generalmente dispuestos a poner su talento al servicio de sus protectores y a cantar sus alabanzas en empalagosas odas, epitalamios festivos y rimbom-

bantes epitafios, escritos todos por encargo». Nace así la industria de los ayayeros que enumeran las virtudes del líder, pero que también dividen la sociedad entre leales y desleales. La obsesión por investigar el pasado de estos últimos se propone demostrar que dicho comportamiento desleal (tipificado por el poder como peligroso e irracional) tiene como única explicación un pasado equivocado, porque lo «natural» es la lealtad. El pasado siempre termina por condenar al desleal, que es un ser atípico, y la deslealtad es una conducta marginal y extraña a un orden estatal que se postula casi perfecto.

No importa que el leal haya cambiado de tienda, olvidado sus ideas o que, de ser elegido, pase a integrar el elenco de actores. No importa que en el pasado haya sido aprista, izquierdista, populista o un ilustre intelectual iconoclasta, o que durante muchos años de su vida haya anunciado catástrofes y flagelado, más de una vez, a su sociedad calificándola de inútil e hipócrita. Tampoco que viva y goce de triunfos ajenos, construyendo su nuevo papel con cadáveres lejanos o cercanos. A los leales todo les será perdonado, incluso la traición. Por eso, las elecciones, antes que competencia, son una suerte de «casting» político y electoral en el que algunos o muchos candidatos sueñan con ser llamados a integrar el elenco de actores, y así participar en la obra de teatro. Los que actúan en contra de sus convicciones y de su conciencia, lo harán siempre de mala gana, con el rostro adusto y la voz fuerte. Buscarán cambiar la trama y los diálogos, añadirán a su vida una suerte de dramatismo sincero. Su principal enemigo será el tiempo, porque deberán asistir penosamente, una y otra vez, a la misma función.

Cambiar de teatro y de actores supone construir otro edificio y buscar nuevos actores entre los espectadores para una nueva obra. Sólo así nuestro país tendrá futuro. ■



EL OTRO TEATRO:

# CUANDO SE CONFUNDE DESARROLLO URBANO CON ENTREGA DE LOTES

MARIO ZOLEZZI CH.



Susana Pastor

## LAS INVASIONES EN LA ESCENA PRINCIPAL

Luego de la invasión y el empadronamiento en los terrenos agrícolas de Villa El Salvador, se ha puesto allí en evidencia la necesidad inmediata de vivienda de más de 30 mil personas. Y eso, si solamente se considera que el 75% de esos invasores careciera de vivienda y calificara para recibir un lote, estimando familias de no más de cuatro miembros, en promedio. Si así fuera, y se tratara de ubicar a estas personas en el distrito de Villa El Salvador, se requerirían –siguiendo los patrones de ocupación que lo caracterizan– casi 340 hectáreas: tres veces el territorio del centro histórico de Lima, un área mayor a la del distrito de Barranco (incluidas sus playas) o un espacio igual a todo el distrito de Magdalena del Mar<sup>1</sup>. Comparando poblaciones, lo

ocurrido en enero sería similar a la creación de una nueva Huancavelica, capital de un departamento del Perú.

## INVADIR TERRENOS EN EL PERÚ NO ES NADA NUEVO

Villa El Salvador, surgida del conflicto de poderes entre el Estado militar, los propietarios del suelo y la Iglesia Católica terciando a favor de los pobladores, significó el nacimiento de una propuesta ordenada de desarrollo urbano; pero el punto de inicio fue una invasión, igual a lo ocurrido antes en Comas o Villa María del Triunfo. Las invasiones de terrenos urbanos se reportan en el Perú desde los años 40 del siglo XX y ocurren diariamente –mientras usted lee estas líneas, por ejemplo– lote por lote, cual hormigas aferrándose a los muros, como ocurre en los cerros de San Juan de Lurigancho, el distrito más poblado del país.

Las invasiones urbanas y otras formas irregulares de ocupación de terrenos, así como la práctica extendida de construcciones ilegales, son el reflejo

1 Cálculo hecho por el geógrafo José Barreda y el arquitecto Juan Tokeshi a partir de una aplicación SIG sobre una fotografía aérea de la invasión, y su posible ajuste a la planta típica de lotes de Villa El Salvador.



del poderoso impacto del mercado de tierras y los sistemas políticos en que se sustentan. Es decir, de la naturaleza de los sistemas legales en la mayoría de países, que como en el Perú son muchas veces elitistas y excluyentes. Por eso, en la situación peruana habría que destacar que el tratamiento diferenciado de la demanda social por vivienda repercute más negativamente en las mujeres y los niños: justamente la base de nuestra continuidad como sociedad. Peor todavía: refuerza la pobreza y acentúa el paternalismo autoritario.

### EXISTE UNA CULTURA DE LA INVASIÓN MUY DIFUNDIDA

Al respecto parece necesario recordar que la creciente práctica social de acceso ilegal a la tierra urbana, y mediante ella a la vivienda, atañe a poblaciones que varían entre el 40 y el 70% de los habitantes de las ciudades del mundo subdesarrollado. De una u otra forma, aquí como en Trípoli o Islambad, se pasa por encima de la ley, las normas y reglamentos en los procesos de urbanización. Esto ocurre por la explosiva combinación de falta de una política eficiente de vivienda en un sinnúmero de países y el impacto descontrolado de las fuerzas del mercado, que no permiten acceder a soluciones adecuadas de vivienda a la mayoría de las poblaciones urbanas de nuestro planeta.

Asimismo, es pertinente recordar que la ilegalidad urbana no se limita a la cultura de los pobres; por el contrario, prácticas ilegales en el uso del suelo son muy frecuentes en los sectores sociales privilegiados. Abundan los ejemplos de cambios abusivos de zonificación, urbanización de áreas agrícolas, subdivisiones irregulares de terrenos, etc. y la reiterada mención al

derecho a la propiedad nos obliga a recordar que la concepción que ahora prevalece en muchos países, en el marco de la globalización del liberalismo económico, es la de una definición de la propiedad sólo en términos económicos o monetarios, omitiendo su función social. Por eso mismo es indispensable tomar conciencia de que, según estimados recientes de las Naciones Unidas, 1,300 millones de individuos en el mundo no disponen aún de acceso al agua potable y un número similar de personas vive con un dólar o menos al día.

Esta concentración de pobreza, falta de vivienda y hacinamiento están asociados fuertemente con el crecimiento urbano de la población planetaria. Así, mientras que en los últimos 40 años la población mundial se duplicó, en las áreas urbanas su número aumentó cinco veces. Los datos disponibles también muestran que el 80% de su crecimiento mundial en la última década se produjo en áreas urbanas.

### QUÉ OCURRIRÁ AHORA QUE LAS INVASIONES YA NO ESTÁN EN LOS TITULARES

Los acontecimientos que tuvieron lugar en enero en Villa El Salvador fueron un hecho político suficientemente analizado por los medios de comunicación. La invasión de terrenos en pos de un lote pasó de tema central a telón de fondo de un escenario de expresiones de denuncia, manipulación, clientelismo y acusaciones cruzadas en la cercanía de las elecciones nacionales.

Voceros del municipio metropolitano de Lima, el alcalde de Villa El Salvador y expertos en urbanismo y asuntos municipales, denunciaron que lo ocurrido era producto de la ausencia de una política de vivienda del régimen



fujimorista durante la década pasada y del traslado forzado de las funciones municipales de desarrollo urbano y saneamiento de terrenos al gobierno central y sus oficinas de COFOPRI<sup>2</sup>, desmantelando la capacidad de acción de los municipios.

Sin embargo, el gobierno ha insistido durante este tiempo en aplicar una política centralista y sin visión local, y menos aún apertura democrática. Así, ha creado el programa de lotes familiares, bautizado como PROFAM, que ha sido encargado a COFOPRI. Aparentemente se trata de un esfuerzo por canalizar las demandas de vivienda popular de los sectores de menores ingresos y detener la ola de invasiones de terrenos que se desató en el país, para lo cual se ha iniciado como respuesta una campaña nacional de empadronamiento de los «sin lote».

La experiencia acumulada y nuestro conocimiento sobre la realidad urbana del país nos indican que el PROFAM tiene muchas posibilidades de ser una nueva estafa oficial a las ilusiones de quienes anhelan contar con un lote de terreno para levantar su vivienda. En el mejor de los casos será una imposición perjudicial para todos los habitantes de las ciudades en las

que se aplique el programa, tal como está diseñado.

En la primera semana de marzo se informaba, casi triunfalmente (?), que ya había 821 mil ciudadanos inscritos en el país, de los cuales algo más de 477 mil corresponden a Lima. Si solamente la mitad calificara como posible beneficiario, se requeriría 410 mil lotes de 90 m<sup>2</sup>, o sea unas 3,690 has., a las que habría que sumar por lo menos un 40% más de terreno adicional para la habilitación urbana y la provisión de pistas, aceras y servicios públicos mínimos, tales como escuelas, centros de salud, puestos policiales, mercados y áreas de recreación. Es decir, siguiendo este razonamiento, se precisan más de 5,100 has. de suelo urbanizable repartido en las principales ciudades del país.

La primera pregunta, necesariamente, tendrá que ser: ¿dónde están esos terrenos?, y la respuesta no puede ser

- 2 Comisión de Formalización de la Propiedad Informal, encargada de titular los terrenos y lotes de los asentamientos urbanos irregulares en todo el país. Cuenta con recursos de un préstamo del Banco Mundial para sanear un millón de lotes. Ha avanzado en un 75% de lo previsto, aunque muchos lotes han sido re-titulados, anulando los documentos entregados por cinco administraciones municipales.

*Muchos políticos consideran que se soluciona el problema de vivienda de los pobres con un lote y una estera.*





otra que en los eriazos del Estado en las periferias de las ciudades, porque los otros predios ya tienen dueños y suponemos que no se pretenderá afectar áreas agrícolas. Ahora que se abren cuarteles para la práctica popular del deporte, también se podría reducir las reservas de tierras del Ministerio de Defensa.

Pero esta aparente «solución» trae consigo un enorme problema que difícilmente se puede salvar: el enorme costo de habilitarlos mínimamente. Según estimados de profesionales entendidos, la inversión inicial no bajaría de US\$ 100 por lote, lo cual nos llevaría a cifras globales del orden de los 41 millones de dólares para empezar. Una cifra que compite con los requerimientos actuales de los asentamientos ya existentes para dotarlos de agua potable. Sin una inversión así, lo único que se haría sería arrojar a su suerte a la población «beneficiada» en el desierto, con los enormes costos que esto significa en el mediano y largo plazo para cada una de las ciudades. Porque los mismos municipios que ahora atienden a las ciudades tendrían que, por ejemplo, ampliar su cobertura de atención para la limpieza pública, el agua potable, la electricidad y el transporte, encareciendo el costo de nuestras ciudades. Por eso la política del crecimiento urbano como sinónimo de terreno nuevo tiene que modificarse urgentemente.

En otras palabras, el ansiado reconocimiento de la propiedad de la vivienda, a disfrutar de un hábitat saludable y el derecho a la ciudad que todos queremos, no se lograrán sólo por la aplicación de la ley y la entrega de un lote pelado, sino mediante un proceso político abierto que fusione en el reconocimiento del «derecho a la ciudad», tanto una concepción política de contrato social concertado como una adecuación estrictamente legal de deberes y derechos ciudadanos (es decir del compromiso de los habitantes con la ciudad que les pertenece). En ese ámbito la competencia necesariamente tendrá que ser municipal.

## ELEMENTOS PARA UNA NUEVA AGENDA URBANA NACIONAL

La necesidad de repensar nuestros estilos de desarrollo, en cuanto a ocupación del territorio nacional, pasa por el aliento a la descentralización y el fortalecimiento de los ejes y corredores urbanos que hoy existen. Esto significará, en la dimensión de los temas del desarrollo urbano, un esfuerzo de todos para una comprensión de nuestra red de ciudades como nodos complementarios entre sí.

Para ello, sin duda, el fortalecimiento de los municipios es una tarea urgente que permitirá retomar la senda del desarrollo al reforzar su rol de actores y facilitadores en el proceso urbano y rural, en el marco de políticas regionales.

Recién entonces será factible promover con éxito políticas nacionales y locales de intensificación del uso de los espacios construidos: renovación y rehabilitación urbana, aumento de las densidades residenciales y un uso más eficiente de la infraestructura básica y de servicios con la que ya cuentan nuestras ciudades.

Mientras tanto, deberíamos estar en condiciones de apoyar y facilitar a los autoconstructores en el proceso de dotarse de sus propias viviendas. La asesoría técnica, la legalización e inscripción de las construcciones existentes y no solamente de los lotes, como ha ocurrido hasta el presente, es una tarea pendiente que el país no ha sido capaz de organizar y ejecutar. Esto permitirá que las herramientas más recomendables, como son la promoción del financiamiento público y privado en esas direcciones, se plasme en la concertación activa del Estado con los gremios empresariales y profesionales, así como la incorporación del sistema educativo superior en esta estrategia. Y no entregando lotes alegre e irresponsablemente, produciendo ciudades con un hábitat de muy baja calidad. ■





Susana Pastor

## LOS JÓVENES FUJIMORISTAS

*Según las encuestas, Alberto Fujimori no tiene competencia en los estratos más pobres de la población. En los sectores D y E es bolo fijo. Las encuestas demuestran, también, que los más fujimoristas de todos son los jóvenes varones populares. Esto explicaría por qué el gobierno desató, meses atrás, una masiva publicidad contra el maltrato doméstico, la violencia familiar y las continuas violaciones de las que son víctimas las mujeres y los niños, especialmente en los asentamientos marginales. «Yo sé cuidar mi cuerpo», decía aquel famoso slogan.*

*Existe un vínculo entre estos jóvenes con la imagen del presidente, en varios aspectos igualmente popular, pero con nitidos rasgos autoritarios, propios del «macho», que no le teme al más pintado. Este puede ser un emerretista en la residencia del embajador del Japón o las instituciones norteamericanas que introducirían sus narices en asuntos de incumbencia exclusivamente nacional.*

*Las mujeres no sentirían, en principio, un atractivo por la figura autoritaria del presidente. En cierta forma, ellas no ejercen la conducta transgresora de los varones, esa prepotencia y falta de escrúpulos que caracteriza cada vez más a la muchachada de la gran urbe, y que ve en el presidente al jefe, a la autoridad que estimula un caos, que brinda, asimismo, grandes gangas y oportunidades.*



# EL MITO FUJIMORI

ALDO AROZENA ROTTA

*Los jóvenes de la década del 90 estrenan el 2000 votando. Sin embargo no parecen tener muchas opciones –y eso que son 9 los candidatos. Las diversas encuestas indican que un grueso sector de ellos se inclina por el presidente re-reeleccionista. Las violaciones al Estado de Derecho no cuentan en su decisión. Tampoco el que la recesión y el desempleo los tengan como víctimas propiciatorias. ¿Qué arguyen estos votantes primerizos en favor del continuismo? He aquí algunas explicaciones recogidas en la calle, entre jóvenes de distintos círculos.*

**S**í me acuerdo algo de eso del tribunal constitucional, pero la verdad no te podría decir exactamente qué era. Ahora, eso sí, hasta donde sé «chochera» el Chino no puede postular, pero igualito voto por él pues... mira lo que logró con Ecuador, yo tengo amigos que murieron ahí....

Hernán es un taxista de 21 años. Trabaja todo el día dentro de su auto amarillo y, eventualmente, cuando cambia de Radio Panamericana a Radio Mar, decide darse un salto por Radioprogramas –y no sólo para escuchar la hora–. En su casa se habla de política continuamente e incluso la decisión electoral se toma de forma comunal. Toda la familia vota por el mismo candidato, como tratando de contagiarse con sus buenas vibraciones. «Mira, es muy sencillo. A mí Fujimori no me parece bueno, si lo fuera yo no estaría haciendo taxi como casi todos los de mi cuadra. Pero ha hecho sus cosas y la verdad no hay más vuelta que darle, es lo mejor entre todos los demás». Esta

respuesta también impera en una buena parte de la población.

Tal vez sea la televisión, tal vez sea la prensa, la publicidad en paneles o las hamburguesas de carretilla, pero el hecho puntual es la idea superlativa del rol del presidente creada en la mente de muchos jóvenes. Un caso bastante claro es la captura de Abimael Guzmán, para muchos el suceso más trascendental de la pasada década. Si bien fue la DINCOTE, al mando del general Antonio Ketín Vidal, la que se encargó de capturar al «presidente Gonzalo», para casi todos los jóvenes Fujimori fue la única estrella, y eso a pesar de encontrarse en Iquitos en el momento de la captura. «Fueron Fujimori y el SIN quienes capturaron a Abimael, con eso empezó la paz, ¿no?» acota Hernán bastante seguro de sus palabras.

–No pues, ¿cómo voy a hablar de eso, pues?

–Es sólo tu opinión. Si es «no sé» perfecto....

*-Pero es que política...no pues.....*

Maritza tiene 22 años. Cuando hace diez, Alberto Kenyo Fujimori Fujimori, poco conocido peruano de origen japonés, recién ingresado a la política y portador del lema «Honradez, tecnología y trabajo», ascendía al poder, ella, una niña de doce años, vivía rodeada de las mismas pilas Duracell y juguetes «bamba» entre los que lo hace hoy. La diferencia a lo sumo sería una: antes su puesto quedaba en el cruce de La Colmena y jirón Ayacucho, frente a Navarrete. Ahora queda al costado, en ese campo ferial de aspecto post apocalíptico conocido como El Hueco.

Estos increíbles cambios en su vida no son nada al lado de las transformaciones que reconoce ha vivido el país. «Sí pues, yo no me acuerdo mucho de antes, de Alan, pero sí recuerdo la violencia, la muerte, ahora no pues...el gobierno ha hecho cosas... vivimos mejor». Sin duda, Maritza no se equivoca en lo absoluto. No todo es perfecto pero sí se ha hecho bastante, y en esto están de acuerdo hasta los otros ocho candidatos al sillón presidencial. «Por eso creo que Fujimori es la mejor opción. Él no es malo... en cambio Andrade.... ése va a gobernar para los de plata, pues. A nosotros nos sacó de donde trabajábamos y ahora...¡Ahora estoy en este «hueco» pues!!...», dice riéndose con la alegría propia de quienes a pesar de trabajar todo el día, aún son capaces de despreocuparse. «Eso sí ah...yo no me pierdo a la Magaly. Ahí me entero de todo.»

Está de más decir que Maritza no es ciega. Por eso, a pesar de recrearse con lo mejor de la telebasura nacional, también se «informa» con otras cosas. Camina y por ahora no ve más que pintas de «Perú país con futuro», «Perú 2000» y las ofensas contra los otros candidatos ofrecidas en las carátulas de la marabunta de periódicos chicha que pueblan el quiosco peruano promedio. Así es fácil entender su decisión: Fujimori es TODO, des-

pués de él no hay nada; ergo, voto por Fujimori.

*-¿Cómo no voy a saber lo qué es la ley de interpretación autentica?!*

*-¿Entonces?*

*-Entonces nada, ¿qué voy a hacer? El Chino ha logrado cosas buenas, la economía está mejor ¿tu crees que el banco en que trabajo habría venido al país si todo seguía como con Alan? Ni de vainas, pues....*

Estas palabras, poseedoras de una lógica absolutamente válida, no pertenecen a alguien de los llamados niveles socio económicos C, D o E sino a Thais (21), una estudiante de ciencias de la comunicación –aparte de cajera– quien considera a Fujimori como la primera opción, aunque promete estudiar las propuestas de los demás candidatos. Sin embargo, la ambigüedad de su respuesta lleva a pensar en la posible existencia de un «voto oculto» pro fujimorista, tal y como, aseguran, sucede con los candidatos de oposición.

Se suele pensar que a mayor instrucción, mayor madurez política, y por lo tanto mayor oposición al gobierno. Pero es una verdad tan relativa como aquella que nos habla sobre la tirria hacia el régimen de los televidentes del cable –como si la solución para abril fuera conectarle el servicio a los más pobres–. Si no, que lo diga Oscar (22), estudiante de ingeniería industrial y empleado de una conocida compañía petrolera: «Yo sí veo a Fujimori como una posibilidad. Tengo cable, tengo educación, voy a una universidad donde se han opuesto reiteradamente al régimen, y a pesar de todo lo sigo viendo casi de la misma manera. Es más, sé que así como yo, hay muchos que comentan sobre las atrocidades del régimen, pero en realidad piensan: “Bueno, pero es el único que ha hecho algo” y eso es una verdad innegable a pesar de que lo “políticamente correcto” lleva a censurar al gobierno».

Como nuestros consultados, todos aquéllos que ingresaron a la adolescen-



cia en la década de los noventa no han conocido más actores políticos de relevancia que Fujimori. La imagen del mandatario en su mejor época ha dejado tal huella en la retina de los jóvenes que más del 40% de los no votantes del 95 –por ser menores de edad– aseguraban, a principios de este año, que lo hubieran hecho por él, a pesar de conocer la historia reciente de su gobierno.

La idea del Fujimori todopoderoso está tan presente que, sin ser pitoniso, cualquier analista político podría afirmar lo siguiente: Si Fujimori no sale elegido, se muere, o cualquier otra cosa, y el siguiente gobierno fracasa, lo más probable es que el ex presidente sea recordado por los más jóvenes como una especie de ser celestial, un caudillo merecedor de protagonizar un cantar de gesta. O sea, un verdadero mito. ■

En base a una foto de Herman Schwarz





# YO VOTO POR FUJIMORI

ENTREVISTA A DAVID FELIPE VELÁSQUEZ VÁSQUEZ

**T**engo 30 años. Vivo en el asentamiento humano José Olaya, que está ubicado en las faldas del Morro Solar. En 1997 terminé la secundaria en el programa no escolarizado Pronoepsa. Tengo esposa y un hijo de tres años.

Hace doce años que trabajo como zapatero y desde hace tres estoy en una «paradita» que queda a la altura de la comisaría de Chorrillos, en la cuadra dos de Carlos Richardson. Durante cuatro años estudié en un Instituto Cristiano Preministerial de las Asambleas de Dios, pero no soy evangélico, sino católico.

Admiro sinceramente el gobierno del señor Alberto Fujimori. Antes de él, con Alan García, uno tenía que hacer cola para comprar pan o azúcar. Cuando quería comprar material, los precios cambiaban de un día a otro. No había crédito. Ahora la gente ya no está desesperada. Hay productos, la gente trabaja, la gente come.

Yo voté por Fujimori en 1990. El doctor García dejó al país con una gran frustración para la mayoría. ¡Qué hombre para hablar! Pero en este tiempo ya no se puede hablar a la juventud de canciones, de flores, de mariposas. Ya no hay ese romanticismo; ahora la juventud es práctica.

En ese entonces (en 1990) el presidente fue sencillo en su persona y estuvo con el pueblo. Los partidos tradicionales habían traicionado a la ciudadanía. Los ideales que algunos conservan son sólo ilusiones que se tienen que evaporar, la realidad es otra. La realidad es que si tu no trabajas, no comes; si no estás preparado, necesitas hacerlo.

El presidente es firme en sus acciones, eso le da credibilidad. Toma una decisión y la lleva adelante. Aunque muchos dicen que es autoritario, yo



creo que no. Un gobernante que representa a todo un país, que está saliendo de una crisis, que se encuentra en auge de desarrollo y en atractivo empresarial, tiene que cuidar todos estos aspectos.

Yo lo admiro porque no es alharaco, no se «jamonea», no habla cosas que no es, se mide.

Yo ahora me siento más cercano al presidente por los logros que ha conseguido. Por ejemplo, la pacificación. San Genaro era zona roja, pero ahora está controlada. También lo que está haciendo con el pandillaje.

Lo que admiro en el presidente es que lo que dice lo cumple; su carácter para sacar adelante las cosas, a pesar de las circunstancias. Hay mucha gente que piensa como yo respecto del «Chino». Sus padres han venido de allá (de Japón), son gente sufrida que sabe encarnar la lucha, que arriesgan todo. Eso



realmente él lo ha demostrado: se va a zonas altas y no piensa «caramba, tengo mis zapatos de marca y se pueden salpicar mis medias», no; lo hemos visto en a frontera con las botas hasta las rodillas. Es un gobernante que inspira fuerza a los que están allí, a su gente. Por eso la gente lo ama.

La gente no es ciega y no se engaña con algún titular de un periódico de oposición, porque vive la realidad.

En la zona donde yo vivo esos cambios se han traducido en las pistas que ya llegan, a través de los tubos de agua que está instalando Sedapal, mediante los préstamos del Banco de Materiales. Hay comedores, clubes de madres, Vaso de Leche, los hijos de la gente son alimentados por eso. Yo sé que la gente sabe que eso no va a ser siempre, pero es un aliciente, algo para poder seguir luchando, para poder seguir trabajando.

Una crítica al presidente: a veces es muy tolerante. Recibe quejas y antes de actuar dice que deben ser bien investigadas, es bien frío.

Él está sacando la cara por los más pobres, por los que tienen menos oportunidades. Si él fuera a mi barrio bajaría todo el pueblo para saludarlo.

Yo he escuchado a los otros candidatos. Como personas me merecen todo el respeto, pero la gente que está coludida con ellos es gente que ha tenido mala maña. Por eso la gente ya no confía. La gente va a lo seguro. Nosotros ya no estamos para las palabrerías, para hablar con el hígado, para hablar mal del otro. Se trata de ver sus propuestas y en determinado momento el pueblo tiene que elegir lo que palpa, lo que vive. Porque muchos hablan, pero lo que cuenta son los hechos.

Si los señores de la oposición pretenden gobernar, deberían tener un programa o, al menos, una alternativa. Al pueblo no se le puede convencer con palabras. Ellos pueden postular para congresistas, pero para que tomen el cargo (de presidente) realmente lo veo muy lejos. Al pueblo no lo engañas; te puede recibir una gorrita, un político,

pero el pueblo sabe lo que hace, sabe que ahora vive en mejores condiciones, puede viajar a otros sitios, no hay tanto abuso en cuanto a precios, también hay oportunidad gratuita para prepararse.

¿Dónde me informo de esto? Por los periódicos, yo compro un **Referéndum, El Chino, Ajá**. Una vez a la semana compro **El Comercio**. La plata no me alcanza para comprar una revista.

En televisión, me gusta ver las noticias; veo Televisión Nacional (canal 7). Ahí escucho al presidente. Y no sólo a él, los entrevistan a todos.

La doctora Laura (Bozzo) me parece muy picante. Creo que tiende al feminismo, dice: «al hombre lo chanco». A mí, como hombre, no me gusta escucharla. Mi esposa sí la escucha.

(Vladimiro) Montesinos es para mí un gran asesor; el país tiene el privilegio de contar con su inteligencia. Ahora nuestra Inteligencia se puede comparar con la de Estados Unidos, Rusia, Israel. Porque para capturar al líder maoista sin gastar una bala, hay que ser fuerte. Todo el seguimiento, todo el trabajo que ha hecho él, lo he visto por televisión. Para la captura de los narcotraficantes también se usó inteligencia. Si el presidente Fujimori está al lado de este señor, lo respeto. El presidente sabe con quién trabaja y para quién trabaja. Es para los peruanos.

(Respecto de sus cuestionados ingresos millonarios recientemente denunciados), si él obtiene las cosas por su trabajo y ha obtenido logros mediante éste, entonces se lo merece. Porque hay muchos que se han llevado la plata sin hacer nada. (En cambio) el señor está haciendo.

Si el presidente Fujimori sigue como está haciendo el plan de desarrollo integral del país, para ser potencia o ser país desarrollado, necesitamos por lo menos otros 15 a 20 años más (del mismo régimen). Los logros actuales apenas constituyen la base para levantar el edificio y eso requiere tiempo. De repente no necesariamente tiene que gobernar él todo ese tiempo, puede dejar un período, pero el programa debe seguir. ■





*Hola muchachos,  
compañeros de mi vida*

---



# SOBRE JÓVENES Y «JUVENOLOGÍA»

**ROMEO GROMPONE**

**E**l aislamiento que con frecuencia buscan los jóvenes puede ser una etapa de búsqueda de autonomía personal, como también expresión de las dificultades para establecer relaciones en que intervengan o consigan influir en la sociedad en la que están viviendo. Oscilan entonces entre la separación querida y la separación impuesta. De tanto reclamar patente de exclusividad sobre lo que se han puesto a investigar, y a pesar de la calidad de muchas de sus investigaciones, los estudios sobre la juventud incurrir en parecida ambigüedad. Se preocupan por seguir minuciosamente y al detalle los estilos de vincularse entre los jóvenes y olvidan las presiones de la sociedad que acaso están influyendo en las opciones que éstos toman o se ven obligados a tomar. Por este camino parece estar transitando la «juvenología», por llamar de algún modo a esta línea de estudios. Los jóvenes estudiando a jóvenes y reivindicando las diferencias de sensibilidad entre generaciones marcan distancia con quienes los miramos desde nuestros muchos años e incurrir en un velado chantaje sentimental, ya que las discrepancias con sus planteamientos suponen que quien los critica está fuera de tono. No hay, entonces, espacio para una comunicación compartida y ellos asumen como argumento decisivo la ventaja de la cercanía. Los expertos en jóvenes de generaciones cercanas al que escribe estas líneas tienen, en cambio, el tono de un embajador. Convencidos de la trascendencia de su misión, buscan tender puentes para que

conozcamos mejor lo que ocurre en un territorio desconocido. El resultado es, otra vez, estudios valiosos sobre el tema. Sin embargo, sigue rondando la impresión de que a menudo estos trabajos tienen un tono enfático, propio de los discursos pedagógicos y un aire curiosamente inocente. Vamos a tratar de ver con algunos argumentos más o menos hilvanados las razones de esta inocencia, vinculando algunos problemas de los jóvenes con los cambios que están ocurriendo en la sociedad

## «MORATORIA JUVENIL»

Una suerte de santo y seña de las investigaciones sobre la juventud es la insistencia en detenerse en el período de la llamada «moratoria juvenil», en el que los adolescentes examinan y exploran las opciones que se les presentan en distintos planos de su vida y van definiendo sus identidades. Se señala que este período es más amplio en las clases medias y altas que en las populares, pero más allá de esta afirmación se lo toma como un dato fijo, incommovible, blindado contra lo que está ocurriendo en la sociedad. Se me ocurre, sin embargo, que alguna influencia debe tener la difusión de este reciente clima cultural en el que la idea del predominio del mercado exacerba la responsabilidad de cada uno por sus éxitos y fracasos. Al mismo tiempo que se advierte que ni siquiera a nivel de discurso se pone énfasis en una idea de igualdad de oportunidades que daría un marco razonable



de valoración de aquello que puede alcanzarse con el propio esfuerzo.

¿Advierten los jóvenes esta deliberada incongruencia impuesta por el orden social? Probablemente no a nivel de un discurso estructurado. En cambio, daría la impresión de que está gravitando en sus intuiciones, estados de ánimo y sentimientos, la aceptación de la aleatoriedad de los trabajos y la consiguiente desdramatización de conseguir un empleo o perderlo. Algo parecido puede estar ocurriendo entre los jóvenes que estudian en universidades no integradas al circuito de las elites o que concurren a institutos superiores tecnológicos cuando piensan en la utilidad de lo que están haciendo... En todos ellos existen dificultades para elaborar proyectos de vida, no en los términos un tanto grandilocuentes de construir una «narrativa ordenada» de su biografía personal sino más modestamente valorando pequeñas iniciativas que se vayan eslabonando las unas con las otras. Por ello la recurrente celebración del componente de gratuidad de las manifestaciones de los jóvenes y su valoración del presente, contiene una indeterminación ambigua: se asocia con una exploración creativa de márgenes de libertad que rebasan las normas que se les quiere imponer y al mismo tiempo esquivan, por un tiempo al menos, preguntas dolorosas sobre los problemas que se les vienen encima. En este juego se van estrechando los márgenes para una impugnación de la sociedad existente, que aparece como la única posible mientras se otorgan una tregua provisoria yendo de postergación en postergación antes de toparse con el peso de las decisiones tomadas, que impuestas por condiciones que no controlan parecen resultado del puro azar.

## SOCIALIZACIÓN Y CAMBIOS GENERACIONALES

Los jóvenes, especialmente los de sectores populares, están enfrentados a la irrelevancia de las instituciones. Sabemos poco de los cambios en las familias urbanas, tema generalmente pasado por

alto en los estudios sobre la juventud que se limitan a veces a presentar opciones binarias y simplistas sobre las presuntas características de cada generación y le prestan mucho menos atención a la forma en que interactúan entre ellas, que es lo que debiera importar en definitiva. Lo que parece cierto es que en un contexto de acelerados cambios es improbable que las orientaciones de los padres, aun en los casos de familias que no se encuentren desestructuradas, puedan trascender una impotente apelación moral y contribuyan a definir en conjunto con sus hijos los pasos a seguir. En el mundo de los jóvenes populares, el desmantelamiento de las instituciones educativas por parte de los gobiernos de las dos últimas décadas hace que lo que debe esperarse es el desinterés o la activa indisciplina. Ni siquiera puede hablarse de un comportamiento transgresor porque para que éste exista debe haber un orden vigente al que desafíe, no su remedo.

Por otro lado, en la inestabilidad de los trabajos los jóvenes no tienen tiempo de visualizar las jerarquías establecidas para aceptarlas o resistirlas, ni de ordenar sus expectativas laborales. Este estilo de vinculación –o más bien de distanciamiento– respecto a las instituciones debiera obligar a revisar los planteamientos tradicionales sobre juventud y criterios de socialización. En efecto, en un cuadro de fragilidad institucional, ¿cómo se internalizan las normas? O, para ser un poco más radicales, ¿qué normas?

Lo expuesto parece sugerir que debiera revisarse los alcances de los cambios generacionales y salirse de vez en cuando del reiterado libreto de las diferencias entre los que fueron jóvenes en los 70 y los que lo son en la actualidad, que aburre por seguir hablando de lo que ya todos sabemos. Mucho más sugerente y explicativo para acercarnos a lo que está ocurriendo radicaría en considerar los cambios en expectativas, preferencias y valores que se desatan en períodos inusualmente cortos, de no más de diez años. Estas transformaciones se van





### Rituales de guerra.

atando por dos extremos: por un lado, el de las crecientes innovaciones tecnológicas, especialmente en la comunicación, y los estilos diferenciales con que ellas son apropiadas y, por otro, el de los cambios de referencias debido a las nuevas articulaciones y desfases entre lo local, lo nacional y lo que, por abreviar y para hacernos entender, podemos llamar la globalización. Mientras una generación expresa sus ideas, sus sentimientos y sus propuestas, otras empujan –y desde muy cerca– para ocupar un lugar. No hay reemplazos ordenados según un cadencioso paso del tiempo y llama la atención que se pase por alto esta transformación de fondo. Quizá se deba al hecho de que buena parte de los autores que se ocupan del tema ya están en tránsito de salir de sus años de juventud y les preocupa ante todo dar testimonio de ellos mismos y de su entorno.

### EL JUSTIFICADO DESENCANTO

La relación entre los jóvenes y la po-

lítica no es un tema que concite el interés de la mayoría de los investigadores. Quizá en buena parte el triunfo del neoliberalismo haya conseguido diferenciar el funcionamiento de la sociedad como sistema de la incidencia que puedan tener las iniciativas personales. Si no hay nada que hacer, no vale la pena preocuparse. Y sin proyectos las palabras se devalúan. Sandro Ventura, que es un investigador perceptivo, señala en un reciente trabajo que los jóvenes tienen un discurso moral sobre la política que lleva a demonizarla. Pone a consideración un caso en el que introduce matices en su propuesta y que vale la pena examinar. Un joven en su trabajo, una vez ganada la confianza de los dueños, aprovecha la ausencia de ellos para llevarse el dinero de la caja. Y al mismo tiempo condena la tendencia que considera inevitable de los políticos a la corrupción. Detrás de esta aparente incongruencia me parece que existe una idea de bien común, por más confusa que sea en los términos que se expresa. Y una



aspiración a la dignidad en el espacio público que no se encuentra en la vida cotidiana. La política, entonces, es idealizada y rechazada a la vez.

Los jóvenes ganados por este discurso moral se vuelven receptivos a la racionalidad controlista del autoritarismo, y desconfían también de las palabras. Y prestando auxilio a esta interpretación se encuentra esta impresión de cacofonía de las voces opositoras donde las razones de oportunidad de corto plazo se imponen a cualquier propuesta articulada de cambio. Mientras los jóvenes no establecen diferencias entre los políticos, la mayoría de estos políticos justifican tal manera de ser vistos cayendo progresivamente en la indiferenciación. Los argumentos e intenciones se van desvaneciendo y los jóvenes están viviendo este tiempo de desdibujamiento de las identificaciones partidarias e ideológicas, sin un pasado en el que encontrar asidero, aunque sólo sea para esbozar una crítica por comparación con un tiempo en que se confrontaban distintos proyectos de sociedad. Esta generación resulta, entonces, un grupo especialmente sensible para desengancharse de las iniciativas de las élites si es que en verdad se puede hablar de iniciativas y de élites y no incurrimos, esta vez nosotros, en la ingenuidad.

## LA DIFERENCIA SOCIAL

En la mayoría de los eventos sobre el tema, no falta una intervención sentenciosa acompañada de un gesto de aprobación del auditorio que advierte que no puede hablarse de la juventud en general sino de los jóvenes. La trivialidad de la conclusión a veces se queda en el mero entusiasmo de haber encontrado una pista valiosa que por lo general no se sigue. Pienso que estas diferencias se revelan y se encubren a la vez en la orientación avasalladora hacia el consumo de las nuevas generaciones. En este plano pareciera en una primera mirada que se construyen imaginarios donde encuentran puntos de encuentro

personas de distinta procedencia. Me parece, contra este supuesto, que bajo el manto de una aspiración compartida se deja ver una inequívoca marca de distancia social.

En un trabajo que escribí meses atrás, tomaba una anotación de Baudrillard en la que se refería al consumo como satisfacción alucinatoria, resurrección continua, defecación sostenida, aurora de objetos y aurora de deseos. Con el consumo se sueña en la vigilia y con la aspiración a poseer objetos se fantasea sobre las posibilidades de adquirir lo que se desea. Podría decirse que el culto a la novedad tiene una dimensión democratizadora. Mientras algunos permanecen deslumbrados con las identidades que se van queriendo definir a través de la adquisición de mercancías, lo cierto es que un grupo de jóvenes se desplaza y reconvierte marcando lo que los distingue a unos de otros en los códigos cambiantes y siempre eficaces de los estilos de presentación de cada uno. La distancia social se establece inequívocamente en los intentos de incursión de los jóvenes de los sectores populares a algunas señas de identificación de los privilegiados cuando éstos tienen el triunfo por descontado debido a la imposición de una marca o de un artículo a los que sólo ellos acceden o un brusco desplazamiento de lo que resulta conveniente usar, que no consigue ser descifrado a tiempo por los que vienen detrás.

Sin embargo, la escisión más explícita, tajante, definitiva no es ya la creciente segmentación del sistema universitario sino la «naturalización» de estas diferencias por la mayoría de los estudiantes. Aun en los contados momentos de confluencia, tales como las movilizaciones en protesta por la destitución de los miembros del Tribunal Constitucional, cada universidad establecía un cerco para no contaminarse con los extraños. La reivindicación de agruparse los de un mismo centro, para luego aislarse de los demás, significa proclamar una aceptación complaciente y hasta orgullosa de ser diferentes. En el momento



mismo en que se protesta contra el autoritarismo se acepta en parte su modelo hegemónico, que proclamando las reglas del mercado trata de poner a cada uno en su sitio y cierra los espacios de deliberación, especialmente entre aquellos que por su diversidad podrían llegar, si estuvieran juntos, a propuestas más innovadoras.

## PANDILLAS, BARRAS Y CONTROL SOCIAL

Uno de los temas más recurrentes en los estudios sobre jóvenes es el de las

sentación. Varios de estos trabajos citan a Maffesoli cuando señala que los rituales no tienen ningún fin y objetivo, y que «su única función consiste en confrontar el sentimiento de sí mismo que tiene el grupo dado». Podría pensarse que una cosa es lo que piensan estos grupos de sí mismos y otra cómo los encara la sociedad, manipulándolos y controlándolos. En un plano más inmediato, el presidente de Universitario de Deportes da la dirección de la casa de un dirigente deportivo con el que está enfrentado, por lo que debe suponerse que está esperando una manifestación de la barra de su



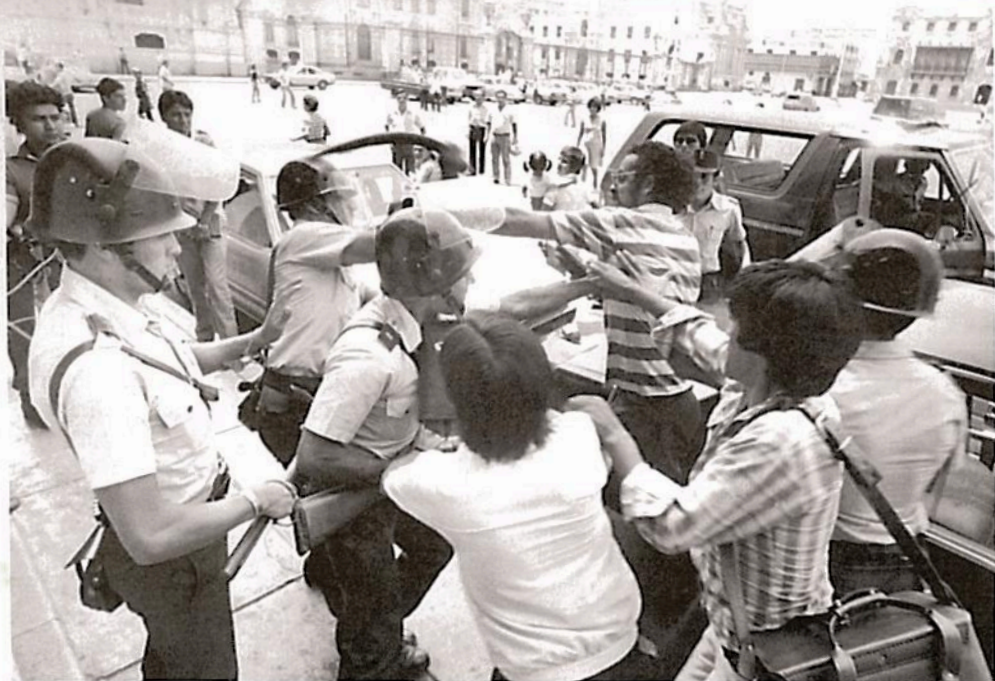
Finales de 1989, jóvenes en busca de una esquiua paz.

pandillas y barras de fútbol, en los que contamos con excelentes trabajos. El enfoque privilegiado las entiende como «tribus urbanas» en las que se forma una comunidad de pares, con rituales de iniciación y pasaje, disposición al combate de estos «guerreros callejeros», historias contadas en términos de epopeya y de sacrificio, incursiones de la mayoría de sus integrantes en trabajos eventuales y robos ocasionales, espacios de formación de identidad y hasta de repre-

club utilizada como masa de maniobra. El presidente del Alianza Lima, para no ser menos, vende en un clásico entradas a los aficionados de su club en la tribuna asignada a los partidarios de su rival. El partido fue suspendido, pero me permito dudar si se trató de un descuido o de la instigación a un enfrentamiento.

Estos episodios son incidentes menores frente al dispositivo disciplinario que se establece a través de la legislación de las pandillas perniciosas, que califi-





*La juventud de hoy no tiene el compromiso que tenía la de antes con la política.*

ca a quienes se reúnen para agredir a terceras personas y que prevé la reclusión en presuntos establecimientos socioeducativos a mayores de 12 años. Violentando criterios de orden penal, no se distingue entre la simple pertenencia a una pandilla y la comisión de determinados actos.

Al margen del cuestionamiento que merece esta manera de legislar, cabe preguntarse por qué esta ley, una vez promulgada, no se aplica. No resulta aventurado suponer que los enfrentamientos no le importan a la autoridad mientras los únicos protagonistas sean jóvenes pobres y marginados. Se los considera entonces como manifestaciones previsibles e irrelevantes. La legislación puede cobrar vigencia en cualquier circunstancia en que el conflicto rebase los linderos establecidos o por otros motivos, que no tienen que ver con la acción de estos grupos juveniles, para que la sociedad haga sentir una demanda de orden. El autoritarismo sabe graduar sus intervenciones. Y los estudiosos de las bandas y pandillas, enfrascados en los análisis de caso, pueden quedar aislados en sus criterios de in-

terpretación, sin alternativas ante la contundencia de los argumentos de los presuntos adalides de la seguridad ciudadana.

## LO QUE SE DICE Y LO QUE SE QUIERE ESCUCHAR

Contamos, por suerte, con estudios imaginativos y rigurosos sobre la juventud y la vida cotidiana, y entre ellos destacan los que aluden al tema de las relaciones de pareja. En el presente artículo surge la preocupación por una tendencia a realizar una lectura «esencialista» del tema, en la que los jóvenes se relacionan sólo con jóvenes, descontextualizados, en una suerte de encierro. Pueden así ignorarse, o pasarse por alto, los mecanismos de dominación y exclusión debido a las buenas intenciones de hacer un discurso «políticamente correcto», despojado de elementos críticos. La frecuente invocación a la sensibilidad juvenil es relativizada por el tono neutral con que se alude a ella, derivando así en argumentos sensatos y conservadores, sin dar cuenta de una sociedad de cambio. ■





CARETAS

## SAN MARCOS: OTRAS VOCES, OTROS ÁMBITOS

**MARTÍN PAREDES**

*Espero que tu generación pueda, algún día, avergonzarse de la nuestra.*

LUCHO HERNÁNDEZ

« Y por qué San Marcos ya no era lo que había sido: porque desde el golpe de Odría los dirigentes eran perseguidos y los centros federados desmantelados, y porque las clases estaban llenas de soplones matriculados como alumnos...». Excepto por la mención a Odría, éste párrafo de *Conversación en La Catedral* —esa monumental novela escrita por Mario

Vargas Llosa en 1969— es asombrosa, peligrosamente actual. La política del miedo se ha entronizado hoy en San Marcos como una solitaria en un organismo, al que coloniza y medra. Aquí cambian las personas, nunca las cosas.

Existe —recordemos que en noviembre de 1999 un grupo de 200 alumnos protestó por la presencia del presiden-



te Fujimori en la universidad lanzándole huevos— una tradición contestataria, rebelde, entre los sanmarquinos que, por definición, tienen cierta sensibilidad, inquietudes sociales, políticas, pero no en el sentido partidario. «Esta inquietud lo que revela es un gran interés por lo que sucede en el país, tienen un punto de vista, una preocupación, esto es característico en San Marcos. La mayoría de los jóvenes sanmarquinos no quiere saber nada con los partidos políticos tradicionales, aunque tengan tendencias de izquierda muchos de ellos, o tendencias sociales de cambio, pero no con una posición definida, partidaria», dice César Lévano, profesor en la Escuela de Comunicación Social desde 1978 y Editor Asociado de la revista *Caretas*.

Esa vieja forma de hacer política, instaurada desde hace mucho por la izquierda en la universidad, se extinguió. Nadie quiere hacer política en esos términos, nadie quiere ser histérico: «¿para qué voy a participar de un partido en ruinas?, ¿para qué voy a vivir en una casa que se está desmoronando?», se pregunta una estudiante de Letras.

Discutir de política sí, por qué no; pero no bajo esas estructuras obsoletas, pre-modernas, a decir de algunos alumnos. Para ellos, la participación política como la de hace 20 o 30 años entró en crisis, ha fracasado. «Desconfío de los partidos porque tienden a centralizar las decisiones, a crear imprescindibles, a crear jefes, jerarquías; de eso se deriva todo tipo de ideologías totalitarias. Nosotros creemos en la organización, pero en la auto-organización. El poder nace de la concertación, no de la dominación», señala Jesús Céspedes, estudiante de Historia y miembro del Colectivo Amauta. Para él, «los partidos necesitan una profunda descentralización

de decisiones, una reconfiguración de sus discursos. El *modus operandi* de la política está cambiando. La gente se interesa por la política pero con otro discurso».

César Lévano, en permanente contacto con sus alumnos, lo percibe así: «Parece que hay como en nebulosa o en germen, señales de cambio de la juventud. Y, en todo caso, no creo en esa especie de apoliticismo o indiferencia por los problemas. En San Marcos se explica con más razón por el hecho del origen social de los alumnos. Es evidente que son jóvenes que en muchos casos comparten los problemas personales o familiares del desempleo, de los escasos recursos económicos».

—¿Todas esas inquietudes sociales ya no pasan por los partidos políticos?

—Por el momento no pasan, y yo no sé si pasarán por los viejos partidos o se crearán otros, que es lo más probable. La función crea el orden. Pienso que en la historia no hay puntos muertos. Algo se prepara —concluye Lévano.

Sólo cabría preguntarse: ¿qué le puede ofrecer hoy un partido a un joven de 20 años?, ¿qué puede encontrar de interesante ese joven en un partido?

## CASA TOMADA

Desde la intervención de la universidad, el 25 de mayo de 1995, la Comisión Reorganizadora, con el anuncio y la promesa de un proceso de modernización, anuló la representación estudiantil. Ya no existe el Tercio Estudiantil que fue desactivado de la Asamblea Universitaria, sólo existen los centros federados. Lo que se ha esparcido por la universidad es el gas sarín de la minusvalía académica. Si bien es cierto que ahora se puede estudiar en mejores condiciones, la uni-



versidad no es sólo jardinería, pintura de brocha gorda, computadoras; también sería aconsejable algo de investigación, de rigor académico, total los perjudicados serán los alumnos, porque su calificación profesional será menor que la de los egresados de otras universidades, una cada vez más grande desventaja en la competencia laboral. «Los profesores que no han querido bailar al ritmo de la intervención han tenido que salir y ves cómo la mediocridad se expresa a nivel del gobierno de la universidad. Por ejemplo, el decano de Sociales, Víctor Medina, no es un investigador. Los

ligro en sí mismo, «en San Marcos hay una lucha subterránea, un poder oculto. Sólo están permitidas las agrupaciones inofensivas para las autoridades. Mientras no protesten, no hay problema, son parte del paisaje de la universidad, sólo para decir que existe libertad de expresión», dicen unos estudiantes de Letras que prefieren no identificarse. La Comisión Reorganizadora ha traído consigo una buena cantidad de seguridad privada cuyo trabajo consiste en tomar nota de las actividades de los estudiantes, impedir la muestra de periódicos murales y pizarras. Además de la existencia de

Ernesto Jiménez



*El San Marcos pintarrajeado de 1989.*

directores de escuela, los secretarios académicos tampoco son investigadores. La mediocridad se está adueñando de la universidad, la está destrozando», sostiene Céspedes del Colectivo Amauta.

Discutir y pronunciarse sobre política —por medio de periódicos murales, pizarras, volantes— constituye un pe-

soplones enquistados en los salones o grabando desde los techos de las facultades cualquier protesta, cualquier reunión estudiantil. Sin embargo, el presidente de la Comisión Reorganizadora, Manuel Paredes Manrique, se jacta que de un total de 24,000 alumnos, el 98% están satisfechos y reconocen la labor de la Comisión.



Durante los últimos cinco años fueron comunes los súbitos apagones en toda la Ciudad Universitaria o a veces sólo por facultades; tenían por finalidad impedir la realización de reuniones de estudiantes con el conocimiento de las autoridades. Además, las amenazas de expulsiones –veladas o efectivas– son contundentes maneras

so un efusivo lector de Mafalda, el decano cree que la política es una de las tantas malas palabras que se escriben con P. La consigna es clara: haz todo lo que quieras menos criticar al gobierno.

En este clima enrarecido, existen al menos cinco grupos reconocibles en San Marcos<sup>1</sup>:



*El pulmón del Perú: en San Marcos siempre hay sitio.*

Herman Schwarz

de disuadir a alguien de protestar. Cuando el Centro Federado de Derecho quiso pronunciarse contra la candidatura ilegal de Fujimori, el decano, José Antonio Silva Vallejo, mandó incautar las pizarras donde se expresaban los alumnos; no lo logró, pero sí rebautizó graciosamente a la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, por «Ciencias Jurídicas». Aca-

1) JUVENTUD POPULAR: Se forma en 1995, pero tiene presencia en San Marcos desde 1998. Organiza a los estudiantes en sus bases a través de talleres, charlas de información sobre política, modelo económico, etc. «Somos

1 Con información proporcionada por el Círculo de Investigación y Estudio de Comunicación Social, (CIECS).



un movimiento que se caracteriza por ser antineoliberal y antidictatorial. No somos un partido, ni buscamos lanzarnos a las elecciones. Nosotros no tenemos todavía una definición ideológica» (Christian Velásquez, miembro de JP). Este movimiento se extiende a provincias (Cajamarca, Cusco, Huancayo).

Pinta predilecta en las calles: «Insurgencia J.P.». Vínculos con Patria Roja.

2) COLECTIVO AMAUTA: Formado en 1997, fue estimulado por la movida estudiantil de mayo y junio de ese año. No es un movimiento que reivindica sólo cuestiones generacionales: «lo que queremos es desarrollar un nuevo discurso de izquierda, porque nos definimos como socialistas». Rescatan a Marx, Lenin, Gramsci, Mariátegui, Marcuse, Proudhon, Bakunin. No tienen jefes. Proponen «el poder desde abajo, fomentar la democracia radical, el autogobierno, la autogestión en la universidad». Aceptan lo lúdico como un aspecto de la política, para ellos la política no está exenta de alegría.

3) CRAJ (Comité de Reagrupamiento Amplio y Acción Juvenil): Formado en 1999. Se origina en la Facultad de Educación. Integrado por grupos de izquierda: «trotskistas, marxistas, socialistas, democráticos, inclusive cristianos», según su fundador, un ferista anónimo. Su objetivo a corto plazo: reconstruir los alicaídos gremios. En el futuro es posible que formen un partido.

4) INTEGRACIÓN ESTUDIANTIL: formado en 1999, está integrado básicamente por gente de Derecho. Nace como grupo independiente pero proveniente de antiguas estructuras partidarias. Tendencia de izquierda. Consideran lo político tan importante como lo académico: «toda teoría académica tiene un esbozo político». Relaciones con el

Colectivo Amauta, diferencias políticas con el FER y roces con Juventud Popular. Participan de la Liga de Jóvenes Socialistas y Progresistas, cuyo fin es reunir a diversas agrupaciones de izquierda.

5) FER antifascista (Frente Estudiantil Revolucionario): el FER se crea en 1940 como Frente Estudiantil Reformista. Lo de Revolucionario lo adoptan en 1959 cuando se parte en dos facciones, una izquierdista y otra aprista. En 1972 se vuelve a dividir en siete grupos: uno de ellos el FER-antifascista, porque calificaban al gobierno militar de Velasco de fascista.

Lema: «luchar por la universidad nacional, científica y democrática». Alrededor de 11 militantes organizados en la Base de Ciencias y la Base de Educación. La «necesidad histórica para el movimiento estudiantil y la revolución, de que el FER-SM se siga constituyendo en un organización revolucionaria» (Boletín FER-Base Ciencias, julio de 1999).

Sus miembros tienen que asumir el programa mínimo del FER, apostar por una libertad de opinión y expresión sin restricciones y presentar una alternativa de gobierno para la universidad. Para ser un ferista se transita por las condiciones de: Amigo>Simpatizante>Militante.

Actualmente se ha formado un Comité de Reconstrucción de la FUSM (Federación Universitaria de San Marcos) integrado por 13 gremios representantes por facultad.

Hay que añadir que en Derecho –según Eduardo Guillén, Secretario General del Centro Federado de Derecho– en las últimas elecciones de esa facultad se notó la participación del Apra como organización, el MNI-Patria Roja (Movimiento Nacional de Izquierda) y aunque la militancia es menor, aún permanecen.



## BUENAS VIBRACIONES

Entre octubre y noviembre pasados, el CIECS realizó una encuesta entre 400 estudiantes de San Marcos para preguntarles acerca de sus intenciones de voto en las próximas elecciones. Los resultados fueron:

*¿Por quién votarías para presidente?*

Castañeda	27%
Andrade	20%
Fujimori	15%
Toledo	7%
Blanco/Viciado	22%
Otros	6%
No Precisa	3%

*La cuarta parte de los sanmarquinos (6 mil alumnos) no tienen preferencias por candidato alguno; sienten que ninguno de ellos los representa. Y si sucediera una segunda vuelta entre Castañeda y Fujimori, la diferencia es de 13 puntos:*

Castañeda	41%
Fujimori	18%
Blanco/Viciado	25%
No Precisa	16%

*Pero si la segunda vuelta fuera entre Andrade y Fujimori, la diferencia sería de 16 puntos:*

Andrade	44%
Fujimori	20%
Blanco/Viciado	26%
No Precisa	10%

Del total de alumnos matriculados en el semestre 99-II (23,844), el 97% tiene derecho a voto.

## CORRIENTE ALTERNA

Los jóvenes son inconformes. Y si antes esa inconformidad se canalizaba a través de la participación política partidaria que se alimentaba en la universidad, ahora el espacio movilizador para la crítica son los terrenos fértiles de la cultura –alternativa, **underground**, cómics, fanzines, literatura, pintura, video, performances, rock. Son «movidas» que por lo general tienen un objetivo específico: oponerse a la candidatura de Fujimori con un concierto de rock en Quilca, por ejemplo todas las marchas empiezan en la Plaza Francia y terminan en Quilca, en el Queirolo o en el Averno. No intentan elaborar un discurso político exclusivo aunque la política es un ingrediente más. Estos estudiantes piensan que el fenómeno de apoliticismo, despolitización, individualismo, apatía o indiferencia, es meramente transitorio. Es una generación nacida en la segunda mitad de la década del 70, durante la segunda fase del gobierno militar, que creció entre apagones, coches-bomba e hiperinflación. Nuestros padres tenían garantizada la idea de comunidad, de seguridad laboral; nosotros llegamos tarde, nos tocó competir por una chamba y sólo nos queda la ironía. Una generación **unplugged**, desenchufada –dicen– de todos los problemas. No tenemos grandes referentes, ni grandes líderes, ni grandes héroes, ni grandes utopías. Pero que no haya ideología no significa que no haya ideales. Las marchas del 97 demostraron que, si bien no cambiamos mucho al protestar, tenemos una responsabilidad frente al país y que no la soslayamos, pero también que se está diseminando un sentimiento de orfandad, que existe una mutación en la sensibilidad política y que no nos sentimos representados por nadie. ■





## PUCP: MARCHA DE SOLITARIOS Y AUTOGOLAZO POLÍTICO

**JERÓNIMO PIMENTEL\***

**E**n noviembre de 1998, en vísperas de la temida semana de exámenes finales, una pequeña cola al lado de un salón distorsionaba el paisaje acostumbrado para el alumnado de Estudios Generales Letras de la Católica: paredes grises, alumnos dispersos, y por ahí uno que otro profesor yendo o viniendo de alguna clase. De pronto se empezó a sentir una aún incipiente agitación. Una chica, junto a dos amigos, comenzó a esparcir el rumor de que la votación era obligatoria. En menos de dos minutos la cola, que definitivamente no pa-

saba de cinco personas, se tuvo que empezar a contar por decenas. «Dos créditos de multa», «es obligatorio votar», se escuchaba. Diez minutos después, un muchacho se acercó a la cola: «La votación para la FEPUC no es obligatoria –dijo molesto–, la única votación obligatoria es la del Tercio Estudiantil, los están engañando para obligarlos a votar». Su voz era pausada y enérgica. «¿Qué es el Tercio?», preguntó uno, «¿qué es la FEPUC?», interrogó

\* Estudiante de la facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.



otro. Luego de un murmullo ambiguo, algunas quejas y varias sonrisas, la cola se dispersó. Los incondicionales, incrédulos o escépticos que siguieron tal vez se llevaron una sorpresa cuando, con la cédula en la mano y sentados en la carpeta que fungió de cámara secreta en el salón, se dieron cuenta de que sólo había una opción para marcar, una sola lista por la cual optar. Eso, viciar el voto o dejarlo en blanco.

### APATÍA PARTICIPATIVA Y CRISIS DE REPRESENTATIVIDAD EN LA PUCP

Uno de los primeros factores que salta a la vista es que la anécdota referida data de 1998. Y tiene una explicación muy sugerente: las elecciones para la FEPUC de ese año fueron las últimas que se llevaron a cabo puesto que las de 1999 (que elegirían a la gestión del

2000) no se realizaron porque no se presentó nadie. Debemos mencionar que situaciones como ésta no han sido la excepción, pues en los últimos cinco años sólo ha habido tres gestiones, cuando lo normal hubiera sido una por año. Y, por lo general, las listas que salieron elegidas, como la que referimos, no compitieron con nadie, si no contamos, claro está, el temido porcentaje de votos en blanco que tienen que superar.

Del mentado pasaje se puede extraer otras lecciones. Una de las más importantes es que el alumnado, mayoritariamente, no distingue la diferencia entre centros federados, federación de estudiantes y Tercio Estudiantil, y esto es debido al laberíntico sistema de representación creado hace ya varias décadas, para otro tipo de realidad política, que confunde al estudiante y estorba a los dirigentes en sus funcio-

*15 de mayo de 1981, ex dirigente de la FEPUC, Enrique Bernales, todavía joven, responde a la política económica belaundista en el Senado de la República. Lo escuchan Jorge Del Prado, Marco Antonio Garrido Malo, Ernesto Alayza, Mario Polar y Manuel Ulloa.*



Pedro Sánchez



nes (conocidas son las fricciones entre los representantes de las mentadas instancias). A pesar de esto, existen otros entes, aunque a veces sólo en el papel, que (al parecer felizmente) desconocen los alumnos, como los fiscales, encargados de regular las gestiones de los centros federados y de la FEPUC, la Asamblea de Delegados de Aula (que simplemente no existe), etcétera. Demasiadas instancias para tan poca eficacia terminan por arruinar, deshumanizar y acrecentar la distancia que tienen los alumnos frente a las instituciones que supuestamente los representan. Nada mejor que un sistema de representación estudiantil tan confuso como para reforzar la sensación de anacronismo y lejanía que lleva consigo la imagen burocrática y retórica de las «organizaciones de representación estudiantil».

El Tercio Estudiantil es el único ente que reconoce la PUCP desde que se creó oficialmente en 1969 con Velasco, el único que tiene voz y voto ante las autoridades y (obviamente) el único al que es obligatorio elegir (so pena de los dolorosos créditos de multa). Los otros (C.F. y FEPUC) simplemente tienen voz. Una voz que se debería legitimar (que se legitimó en otras épocas) con la representatividad de los alumnos, pero que ahora, de la misma forma como ocurre con el sistema político nacional, sólo produce indiferencia.

La FEPUC gozó en los años sesenta y setenta de un gran prestigio. Entre sus principales logros estuvieron la introducción del sistema de escalas para las pensiones y la reforma del plan de estudios de Letras, en el que añadieron, entre otras cosas, el curso de Realidad Social Peruana. Sus reivindicaciones eran internas, para luego extenderse al ámbito político nacional. Presidentes de la FEPUC memorables han sido Henry Pease García, Enrique Bernales, Rafael Roncagliolo y Javier Diez-Canseco. Sin embargo, este sistema se resquebrajó a mediados de los ochenta para perder completa representatividad en los noventa (a la par con el

ámbito político nacional). A partir de 1995 empieza tibiamente la labor de reconstrucción del sistema, pero la apatía participativa y el escaso interés del estudiantado los lleva a subsistir a trompicones. Prueba de ello es la ausencia de listas en las elecciones (cuando las hay) y la escasa convocatoria que han tenido sus actividades: hasta los Juegos Florales del año pasado tuvieron que aplazar las fechas de entrega por ausentismo. Los mecanismos de presión con los que se legitima una institución de este tipo tienen mucho que ver con la capacidad de convocatoria que tengan, ya que su injerencia no parte del reconocimiento oficial (como en el caso del Tercio), sino que radica en la facultad que tengan de representar al alumnado (en el sentido de personificar las características esenciales de un grupo), y si esta relación de identificación no existe, es difícil entender la existencia real del mentado ente. Es mucho mayor el prestigio que tiene aún la titularidad del nombre externamente, que la representatividad real entre el estudiantado. La mayor prueba de ello fue que a pesar de haber apoyado públicamente al fallido Paro de abril de 1999, y de haber incitado a la población universitaria a plegarse a él, éste significó un verdadero fracaso dentro de la misma universidad.

Por otro lado, los centros federados subsisten tergiversando el sentido para el que fueron creados. Lejos de ser entes politizados (lo que en sí mismo no tiene por qué ser algo malo) o políticamente representativos, que encaucen y resuelvan los malestares y problemas de los alumnos dentro de sus Facultades, destinan sus esfuerzos, cuando los desarrollan, en prestar pelotas, tableros de ajedrez y sacar fotocopias. Dicho de otra manera, su existencia depende de la funcionalidad social que tengan, no de su funcionalidad política, que pareciera ser el tipo de identificación que cada vez más conscientemente tratan de evitar. Para completar la idea, en la recientemente creada Fa-



cultad de Ciencias y Artes de la Comunicación no existe centro federado, ni siquiera una junta de estudiantes, una instancia organizada que represente a los alumnos. Esto no parece representar un problema (sólo que hay que caminar un poco más porque las fotocopias se sacan en Letras) si no contamos entre éstos el reproche indirecto de los profesores ante esta desidia (y los falsos cargos de culpa que originan).

## ACLARANDO LOS LUGARES COMUNES

La crisis de las ideologías (a nivel global), el desgaste de los proyectos modernos (a nivel nacional), el establecimiento del neoliberalismo como opción única y la preeminencia del individualismo y la subjetividad como filtros legítimos para asumir la vida (conceptos distintos pero directamente relacionados entre sí) han terminado por hacer ver a las ideas de organización política como desfasadas, históricas, engorrosas, poco prácticas, faltas de contenido real y, de alguna manera, siempre lejanas de la «realidad inmediata del yo» de los jóvenes (que es lo que finalmente importa). En todo caso, también asociadas empíricamente a violencia (Sendero Luminoso), desgobierno, caos e hiperinflación, los símbolos naturales del fracaso de los gobiernos populistas, lo que ha devenido en que se juzgue y califique a la política, malamente, en el rubro de «mal necesario».

El sistema político se ha transformado e individualizado: así como los emisores han dejado de ser los partidos políticos y han pasado a ser los **outsiders**, en mucho gracias a los medios de comunicación masivos, los receptores dejan de ser sindicatos para pasar a ser individuos. A su vez, esta interrelación ya no requiere políticos oradores-discursivos (los románticos ideólogos), puesto que una de las consecuencias del «fin de la modernidad» fue la pérdida de legitimidad de la palabra como elemento transformador

o con contenido; se prefiere, en cambio, «independientes» ejecutivos-hacedores, que no hablen (o que hablen poco) pero que hagan (tecnócratas). Con la crisis de las ideologías viene el feroz resurgimiento del pragmatismo.

En el nivel sociopolítico, el individuo se siente continuamente más aparte de la esfera pública porque, también, ésta lo coerciona cada vez más y más pronto a que se responsabilice, se decida, se enfrente y se haga cargo de sí mismo. El período de moratoria social que se daba a los jóvenes para que se reconozcan, estudien y decidan el tipo y la forma de su incursión «al sistema» se achata cada vez más, forzándolos a elegir e incursionar en el mercado laboral cada vez más rápidamente (mediante prácticas cada vez más precoces o los famosos cachuelos). Esto conlleva que el proceso de individualización en el joven se refuerce más tempranamente, trayendo como consecuencia, entre otras cosas, que las fronteras entre el mundo juvenil y el mundo adulto se difuminen progresivamente, emergiendo a su vez el punto intermedio, el joven-adulto ejecutivo que en la primera mitad de sus veinte años ya se maneja efectivamente en el mundo laboral (el **yuppie** de los noventa). La identificación misma del grupo juvenil se torna difícil, puesto que no hay un mundo adulto-oficial definido y ajeno al cual oponerse (mediante el cual reafirmar una identidad), como tampoco existe una diferenciación de valores entre ambos. A diferencia de lo ocurrido con las juventudes de los años sesenta y setenta, los sistemas, valores y modas que imperan social y oficialmente (democracia, individualismo) son propios de todos los grupos y sectores, no hay opciones alternativas ni deseo de cambiar el estado de las cosas; no hay antagonismos ni diferencias. Es más, si algo ha tenido como eje a las manifestaciones estudiantiles en la segunda mitad de los noventa, ha sido justamente la necesidad de reafirmar esos valores (sobre



todo el democrático). Las fronteras han desaparecido y ya no existen íconos generacionales (como antes lo fueron el rock y el jean) que encabecen la confrontación con «lo establecido».

Desde otro punto de vista, para hablar en un plano más mundano, las asociaciones políticas y los movimientos estudiantiles requieren de tiempo, capacidad organizativa y de asumir liderazgos y responsabilidades. Esto, de por sí, reduce las posibilidades de activismo político, en su mayoría, al grupo que puede afrontar estas implicancias y sacrificios materiales y temporales (clase media-media, media-alta y alta). Del resto, salvo unos pocos, nadie quiere jugar a ser el héroe, y son los menos los que se arriesgan a verse asociados con eso que requiere tantos esfuerzos y que para todos los demás es tan ajeno y repudiable (la política). Dentro de la lógica pragmática impera la necesidad de obtener resultados efectivos, y la actitud de compromiso político deja, en mucho, de ser un buen ejemplo de actividad beneficiosa para los jóvenes (aunque no deje de ser completamente necesaria): no trae consigo un bien material inmediato a cambio, y ni siquiera un bien social (fama). Aunque este último punto tenga matices discutibles (es claro que la titularidad de cargos como «representante de los alumnos de tal universidad» todavía tiene valor externamente), lo cierto es que la estricta lógica bicondicional del pragmatismo

(«dar-recibir») no funciona en este nivel. Esta lógica se puede llevar al funcionamiento de las instituciones de representación estudiantil. En la PUCP los entes representativos que no tienen una injerencia directa en la transformación de la realidad, los que sólo

*Barriendo la apatía de una generación.*



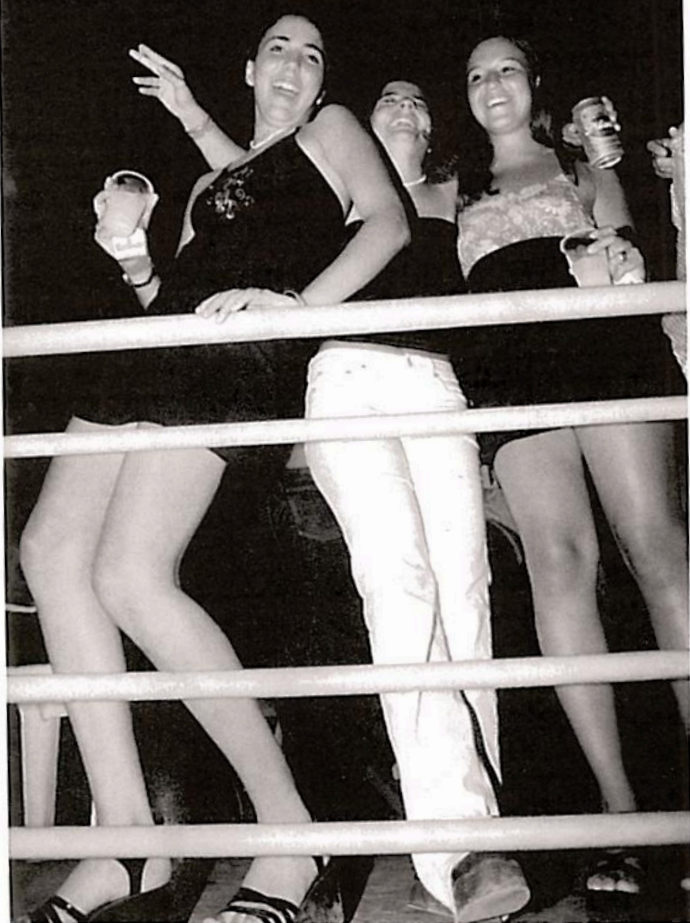
Eduardo Martínez



tienen «voz», los discursivos, se debilitan o tienden a desaparecer (es el caso de la FEPUC). El juego político pasa a ser pragmático, no ideológico. De esta forma los entes con posibilidades más directas de cambiar la realidad o con funciones más prácticas (los que tienen «voto») sobreviven (como el Tercio Estudiantil), aunque a veces, como los centros federados, tengan que modificarse para asegurar su subsistencia (préstamo de pelotas).

La falta de participación política entre los jóvenes es un indicador de una característica de la sociedad en su conjunto, no tiene la calidad de exclusiva. El problema es que se trata de exorcizar esta carencia achacándosela únicamente

a ellos, ¿cuántos y qué representatividad tienen los movimientos políticos organizados actualmente?, ¿cómo funcionan sus bases partidarias?, ¿qué injerencia tienen en la vida política nacional?, ¿qué tanto de esta problemática es culpa de los jóvenes? Resulta sesgado no ver las cosas desde ambos lados de la moneda. Luego del fracaso de los proyectos nacionales, el sistema político peruano se ha desmoronado estrepitosamente debido a la carencia de propuestas partidarias o ideologías viables. Esta caída tuvo como consecuencia directa dos puntos precisos. En primer lugar, cayeron junto con ella las organizaciones estudiantiles universitarias. En segundo término, no se presenta a los jóvenes ninguna propuesta ideológica atracti-



CARETAS

«Bacilón, qué rico bacilón,...». La mayoría de la juventud está en otra nota.

va que los pueda comprometer o que les pueda crear lazos de afinidad política. ¿Por qué exigir, entonces, la atención de los jóvenes al mutismo programático que embargó al sistema político durante toda una década? No es tan simple como formular preguntas, está claro, de la misma forma que no es tan simple como echar culpas.

Por otro lado, este cambio dentro del sistema debió llevarse consigo sus formas de entender los comportamientos políticos (movimientos estudiantiles en el caso de los jóvenes), lo que hubiera permitido erradicar las sentenciosas nostalgias de pasados «activismos» que tanto se les reitera a los jóvenes. La experiencia subjetiva de éstos, ya sea a través de recuerdos o de experiencias indirectas (padres, profe-



sores, medios de comunicación) los lleva inevitablemente a rechazar (con su silencio) o a «criticar» (con silencio nuevamente y por eso entre comillas) todo lo que tenga que ver con participación política u organizada.

A esta generación se le reclama torpemente manifestaciones propias de otra realidad (marchas, mítines), apego a convicciones asimiladas de una manera supérflua (democracia, Estado de Derecho), a la vez que se le acusa o asusta con identificarlos con el descontextualizado rótulo de «X». De aquí la euforia y ceguera de los anquilosados «políticos tradicionales» cuando en la (también multimediática) marcha de junio de 1997 y los sucedáneos rezagos de ésta, quisieron ver la herencia de sus propias marchas, de sus propios comportamientos políticos. Nada más falso. No había nada organizacional detrás de esta manifestación, sólo una respuesta moral y emocional ante un hecho aberrante hasta para el más primario sentido común, que de política sólo tuvo el contexto y el cascarón. Y, en este sentido, al ser tan despolitizada y espontánea, no se entendió que el golpe no se daba únicamente al gobierno, sino también (y nuevamente) a los «políticos tradicionales», pues la respuesta moral evidenció aún más la carencia de alternativas o propuestas políticas capaces de encauzar este descontento. Ni las marchas ni las arduas e inéditas «convicciones democráticas» expresadas en las esporádicas manifestaciones («como antaño») representan o han representado el resurgimiento de algo que se pareciera a un movimiento estudiantil (a pesar de la creación de la ahora inexistente Coordinadora Universitaria). Simplemente porque las marchas no fueron el correlato de ningún tipo de estructura o compromiso político organizado.

Al referirnos a las convicciones asimiladas de una manera supérflua hacemos hincapié en un factor importante. El advenimiento de la posmodernidad se llevó consigo, junto a las

ideologías y los partidos políticos, el sentido crítico moderno y el significado transformador de la palabra. Suplantando estas carencias, el pragmatismo y el individualismo, la asimilación pasiva de la realidad y la preeminencia de la imagen y/o de la cultura audiovisual sobre la escrita. En el análisis de las manifestaciones posteriores a la marcha de 1997 (en la que los alumnos de la PUCP participaron) podremos encontrar bastantes alcances.

La falta de contenido de estas protestas delineó desde un comienzo sus estrechos parámetros. Éstas se manifestaron como «oposición a», no como «opción de»; es decir, y es de considerar que por culpa de ello no hayan podido llegar a ser nada más, no tenían una ideología que proponer, (y ni siquiera) una desde la cual criticar. Este fue el comienzo a la vez que el final. No fueron acciones políticas, sólo reacciones morales que se perdieron en la confusión de la heterogeneidad de conceptos mal aprendidos. El declive de estas manifestaciones (simbolizadas con la figura de la marcha) tuvo que ver, entonces, con el vacío que escondían. «¿Y ahora qué?», fue la pregunta de la mayoría de los jóvenes que marcharon en junio de 1997. «¿Para qué más marchas?» Y, a pesar de los esfuerzos invertidos en intentar ir «más allá» (reuniones, foros), en la no-respuesta a esa simple pregunta se quedaron los intentos de resucitar la costumbre activista de décadas pasadas.

Sin embargo, y a pesar de estar amparados bajo el manto políticamente correcto de las reivindicaciones democráticas, se debe reconocer que se supo echar mano de los recursos mediáticos para esconder también (consciente o inconscientemente) esta falta de proposición real o de verdadera crítica. Aquí otro punto: ya no son necesarias las marchas multitudinarias si se tiene una cámara haciendo un efectivo primer plano de veinte personas alborotadas con pancartas ingeniosas. La imagen



televisiva impacta, y aunque sufra de la vacuidad del elemento que no se explica a sí mismo, ese parece ser el motivo de su utilización. De ahí que manifestaciones como la barrida frente al Congreso, las manos blancas o la vigilia hayan sido escogidas como elementos de protesta. Son imágenes (no nociones) con un fuerte potencial multimediativo, que no argumentan nada, pero que impresionan. Son, si se quiere, ingeniosos efectos, pero que se aniquilan en su misma espiralidad formal.

Con la crisis de las ideologías coexiste el colapso de la capacidad crítica del individuo, que se ahonda con los efectos de la aprehensión de la cultura visual, en detrimento de la escrita. Como bien explica Giovanni Sartori (*Homo Videns*, 1998), no es que ambas se excluyan *per se*; es más, lo ideal sería su armonización provechosa, pero lo cierto es que, sobre todo en los procesos formativos de las jóvenes actuales, se sobrepone una (la visual) a la otra (escrita). Factor que, como hemos señalado, ahonda las distancias en la utilización de conceptos y argumentos en las manifestaciones y protestas de los jóvenes.

## VOLVIENDO AL INDIVIDUALISMO: CONCLUSIÓN FINAL

El año pasado, estudiantes de la Facultad de Trabajo Social hicieron un estudio descriptivo acerca de las agrupaciones que se habían formado espontáneamente dentro de la PUCP. Encontraron varias decenas de ellas, que iban desde grupos de acción y discusión multidisciplinaria (La Otra Margen), hasta comités de publicaciones de Facultades (como Impresión, periódico de la Facultad de Comunicaciones). Esto nos lleva a la siguiente afirmación: las necesidades de reafirmación individual

pasan necesariamente por la asociación colectiva, y esta necesidad social y vinculante sigue latente en los jóvenes, por más pequeña que ésta sea, aunque no se trate de manifestaciones de carácter totalizante, transformador o institucionalizado (como la política). Es por eso que lo lógico sería analizar cómo los anteriores esfuerzos juveniles en movimientos estudiantiles, se han volcado en la creación de estos grupos (o «movidas», como las definiera Sandro Venturo) con fines específicos y particulares: rock, literatura, contracultura, etcétera. El individualismo no tiene por qué conllevar carga negativa alguna, de la misma forma en que el bien personal no tiene por qué estar dissociado del bien común, precepto que de buena forma sintetiza parte de la lógica partidista dentro de la democracia.

No se puede afirmar que estos grupos representen una forma alternativa de comportamientos políticos, pero sí dicen mucho acerca de las características reales de la supuesta apatía e indiferencia generalizadas que embargarían enteramente el mundo y la idiosincrasia de los jóvenes. No es así. Los universitarios no son individuos sedados por el neoliberalismo ni stupidizados por el pragmatismo. A pesar de que no aspiran a una intervención pública política, refuerzan sus pasiones en sus pequeños colectivos y en ellos vuelcan sus críticas e intereses, desde el plano sociocultural. Tal vez este punto no diga mucho acerca de los caminos de reedificación del sistema de representación estudiantil, y menos aún sobre las pautas para la reconstrucción del escenario político peruano, pero sí da luces acerca de la pretendida anomia de la juventud (y la juventud universitaria). El detalle está en que ni siquiera su indiferencia es totalizante (la epidémica pero clarificante paradoja del discurso posmoderno) y esto es bueno. Porque, de todas formas, es un indicador de la capacidad y necesidad real de interrelación social que, felizmente, todavía no se ha perdido. ■

Nota: Un agradecimiento especial a Carlos Torres Vitolas y Sandro Venturo por su valiosa colaboración.



# RS **resumen semanal**

Compendio de los más importantes acontecimientos políticos y sociales a nivel nacional.

*(Disponible sólo en versión electrónica)*

## TARIFA ANUAL NACIONAL Y/O INTERNACIONAL

(50 números) Precio único: US\$ 25.00

Deseo tomar ( ) suscripción (es) anual (es) a **Resumen Semanal**

Nombre: \_\_\_\_\_

Dirección: \_\_\_\_\_

Ciudad: \_\_\_\_\_

País: \_\_\_\_\_

Telf./Fax: \_\_\_\_\_ RUC: \_\_\_\_\_

E-mail: \_\_\_\_\_

Forma de Pago:

( ) Cheque a nombre de **desco**

( ) International Money Order a nombre de **desco**

( ) Abono en Cta. Cte. Del Banco Wiese N° 071-1222170 DESCO/PUBLICACIONES(\*)

(\*) Para suscriptores extranjeros: Los costos bancarios –tanto del país de origen como de destino– corren a cargo del suscriptor.

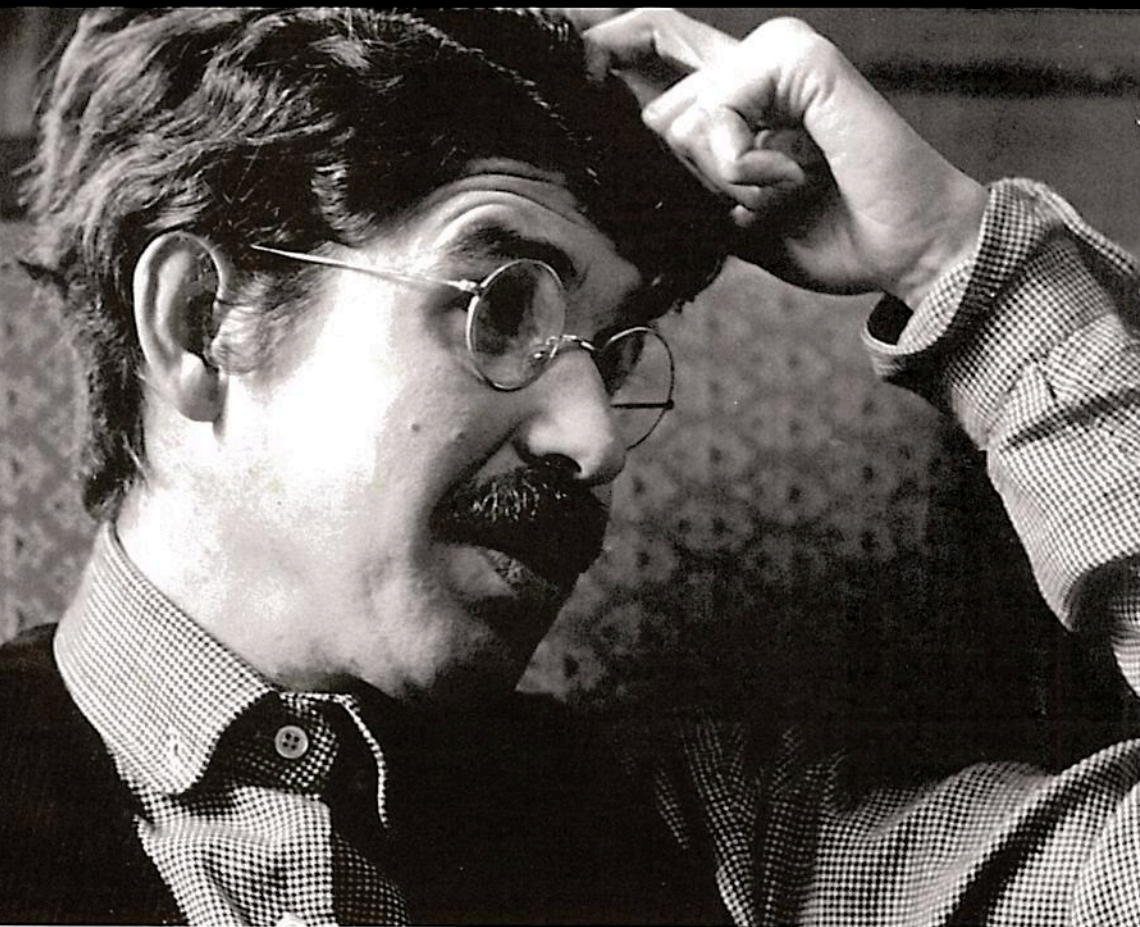
En caso de abono directo nacional o internacional, remitir a nombre de **Resumen Semanal**, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito. A vuelta de correo le enviaremos boleta o factura según requiera.

**desco** – Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

León de la Fuente 110, Lima 17 – Perú

Telf. (51-1) 2641316 Fax: (51-1) 2640128





Alfredo Zamora, 1977.

# Amor, fractura y cebiche

**ALFREDO BRYCE ECHENIQUE**

*Alfredo Bryce ha tenido la generosidad de entregarnos cinco textos de sus próximas Antimemorias. Ellos tratan, de un modo u otro, sobre los años felices de su juventud europea: los primeros años matrimoniales con Maggie Revilla; la aparición de Silvie, su alumna en la universidad de Nanterre, conocida literariamente como Octavia de Cádiz; su entrañable amistad con Julio Ramón Ribeyro. Paciencia... un poquito de paciencia, por favor. Los textos aparecerán en los próximos números. Empecemos con Maggie, su primera esposa, bella y esbelta, dulce y sonriente.*

---



*Siempre me dije que debía escribir un diario íntimo, pero la verdad es que el día en que abrí un cuaderno y anoté algo, el resultado fue tan patético que mejor era quedarse calladito y seguir pasando entre la gente como el sonriente peruano que lleva una andanada de años en Europa y, sin embargo, sigue mirando las cosas de este mundo, e incluso narrándolas, en novelas, cuentos, artículos, antimemorias, y hasta en conferencias, como si jamás hubiera salido de su tierra natal. Y créanme que yo me entiendo cuando digo que, el día en que por primera vez puse un pie en Europa –había cumplido ya los veinticinco años–, en realidad lo que hice fue poner, por primerísima vez en mi vida, un auténtico pie en el Perú-país y en el Perú-problema. O, mejor dicho: puse un pie en el Perú entero y auténtico, el día de mi desembarco en Europa.*

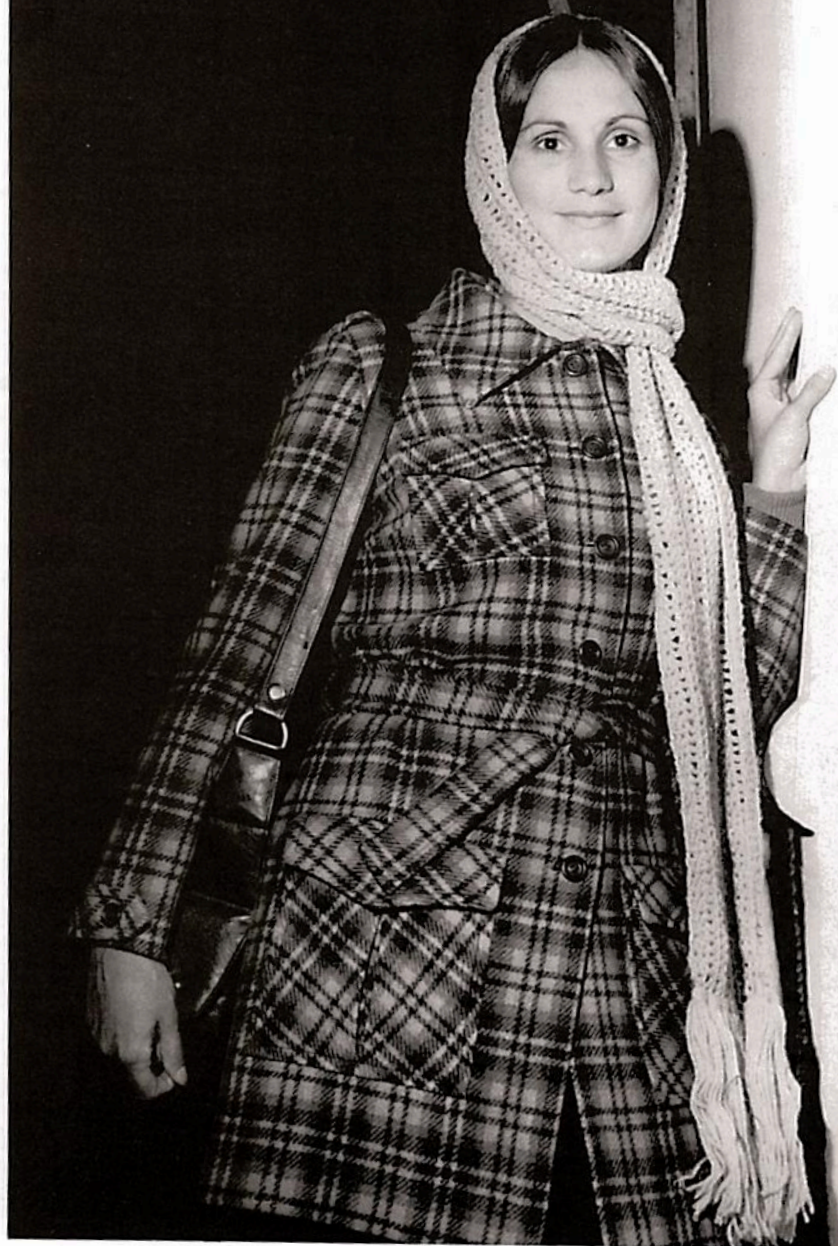
*¿Qué cómo y que por qué? Pues por un millón de razones, del tipo conócete a ti mismo, o: lo suyo es una verdadera empresa de autodescubrimiento, y sí: claro que tiene toda una vida por delante, pero lo malo es que también tiene toda una vida por detrás... Sin olvidar tampoco, por supuesto, aquello de los vasos comunicantes y lo de las coplas esas, de alma, corazón, entendimiento, redescubrimiento y vida, que en España se conocen como cantes de ida y vuelta. **And last but not least**, aquellas palabras de un tango que, más que a premonición o experiencia, suenan un poco a todo un programa de vida y un mucho a tremenda maldición:*

*«Pero el viajero que huye...»*

*Y ahora que me llegó el momento de volver al Perú geográfico, de pronunciar una y un millón de veces frasecitas cursis, del tipo «La tierra tira, finalmente, Los peruanos somos como las ballenas: nos alejamos mucho de nuestras playas, pero siempre volvemos para morir en ellas, Hay que viajar mucho, y muy lejos, pero amando siempre la casa de uno», o «No, señores periodistas, quiero dejar bien claro, en esta rueda de prensa, que no he venido a morir en el Perú, sino a vivir el resto de mi vida en los brazos de mi amada»... pues sí, ahora que me llegó el momento de regresar al Perú, lo hago con la profunda convicción de que, no bien aterrice mi avión en el aeropuerto Jorge Chávez de la ciudad de Lima, habré llegado por fin a Europa. Me conozco, me entiendo, me vasocomunico, pido confianza, y, sobre todo, pido que no se me exijan más explicaciones que las que ya he dado acerca de mi llegada a la Europa geográfica, hace la friolera de treinta y cuatro años, pues sería como repetirse y repetirse uno,*



*Maggie Revilla, su primera  
esposa, la inspiración de esta  
crónica de amor.*





pero al revés. Ahora bien: aparte de que este texto tiene un carácter profundamente autobiográfico, y, por consiguiente, es imposible que no se refleje en él todo lo concerniente a mi retorno al Perú, poco o nada tiene que ver lo anteriormente dicho con lo que esta tarde quiero contar. Rebobino, pues, hasta quedarme en que no tengo un patético diario íntimo. Por ello, a menudo, me es difícil recordar con precisión el año, el mes, el día, en que me ocurrieron cosas importantísimas. Y nada saco con indagar, con consultar, con cotejar, por la simple y sencilla razón de que, en mi caso, las emociones intensas se tragan los calendarios. Por chiquititos que sean, los acontecimientos que han ido marcando mi vida siguen anidando en todos los almanaques, año tras año, como una canción que ha terminado, pero cuya melodía nos persigue eternamente, despiertos, dormidos, soñando, y también de pesadilla en pesadilla.

Año tras año, esos acontecimientos son lo mismo que fueron, incluso décadas atrás, y traen la misma carga de ternura, de infinita alegría, de nostalgia y de amor. Y traen también, cuando cabe, el eterno remordimiento, la insoportable culpa de los seres que nacieron malditamente culposos, y, lo que es peor, que nunca terminan de purgar la autocondena que se aplicaron tras una pequeña infamia, por ejemplo. Nunca. Por más lágrimas que derramen. Por más lágrimas que sigan derramando aún décadas después.

*¿Me acuerdo, no me acuerdo, en qué año fue...? Fechas del diablo.*

En todo caso, resumo al máximo: París estaba cada día más linda y Maggie estaba cada día más linda en París, cuando cotejablemente, por supuesto, nos casamos un día de enero de 1967. Después, una noche, a Maggie la atropelló un auto, y nuestro gran amigo Ángel Berenguer la trajo cargadita y con el pie roto al departamento en que, mañana tras mañana, nos sorprendía felices la constatación de que nos habíamos enamorado en Lima, cuatro o cinco años antes, y ahora despertábamos día tras día casados en París, como si continuáramos soñando.

Debo reconocer que mis reacciones son a menudo exageradas. Porque Maggie ya estaba incluso enyesada cuando Ángel Berenguer la trajo cargadita y sufriente, y yo, en vez de ayudar siquiera en algo, como que no pude soportar que le doliera el pie —ni nada— al ser que más amaba en mi vida, y empecé a pegar de alaridos mientras huía del departamento, escaleras abajo, ante la atónita mirada de Ángel y de mi amor cargadito, dolido, fracturado. La realidad no tenía por qué hacerme estas cosas. Que la realidad se encargase pues de la realidad, mientras yo me lanzaba a las nocturnas calles de París, en loca búsqueda del vehículo que le había pisado el pie a Maggie, para incendiarlo con chofer adentro y todo, y, simultáneamente, intentaba autoconvencerme de que había vivido una fugaz pesadilla y de que





París, marzo de 1967, día de su matrimonio.

la escena que acababa de presenciar jamás había tenido lugar, por la sencilla razón de que Maggie no tenía el más mínimo derecho de hacerme sufrir así. Media hora más tarde, volvía avergonzadísimo al pequeño departamento en que sala y dormitorio eran la misma cosa, entremezcladamente. Ángel continuaba haciéndole compañía a Maggie, y ella cesaba de llorar no bien me veía regresar con la dura realidad bien asumida.

—No soporté la idea de verte herida, amor... Perdóname, por favor...

—Ay, Alfredo, tú cada día más loquito...

—¿Y por qué tienes la pierna en alto?

—Porque así tiene que ser. Un mes y medio en cama con la pierna en alto. Después ya creo que me sacarán el yeso.

—Yo me ocuparé de todo, amor.

—Pues no te queda más remedio, amigo— interrumpió Ángel Berenguer, poniéndose de pie para despedirse, y agregando—: Tendrás que aprender a cocinar, a lavar, a planchar...

Le dimos las gracias al gran Ángel y le deseamos también las buenas noches. Después, con sumo cuidado, fui a tenderme un rato al lado de Maggie, para llorar tranquila y demostrativamente ante ella, solidario con su fractura, repleto del más enorme



Maggie firmando el  
acta matrimonial  
bajo la atenta  
mirada del testigo y  
amigo Manuel  
«Cochichón»  
Cabiceses.



*cariño, de la más inmensa pena, del interminable horror que sentía sólo de imaginarla atropellada por un salvaje, de mi total disponibilidad para ayudarla en todo aquello que su patita rota le impidiera hacer.*

*Después, le expliqué más detenidamente el vergonzoso episodio de mi huida. Le conté hasta qué punto yo hubiera deseado que ese automóvil me atropellara a mí, jamás a ella. Al fin y al cabo, yo ya estaba acostumbrado al dolor, a todo tipo de padecimientos físicos. Yo ya me había roto muchos huesos, y mi infancia estuvo marcada por unos cólicos atroces. Y ni qué decir de mi adolescencia y esa otitis que, año tras año, me ocasionaba tremendos dolores en el oído derecho, no bien terminaba el verano y, con él, mis zambullidas en*





*En la casa de la rue Amyot.*

las olas de La Herradura o en la piscina del Country Club. Definitivamente, Maggie, ese automóvil debió atropellarme a mí.

*—Ay, Alfredo, tú cada día más loquito...*

*—Si supieras, amor, lo mal que me siento.*

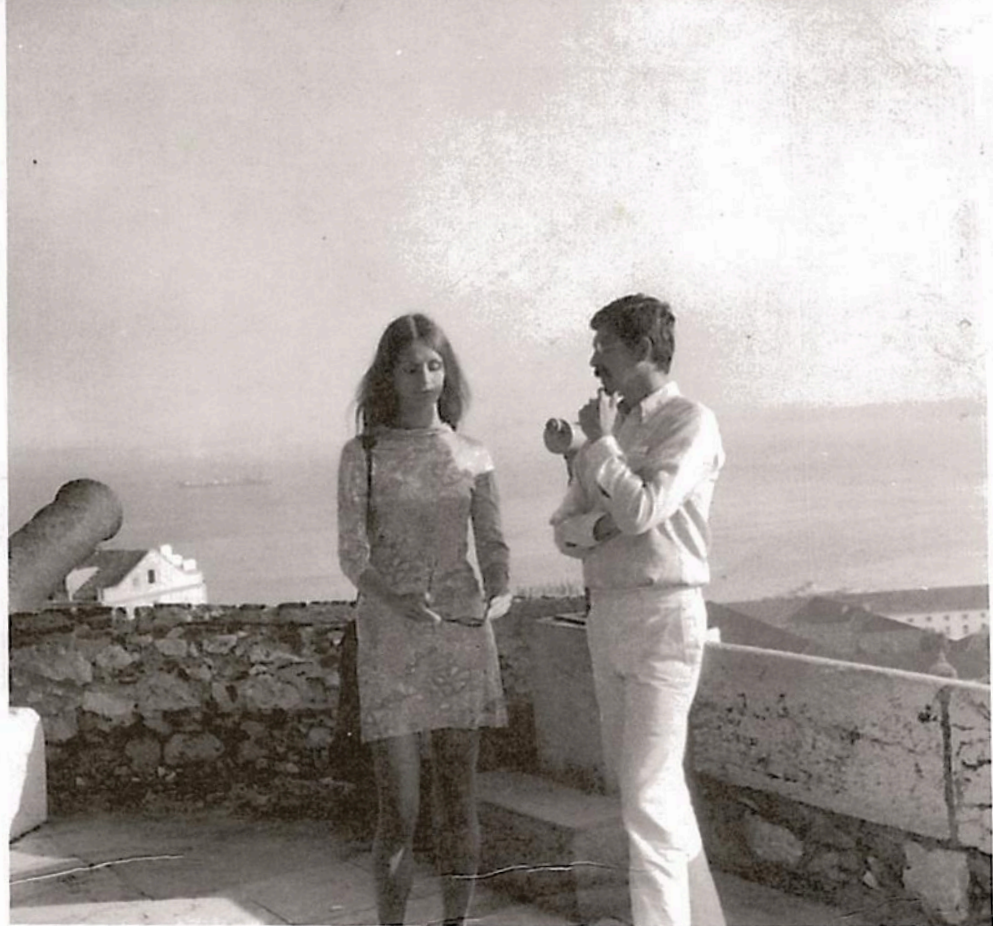
*—Pero, ¿por qué, Alfredo? Acaso...*

*—Diablos, Maggie, si supieras cómo me habría gustado pertenecer a una de esas tribus aborígenes en que, mientras las mujeres dan a luz, los hombres braman de dolor en una hamaca colgada entre dos árboles, en plena jungla.*

*En cambio aprendí a cocinar. Desde la cama, con su patita en alto, Maggie me decía paso a paso lo que había que hacer, y en la cocina-comedor-escritorio que formaba la segunda habitación del departamento de dos piezas, yo seguía sus instrucciones al pie de la letra, en vista de que la distancia era mínima y su voz me llegaba con meridiana claridad. Además, hacía la compra, lavaba, planchaba, mantenía el departamento impecable, aunque en esto siempre nos habíamos repartido las tareas ella y yo.*

*Menos el dolor y el espanto que me produjo ver a Maggie herida y el episodio de mi fuga y sus auténticas razones, todo lo demás se había borrado de mi memoria. Por ello me sorprendió mucho leer una semblanza que Jean Marie Saint Lu —antiguo colega en la*





*En Lisboa, antes de la fractura y extrañando el cebichito peruano.*

*universidad de Nanterre, París, gran amigo, y actualmente mi traductor al francés—, había escrito sobre mí, en una revista universitaria publicada muchos años después, en Montpellier. Hasta creí que se había vuelto loco, Jean Marie, ya que en ella hablaba del excelente cebiche peruano que yo preparaba. No sólo no tengo la menor idea de cómo se prepara un cebiche: es que cuando leí el texto de mi amigo Saint Lu, ni siquiera recordaba que alguna vez había sabido cocinar ese plato. Sin duda alguna, lo aprendí a hacer para Maggie, y lo dejé de hacer el día en que me abandonó. La canción había terminado para siempre, pero también para siempre quedó la melodía. La canción era mi famoso cebiche a la peruana. La melodía es Maggie.*

*Y así seguramente ocurrió también con muchos otros platos y cosas que aprendí a hacer con todo el amor del mundo, para una muchacha con el pie roto y permanentemente en alto, tendida durante semanas en una cama matrimonial. Y para toda la vida, claro...* ■





SOBRE GAZAPOS,  
EVALUACIONES Y  
GRAJEAS

*Tres estampas festivas*

**EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ**



**1999 fue el año de Edgardo Rivera Martínez. Con paciencia y maestría maceraba una obra de largo aliento, y a su exitosa novela Pais de Jauja añadía, a finales de siglo, sus Cuentos Completos (Alfaguara) y la novela El libro del amor y las profecías (Peisa). Tres estampas festivas muestran la calidez de su pluma y engalanan la revista.**

## Memoria de un gazapo que fue dislate

Hojeando el diccionario de la docta Academia y el de sinónimos de Gili y Gaya se nos ocurrió buscar, el otro día, dos palabras que tienen mucho que ver con los oficios del escritor y del orador. Una es «gazapo» y otra «dislate», pero ambas relacionadas con lo que puede ser un simple desliz o un tremendo disparate. Pues bien, «error de poca monta», dice aquel lexicógrafo refiriéndose al primer vocablo», y «yerro que por inadvertencia deja escapar el que escribe o el que habla», los señores académicos. ¿Y dislate? «Disparate», se dice en el primer volumen, entendido como «hecho o dicho disparatado», esto es, «contrario a la razón».

Nadie está libre, por cierto, de incurrir en gazapos, e incluso en dislates. No hay que ver sino los discursos de muchos parlamentarios, ministros, mandatarios, obispos, generales y notarios. Tampoco estamos exentos los que por vocación o por designio de los hados, nos ocupamos en pergeñar páginas de prosa o verso. Ni aun el mismo Vargas Llosa, como probó cierta vez, con harta satisfacción, una connotada y severísima señora. Por mi parte me acuerdo a este respecto de un grave error de traducción en que cayó uno de nuestros poetas del siglo pasado, José Arnaldo Márquez. Y ello nada menos que en una traducción de «Julio César», entre otras piezas de Shakespeare, que le encargó la Real Academia Española, nada menos. En esa tragedia Antonio pronuncia, como quizás recordará el lector, unos dramáticos versos en los que dice que tiene en sus manos el testamento del conquistador de las Galias. Dice, en el original en inglés: *But here's a parchment, / with a seal of Cesar; I found / it in his closet; 'tis his will.* Pues bien, ¿cómo los vierte nuestro compatriota? De esta manera: Pero aquí tengo un



pergamino / con el sello de César. Lo encontré / en su retrete, y es su testamento.

No, no se equivoca el lector. Dice el traductor: lo encontré / en su retrete ¿Cómo puede ser eso? Una rápida lectura nos conduce a la palabra inglesa *closet* como origen del resbalón. Su primer significado es el de «apartamento o habitación privados». Era y es también el de «cámara privada para el consejo o las devociones del monarca». Márquez no reparó, pues, en esas acepciones, y ateniéndose a una olvidada y arcaica usó en su versión castellana el término «retrete», sin reparar que en la lengua actual designa lo que todos sabemos. Y nos ha dejado así en su traducción, de un lado la idea de un Antonio que hurgaba, como vulgar agente del Servicio de Inteligencia Nacional, en el excusado de César, y de otro, la alucinante de que César guardaba y hasta releía su testamento en ese sitio al que concurría, como todo el mundo –digámoslo en cervantino lenguaje–, para hacer lo que otro no habría podido hacer por él.

Así pues y sin mengua de los altos méritos literarios de Arnaldo Márquez, no se trató ya de un gazapo, sino de algo mucho más grave: un auténtico dislate.

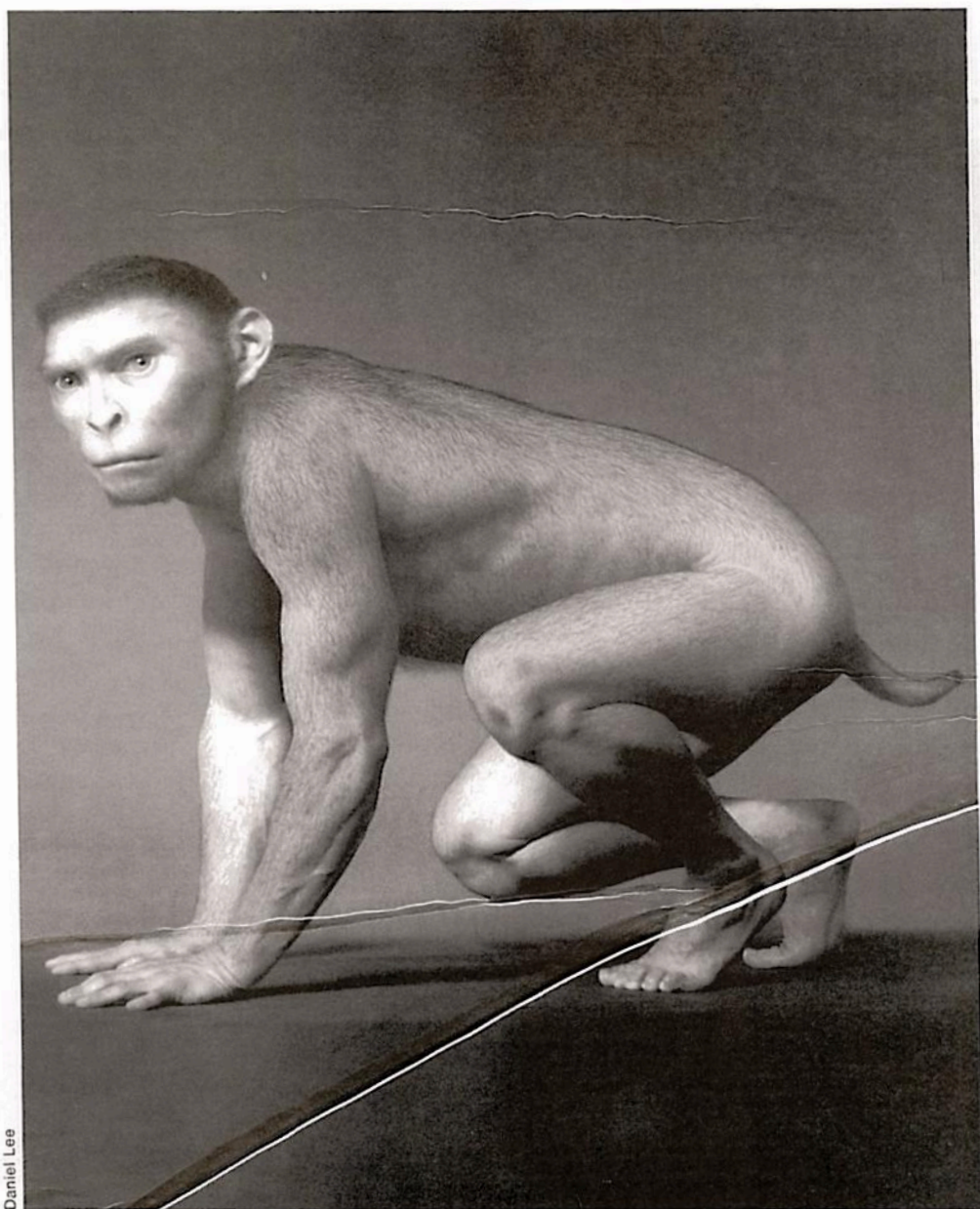
## En torno a evaluar y las evaluaciones

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que los jóvenes, y sobre todo las niñas veinteañeras, decían a todo paso «o sea.» De noche y de día, a pie o a caballo, de pie o de cabeza, todo era «o sea», aunque no hubiese ninguna justificación, en términos de explicación o de alternativa, para ese empleo abusivo. E incluso había quienes, sin haber despegado los labios para nada, abrían de pronto la boca en una tertulia y comenzaban a hablar con un «o sea». Un tiempo del o «sea» que aún no termina.

Pues bien, ahora reina en la grey fujimoresca un incontenible furor por los términos «evaluar», y, en menor grado, «avaluar.» Dice así el ciudadano presidente, a propósito de una situación, de un problema, de una propuesta, que va a «evaluarla». Sus ministros y asesores, devotísimos imitadores de su señor, «evalúan» también, y a veces, aunque no les corresponde, «avalan.» «Evalúan» las señoras parlamentarias, «evalúa» el torreado caballero de la voz gangosa, «evalúan» los jefes militares y policiales. Y oscuros asesores

«evalúan» a los candidatos al despido, en los bajos círculos de la burocracia. Todos «evalúan», y hasta «avalan», pero, por supuesto, ninguno quiere ser «evaluado».

Pero, ¿qué significa «evaluar»? ¿Qué hay detrás de ese uso incontenible? Evaluar significa señalar el valor de una cosa, ponerle precio, y también apreciar, estimar el valor de «las cosas no materiales» (D. de la A.). Así, pues, si nos atenemos a la primera acepción,



Daniel Lee



cuando el señor presidente «evalúa,» ocupará su egregia mente en «poner precio» a tal o cual bien o actividad, en consonancia con su peculiar concepción del hombre y la sociedad. Y lo mismo harán, por supuesto, sus validos y menestrales. En cambio, si nos atenemos a la segunda acepción, las cosas resultan más complejas, porque entra en juego un concepto peligroso tratándose de este régimen. Sí, el concepto de valor, y, sobre todo, el de valores éticos. Y ello porque la noción de valor está en las antípodas del fundamentalismo, y muy especialmente del mediocre y liberal que padecemos. Y en contraposición, además, con la otra cara del fujimorato, esto es su pragmatismo, que es como decir su cínico oportunismo. Y el oportunismo, como todos sabemos, es una continua mudanza de pelaje, de acuerdo a las circunstancias y los intereses, y por encima de consideraciones de lealtad, de coherencia y de respeto a la palabra empeñada. No, ese «evaluar» no es ni puede ser la confrontación de lo observado con esa escala de principios morales.



Lo más probable, sin embargo, y lo más simple, es que nuestros jefes se hayan olvidado de la existencia de una voz normalmente más adecuada para la operación a que parecen referirse. Es decir, el verbo «analizar», pues de lo que se trata en esos casos es, precisamente, de examinar parte por parte y en conjunto, y con la mayor objetividad, lo que se tiene a la vista. Pero si no usan el verbo analizar, ello no es casual, ni sólo asunto de ignorancia o imitación mecánica. Se trata de un interesado olvido. Sí, porque analizar implica una operación racional sobre la base de fundamentos objetivos y en un marco lógico. Pero ¿qué puede haber de menos racional que el cálculo inmediato y miope, y, como otra cara de esa misma moneda, la obsecuencia con que se ejecutan dictados externos, como los del Fondo Monetario Internacional?

Volvamos ahora nuestra atención a otra palabra que también suele escucharse en boca de esos caballeros, y que se halla emparentada con la anterior: el verbo «avaluar.» Este quiere decir garantizar, acción que, como es sabido implica autoridad, poder, e incluso capacidad coercitiva. Resulta ridículo, por tanto, que pretendan «avaluar» quienes se encuentran en los niveles más bajos de la escala política. Aunque quizás sucede así porque de alguna manera tienen presente, al emplear ese verbo, el aval comercial, que, como sabemos, se concreta mediante una firma al pie, abajo, de una letra o de otro documento.

Recordemos, adicionalmente, que en un idioma muy cercano al nuestro, el francés, existe el verbo «avalier», que quiere decir no lo que el español similar, sino tragar, y, por otra parte, aceptar o aguantar cualquier cosa. Quizás, pues, existe algo así como una secreta red de vasos comunicantes lingüísticos, que en las honduras del inconsciente colectivo de los pueblos románicos (o románico-periféricos, como el nuestro) enlaza significantes de parecida fisonomía. Y será por ello que al asegurar esos ciudadanos que «avalan» lo que declaró tal o cual ministro, o el supremo mandatario, cometen una especie de *Japsus* a través del cual asoma, por un lado, y de la manera más «tradicional» una vieja obsesión devoratoria –emolumentos, bonificaciones, gastos de representación, viáticos y otras cosas–, y, por otro, una sumisa disposición a soportarlo todo con tal de permanecer, aunque sea en el palo más bajo, en ese gallinero infestado de raposas que tenemos ante nuestros ojos.

## No le cabe una grajea

Aconteció en mis años de adolescencia que una muchacha se casó con un joven de muy buena posición, por lo cual su madre –mujer flaca, cuarentona y desagradable– andaba muy oronda y vanidosa. Y tan oronda estaba, y tanto hacía sentir a sus amigas y conocidas lo magnífico que había sido el casorio, y lo importante que era su yerno, que una de ellas dijo en una reunión en que yo me hallaba presente: «Lo que es María Jesús está que no le cabe una grajea en el pote».

Me asombré, como es lógico, ante semejante dicho, que jamás había escuchado, y supuse que los demás asistentes, sobre todo las damas, se escandalizarían. No fue así, sin embargo, y más bien muchas se rieron, celebrando la gracia malévola del comentario, y lo bien que se aplicaba a la flamante suegra. Era evidente, por otra parte, que la expresión les era conocida. Así, pues, yo también me reí, aunque sin tanto alboroto, imaginando a esa mujer, tan estirada como era, apretando a no más poder las posaderas.

Volví a escuchar la frase, en otras ocasiones, en boca de otros paisanos y paisanas de cierta edad. Yo mismo la usé, refiriéndome a







Henri Cartier-Bresson

una madrina de tumba-monte, y torné a emplearla cuando comencé a estudiar en Lima, pero esta vez nadie me entendió, y mis oyentes preguntaron, sospechando una alusión procax: «Oye, ¿qué dijiste? ¿Qué cosa es una grajea?» Por eso no me serví más de ella, salvo cuando me hallaba en mi tierra, en donde sin duda tenía su origen. Me prometí en cambio hilvanar, cuando hubiese oportunidad, algunas consideraciones entre lingüísticas y festivas al respecto. Y eso es lo que hago ahora.

Grajeas son, como dice el Diccionario de la Academia, confites muy pequeños y de colores. En Jauja se emplean mucho para adornar ciertos pastelillos lugareños, y, en particular, los llamados maicillos. Sin duda es tedioso el trabajo de colocarlas, de modo uniforme, sobre la masa de las golosinas. Pero cuánto alegran sus formas esas diminutas cuentas. Y es mucha la paciencia y gusto que ponen en la tarea las mujeres de mi tierra. Se me ocurre que son ellas las responsables de aquel dicho. Sabemos lo ocurrentes y mordaces que pueden ser, tanto viejas como damiselas, cuando se dedican a quehaceres aburridos y hay ocasión para dar rienda suelta a la lengua y rajar del prójimo. Con el ojo avizor que las distingue habrían observado que la ufanía y la jactancia, en las personas de su sexo, se traducen muchas veces en un determinado alzar de la cabeza, un andar modoso y como de puntas, y, sobre todo, en un particular estiramiento del cuello y del cuerpo. Detalles que dan la impresión, también, de que la doña en cuestión cerrara con fuerza las nalgas. La expresión habría tenido un gran éxito, como es de suponer, tanto más por sus connotaciones eróticas, como por la fundamental heterogeneidad que hay entre esa inocente partícula y la recóndita cavidad a que allí se alude.

La imagen se aplica, por otra parte, hasta donde pude apreciar, solamente a las mujeres, cosa igualmente comprensible, pues se asocia, de manera subliminal, con cualidades más bien femeninas, como el pudor, y con sus deformaciones, que son la pudibundez y la gazmoñería. Tiene que ver también, por cierto, con asociaciones de carácter anal. No en vano las gentes presuntuosas –agresivamente presuntuosas–, y que fungen de muy limpias y difíciles, se ajustan al tipo de carácter que los psicoanalistas llaman, precisamente, anal.

Sea como fuere, y olvidando estas especulaciones, acordémonos, cuando la suerte nos ponga ante una fémica engreída y detallosa, que cree ser, como quien dice, la «divina pomada,» de decir a media voz, para desahogarnos sin peligro: «Está que no le cabe una grajea». ■





Jordi Baron

# EL EMPLEO PRECARIO, OBJETIVO ESTRATÉGICO DEL GOBIERNO

JAVIER IGUÍÑIZ ECHEVERRÍA

**E**l principal problema para quienes responden a las encuestas de opinión es la falta de empleo. ¿Por qué, si en los 90 el número de ocupados ha aumentado (3.3%) casi tan rápidamente como el número de los que desean trabajar (3.5%), hay un problema de empleo?<sup>1</sup>

¿Por qué, si el desempleo abierto (buscan trabajo y no lo han encontrado) en las ciudades del Perú era de 9.8% de la PEA en el primer trimestre del año pasado, había más de 50% de los adultos encuestados que declaraba

que la falta de empleo era el principal problema del país? ¿De qué está hablando la población? ¿A qué se refiere con el término «empleo»? ¿Hay una crisis real o es de expectativas?<sup>2</sup>

- 1 Organización Internacional del Trabajo (OIT) (1999) *Panorama laboral '99*. Lima, OIT, p. 5.
- 2 Esta es la manera como Jaime Saavedra manifiesta su perplejidad en el estudio «¿Crisis real o de expectativas? El empleo en el Perú antes y después de las reformas estructurales» Lima, GRADE, Documento de trabajo 25, noviembre de 1998.



## «NO HAY EMPLEO»

En los siguientes párrafos vamos a presentar información estadística sobre el empleo en Lima Metropolitana (salvo indicación contraria), que es la única que permite registrar la evolución a lo largo de la década. No vamos a tomar en cuenta el autoempleo, de cuyas características se sabe menos y que, en gran medida, forma parte de lo que la gente indica como «falta de empleo», esto es, del problema y no de la solución. Nuestra intención es doble: por un lado, contribuir a la definición del problema que la gente indica tener y, por el otro, probar que ello no es casual, puesto que hay buenas razones para pensar que esa masiva insatisfacción ha sido muy útil para lograr lo que el gobierno más quería.

## LOS 90: NI UN SOLO PUESTO

En términos netos (descontando de los puestos creados aquéllos que se han perdido), en esta década no se ha creado un solo puesto de trabajo asalariado legal (con contrato) y estable (por tiempo indefinido o indeterminado). Antes bien, el número de puestos de trabajo con estas características (legal y estable) es 19.7% menor que el registrado durante la peor crisis de la historia económica del Perú, entre 1988 y 1992.<sup>3</sup> En 1989 había 438,420 puestos con contrato permanente; tras una

reactivación rápida de la economía, con récords mundiales y sudamericanos en algún año, el número de empleos permanentes bajó a 352,197.<sup>4</sup>

Si en el segundo lustro de los 80 los empleos permanentes representaban algo más del 80% de la PEA asalariada, en 1992 pasan a ser 69% y en 1997, sólo 39%.<sup>5</sup> La legislación laboral (D.L. 728 y otros) tuvo el éxito deseado por el gobierno.

## AUMENTA LA ILEGALIDAD

La proporción de asalariados **sin contrato** en la industria, la construcción y los servicios –considerando la totalidad de las empresas– pasó de 29.9% en 1989 a 41.1% en 1997. De la primera de estas dos cifras (29.9%), el 16.6% corresponde a las microempresas y el 13.3% a las empresas más grandes. De la segunda cifra (41.1%), el 29.7% corresponde a las microempresas y el 11.4% a las empresas más grandes.

Como se puede ver, mientras el porcentaje correspondiente a las microempresas casi se ha duplicado, la proporción que corresponde a las empresas más grandes ha disminuido en casi dos puntos porcentuales en el mismo período.

Ahora bien, en cuanto a la generación de empleos **con contrato**, no se trata de empleos **estables**. En efecto, la proporción de asalariados temporales (con contrato) en esas actividades, pasó de 29.4% en 1989 al 55.3% en 1997.

No ha faltado quien piense que la facilidad para contratar a plazo determinado y para despedir reduciría la contratación ilegal. «Sin embargo, el aumento del empleo asalariado privado no parece estar asociado a la reducción del costo de contratación de asalariados temporales, ya que ... la mayor parte del aumento corresponde a asalariados sin contrato.»<sup>6</sup> De esa forma, las reformas que legalizaban la flexibilización (contratación por tiempo determinado y mayor facilidad de despido) no lograron la disminución de la

3 Martínez, Daniel y Víctor E. Tokman (1999a) «Efectos de las reformas laborales: entre el empleo y la desprotección». En: Tokman, Víctor E. y D. Martínez (editores) *Flexibilización en el margen. La reforma del contrato de trabajo*. Lima, OIT, p. 23 y 25.

4 Chacaltana, Juan (1999) «Los costos laborales en el Perú». En: Tokman, Víctor E. y Daniel Martínez (1999b) (editores), *Inseguridad laboral y competitividad: modalidades de contratación*. Lima, OIT, p. 255.

5 Saavedra (1998, 33).

6 Martínez y Tokman (1999a, 21).



ilegalidad, la que, de hecho, aumentó rápidamente.

## SALARIOS: EN EL FOSO

El poder de compra se ha quedado dentro del foso en el que habían caído los salarios durante los 70 y sobre todo en los 80. En 1990 el salario real en la industria equivalía al 34.4% del de 1980,

que ya era muy inferior al de 1973. En 1998, ese poder se había elevado al 43.0% del de 1980.

Los aumentos y caídas en esta última

década son meras oscilaciones sobre el

fondo de la quebrada en

la que se cayó. La renuncia a

sacar los salarios de ese nivel se expresa en la nueva definición de

«adecuado». En efecto, el «empleo adecuado» (según la definición anti-

güa que suponía que en una familia no era absolutamente imprescindible para

sobrevivir que dos personas trabajaran) era el que tenía el 60.3% de la PEA

en 1987. En 1989 había caído a un increíble 18.8% como consecuencia de la

gran inflación y la falta de ajustes salariales. No ha vuelto a acercarse al nivel

previo a la gran crisis de las remuneraciones que sobrevino en 1988 y 1989.

En 1993, los «adecuadamente» empleados bajaron a 12.7% para subir en 1995

a 16.9%. La nueva definición de «adecuado» supone que cada miembro adulto

de una familia típica aporte sólo la mitad de lo imprescindible. Así, mientras

que con la definición anterior bastaba un trabajo «adecuado» para que la

familia sobreviviera, con la nueva hacen falta dos trabajos «adecuados» para tener un ingreso familiar «adecuado».



Los ingresos mayores a 1,117 soles (de 1997) corresponden al quintil (20%) más rico de la fuerza laboral. Ello ya revela la situación lamentable de los ingresos, pues esa cifra coincide aproximadamente con la línea de pobreza familiar. En 1985, pertenecer a una familia pobre era compatible con tener uno de los empleos mejor pagados del país, esto es, dentro del 20% mejor pagado. Pues bien, en 1997 los empleos que pagaban más de 1,117 soles al mes ya no eran el 20% del total sino el 16%. Para un trabajador es cada vez más difícil sacar a su familia de la pobreza. Los empleos que más han aumentado son aquéllos que reciben un ingreso entre la línea de pobreza y la de indigencia.<sup>7</sup>

## SALARIOS SEGUROS E INSEGUROS

En el caso de los salarios, el cambio más destacado en esta década no es el de su nivel nominal o real, es el de su inseguridad. Al flexibilizarse el empleo salarial y aumentar la competencia, el empleo se hace más inestable. Esta inestabilidad concurre al recorte de la duración promedio de los empleos. Por ejemplo, los cálculos muestran que en 1990 los empleados con 2 años o menos en un trabajo pasaron de menos de 40% en 1991 a más del 50% en 1997. El promedio de años en una empresa bajó de poco más de 6 en 1991 a cerca de 4 en 1997.

Como lo sabe todo padre de familia, no es lo mismo 1000 soles garantizados o muy probables, que esa misma suma con menor probabilidad de recibirla el siguiente mes. Para asegurar el pago de alimentos, luz eléctrica, educación, etc. todos los meses sin excepción, la magnitud del ingreso mensual que hace

7 Saavedra, Jaime (1998) «¿Crisis real o de expectativas? El empleo en el Perú antes y después de las reformas estructurales» Lima: GRADE, Documento de trabajo 25, noviembre, p. 39.



falta sube conforme aumenta la inseguridad para obtenerlo. Un ejemplo extremo sería la necesidad de duplicar el sueldo mensual recibido en un mes determinado, a fin de mantener el mismo nivel de consumo cuando la probabilidad de perder el trabajo en el segundo mes sea del 100%. Ahorrar en el primero es la condición para gastar en el segundo. En esta década, mantener el mismo sueldo real mensual es equivalente a perder poder adquisitivo. La experiencia indica que la precariedad laboral obliga a obtener ingresos más elevados —cuando se los obtiene—, para compensar los momentos de paralización laboral forzada.

## ENCARECIMIENTO DE LA CALIDAD

La necesidad de un ingreso total mayor para lograr un mismo nivel de consumo, y la consiguiente pérdida de poder adquisitivo de un cierto ingreso, es también resultado del mayor costo de ciertos niveles de calidad de servicios, como los de salud o los educativos. Debido al deterioro de la calidad del sistema público de salud y de educación de cara a las exigencias del mercado, la necesidad de, por ejemplo, educar a los hijos en instituciones privadas, obliga a desembolsos muy superiores a los que hacían falta cuando el sistema público tenía una calidad más cercana a la del privado. Este deterioro del poder adquisitivo de calidad se expresa, por ejemplo, en el aumento del estudiantado en las universidades estatales y su disminución en las privadas, a pesar del aumento del número de éstas y de la propaganda a favor de la educación privada en general.

Daniel Pajuelo



## LA FALTA DE EMPLEO SEGURO COMO SOLUCIÓN

Cuando la gente dice que no hay empleo, parece estar diciendo que el que tiene no merece ese calificativo. Sea por su temporalidad, sea por su precariedad, sea por su sueldo, sea por el trato recibido, sea por la falta de protección jurídica, sea porque se aprende muy poco, sea por lo que sea .... no es materia de la satisfacción que se desea y espera, y no permite cumplir adecuadamente con las responsabilidades familiares. En esta parte vamos a argumentar que un empleo con varias o casi todas esas características ha sido instrumento clave para el logro de los





Cindy Sherman

mercado de capitales en los primeros años de la década. Esto colocó de la noche a la mañana, como se deseaba ardientemente, a las empresas industriales contra la pared. La parálisis de las políticas de promoción en el sector agropecuario, y la desorganización de aquéllas a favor de las microempresas, son probablemente las que siguen en importancia. Otras medidas como el arancel plano, la destrucción sin reemplazo del sistema crediticio que abastecía a las pequeñas empresas, el impuesto a los activos, el impuesto FONAVI y el recurso excesivo a los impuestos indirectos, contribuyeron a desincentivar la creación de empleo decente.

La legislación laboral tenía que acompañar estas políticas facilitando la adaptación de las arrinconadas empresas a la nueva situación macroeconómica y de competitividad. El objetivo abierto fue la promoción de formas de empleo precarias. Los despidos en el sector público y la política de promoción del subempleo no fueron cuantitativamente con-

principales objetivos del gobierno durante la década pasada, y no sólo un producto indeseado, casual, -resultado de factores que están fuera de control.

## POLÍTICAS CONTRA EL EMPLEO DECENTE

A lo largo de la década, muchas políticas han afectado la capacidad de las empresas para generar empleo decente. En el campo macroeconómico quizá la «madre de todos los ataques al empleo» fue la combinación casi simultánea de caída en la tasa de cambio real, rebaja de aranceles y apertura del

trastrestados con la masiva contratación temporal a propósito de los programas sociales del Estado. En estos programas, principalmente el Fondo de Compensación Municipal y FONCODES, durante 1994 se creó el equivalente a unos 125,000 empleos anuales a tiempo completo.<sup>8</sup>

La intención gubernamental fue que las empresas aumentaran su competitividad o murieran, dedicándose a importar en el mejor de los casos. Sin embargo, el aumento de la productividad resultante de los nuevos retos competitivos al abrirse los mercados y de la intensificación del trabajo bajo las nuevas condiciones laborales, no sólo



no se ha traducido en aumento de competitividad internacional sino que ha concurrido a la reducción del empleo decente. Sea porque el costo laboral (a precios del productor) subió más que la productividad debido al retraso cambiario, sea por el abaratamiento del precio de los competidores por el mismo retraso en la tasa de cambio, la competitividad industrial se ha deteriorado. De esta manera la política antiinflacionaria y de pago de la deuda externa basada en dicho retraso o contención de la tasa de cambio, neutralizó con exceso la ventaja obtenida en productividad. Visto desde la perspectiva familiar, el deterioro de la calidad del empleo ha añadido angustias y, visto desde la perspectiva de las empresas, no ha contribuido a un aumento de la competitividad. Desde 1989 hasta 1997, la productividad aumentó en 30.7%, el costo laboral en 112.8%, mientras el retraso cambiario alcanzó el 8.2%. La pérdida de competitividad se registró a una tasa anual de 4.9%.<sup>9</sup> Además, como indicamos antes, la política sesgada contra la producción que compite con

el exterior facilitó la expansión de las importaciones, dificultó la de las exportaciones industriales y obligó a vender en un mercado muy estrecho. La consecuencia de esta combinación de aumento de productividad y estrechez e inestabilidad del mercado interno, es la relativamente poca absorción de mano de obra industrial, el desempleo y la inestabilidad laboral.

## EL SUBEMPLEO COMO OBJETIVO ESTRATÉGICO

El Perú entra a los 90 con los ecos de la reforma laboral de Velasco, ya deteriorada desde fines de los 70, pero siempre presente en la mente del empresario y de los organismos multilaterales.<sup>10</sup> Por lo demás, el trauma tras el estatismo velasquista había sido revivido por la intentona antibanquera de García y para el FMI estaba claro que no había que permitir la política de deuda externa de ese último quinquenio. Y, finalmente, seguía el estruendo de la aceleración inflacionaria.

Los objetivos del FMI y del gobierno fueron bajar la inflación para legitimarse; elevar la recaudación tributaria para restaurar los pagos de la deuda externa, y a la vez conseguir popularidad mediante el gasto social; conseguir el apoyo del empresario arrinconado por sus deudas reforzando su autoridad en la empresa<sup>11</sup>, y volver a abrir un espacio altamente rentable a las grandes empresas extranjeras.

Dados esos objetivos, el incremento de los despidos en las grandes empresas y el aumento de la precariedad del empleo en general se convirtieron en



8 Verdera, Francisco (1998) «Programas de empleo e ingresos en Perú». En: Troyano, Annez A. (1998) *Programas de empleo e ingresos en América Latina y el Caribe*. Lima, BID-OIT, p. 344. Casi todos los trabajos generados son de duración menor a un año y la cifra resulta de una conversión de dichos trabajos en anuales.

9 Tokman, Víctor E. y Daniel Martínez (1999) «Costo laboral y competitividad en el sector manufacturero de América Latina, 1990-1998». *Revista de la CEPAL*. N° 69, diciembre, p.67.

10 Se pueden ver los informes del Banco Mundial sobre El Perú de fines de los años 80.

11 En realidad, la autoridad en las empresas ha disminuido respecto del Estado, debido al hecho de que al estar altamente endeudadas con los bancos, donde el Estado es un depositante principal, las empresas están a merced de las decisiones gubernamentales. En el momento en que el gobierno lo desee, casi cualquier empresa puede pasar a ser propiedad del Estado.



una herramienta excepcional, pues resultaban eficaces para matar varios pájaros de un tiro. En efecto, de ese modo se evitaba la subida de salarios reales y la supuesta presión de costos que elevaría los precios. Se conseguía debilitar aún más a la organización sindical reforzando a la vez el poder del empresario. Y se lograba reducir el gasto en remuneraciones del Estado, tanto para facilitar el pago de la deuda externa pública como para hacer más viable la privatización de las empresas públicas.

Por eso podemos afirmar que la precarización del empleo ha sido un objetivo estratégicamente fundamental. Para ello había que cambiar la legislación laboral y «apretar» a las empresas forzándolas a reducir costos por medio del despido y la contratación bajo otras formas.

Pero no bastaba cambiar la legislación; había que incentivar el cambio en el estatus laboral de los trabajadores más organizados y caros. La reducción de costos obligada por la apertura de mercados no se podía hacer a costa de las tarifas públicas, las cuales tenían que subir para privatizar y recapitalizar a las empresas; ni a costa del pago de impuestos que tenían que subir para pagar deuda externa y elevar el gasto social; ni de los costos financieros que se elevaban con la tasa de interés y que permitían los altos márgenes (*spreads*) y la expansión de los bancos en una economía desmonetizada; ni de los costos de seguridad, elevados a comienzos de la década

por la violencia terrorista, y luego por los secuestros.

En algo ayudaba el retraso cambiario al costo de los equipos y materias primas importados, pero la gran variable de ajuste tenía que ser, y así fue, el costo laboral. Con una inflación en declinación que dificultaba su uso para bajar los salarios reales y facilitaba, más bien, su elevación, la reducción de dicho costo suponía: a) la reducción de personal, b) la precarización de la relación laboral y c) la utilización de la ilegalidad, y eso es lo que se incentivó. Para el gobierno el deterioro de la calidad del trabajo de los trabajadores dependientes es un éxito y no un fracaso, una solución y no un problema. La lucha de clases continúa.

## CONCLUSIÓN PROGRAMÁTICA

Todo indica que el problema de empleo que la gente declara tener es de inseguridad e insuficiencia de ingresos. Mientras los jefes de familia tienen como expectativa lo que, a la vez, es una exigencia apremiante, esto es asegurar la alimentación, el vestido, la vivienda y la educación de los hijos, el empleo que lo debe permitir es crecientemente inseguro. Sólo así se entiende que, a pesar del aumento de la ocupación, el Perú sea, entre todos los países del mundo, aquél donde sus ciudadanos tienen más miedo de perder el empleo.<sup>12</sup>

En vista de lo anterior, enfrentar el problema principal para la población no radica tanto en crear puestos de trabajo para sí mismos o para otros, como en crear lo que la OIT está denominando «trabajo decente»<sup>13</sup>. En esa decencia se incluye, quizá principalmente, una mayor estabilidad. Si no se considera adecuado volver a la estabilidad a la antigua, la tarea programática del momento consiste en diseñar nuevas formas de estabilidad laboral. Lamentablemente, este es un tema tabú para los candidatos. ■

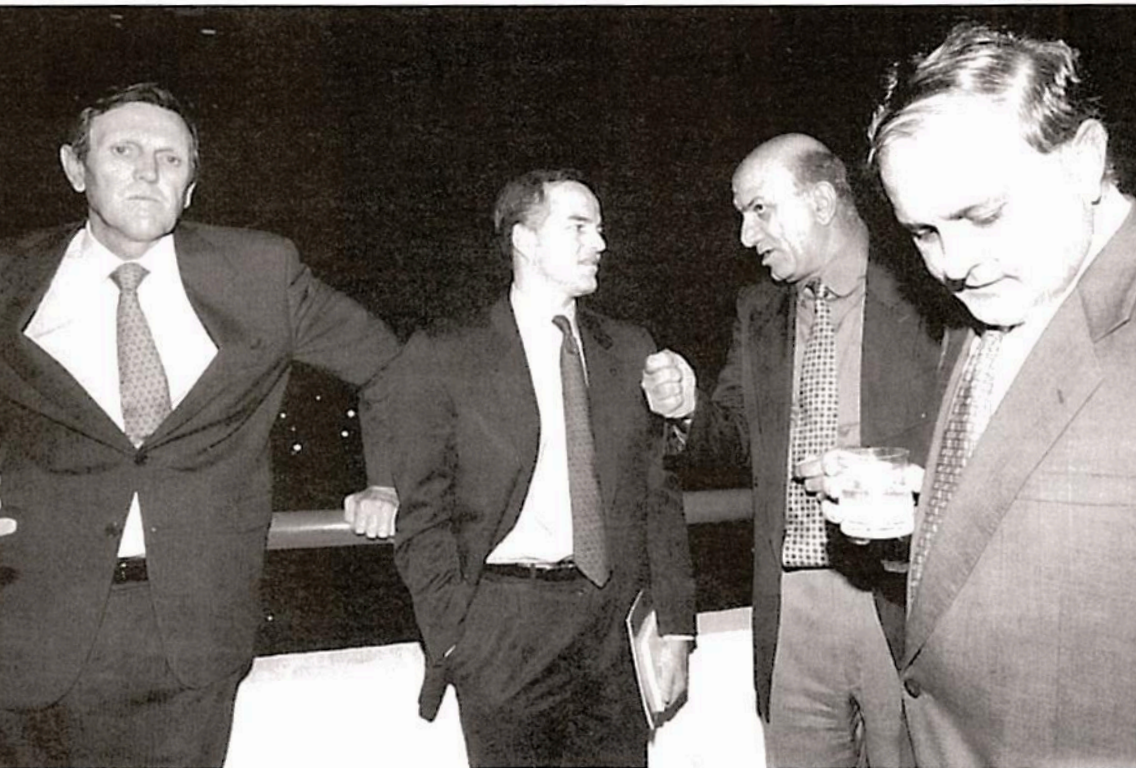
12 Según una encuesta de Gallup, de 61 países encuestados, en el Perú el 66% de las personas encuestadas reveló dicho temor, mientras que, al otro extremo, Japón registra una cifra de 3%. La República. Lima, 2 de febrero del 2000. La cifra de Japón muestra que el temor al despido no es una herramienta necesaria para disciplinar al trabajador y elevar la productividad de las empresas.

13 OIT-Director General (1999) Trabajo decente y protección para todos. Prioridad de las Américas. Ginebra, OIT.

# LAS ELITES DEL PODER Y LA BÚSQUEDA DEL ORDEN

FRANCISCO DURAND

CARETAS



*Dirigentes empresariales José Graña, Carlos Rodríguez Pastor, Eduardo Farah y Jorge Picasso.*

**L**uego de mucho interrogar a gente importante, este artículo sostiene que el concepto de orden es más importante que el de democracia para las elites económicas y políticas. A tal punto que su comportamiento busca siempre conservarlo, así el costo sea alto. La tesis se basa en entrevistas desarrolladas a lo largo de un año a dirigentes de gremios empre-

sariales, jefes de grupos de poder económico, alta burocracia y analistas políticos. Las entrevistas fueron hechas con el objeto de descubrir qué factores motivan su comportamiento o preferencias en las elecciones del 2000. La asistencia a dos conferencias, el CADE 99-2000 y la conferencia de la George Washington University y la Washington Office for Latin America



(GWU y WOLA), ambas llevadas a cabo en enero del 2000 y de gran impacto, complementan el análisis.

¿Por qué apoyar a Fujimori, un presidente que va a prolongar su vida política como gobernante por 15 años consecutivos? Básicamente porque, según ellos, aparece como la garantía de que el poder estará en manos de un dirigente con sentido de mando, que sabe lo que tiene que hacer, que controla férreamente el poder, que es estable, que se le conoce, que mantiene su popularidad y que evita la repetición de un pasado de caos económico, social y político. Esta idea se complementa con otra desarrollada hace algunos meses y que refuerza esta obsesión por el orden: no hay alternativa a Fujimori, la oposición es débil; por tanto, no hay posibilidad de rotación en el Ejecutivo, porque «no hay entre quienes escoger». La actitud entonces es no arriesgar, no experimentar para que no se abran las puertas de lo desconocido, de la incertidumbre, de la inestabilidad, de la volatilidad, en fin, de la temida crisis de gobernabilidad.

Este diagnóstico representa un problema para las diversas, poco unidas y relativamente débiles fuerzas de oposición que quieren conquistar el poder por la vía democrática. A ojos de las elites domésticas y externas, no logran aparecer como garantes del orden. Hay entonces dos lecturas diferentes: Fujimori apela al orden y la continuidad, a la ansiada estabilidad; la oposición, a la democracia. Cada cual tiene su lectura preferida: para el primero es Hobbes y para los segundos Locke.

## ELITES Y ELITES

Una minoría selecta, según la clásica definición sociológica, la componen quienes dirigen las principales instituciones públicas y privadas, y manejan la mayor cantidad de recursos materiales. Desde esta posición de privilegio deciden, invierten, prestan, aprueban políticas y forman opinión.

Destacan dos tipos de elites. La primera elite la forman los empresarios, cuyo poder económico se ha acrecentado con la privatización de la economía. Este poder, sin embargo, está concentrado en multinacionales y algunos grupos de poder económico. El poder político empresarial en la sociedad civil es también mayor. La influencia empresarial gremial y de firmas ha crecido en relación a la de los intelectuales contestatarios y los sindicatos y movimientos sociales de las mayorías pobres. La segunda elite la forman los políticos y expertos de Washington, centro de poder internacional y continental, sede de los organismos internacionales, fundaciones privadas y organismos del gobierno norteamericano.

Ambas elites, a pesar de matices y diferencias internas, cada cual con su propia gama de razones, apuestan a Fujimori como garante del orden. Pero lo hacen con aprehensión en la medida en que no está claro por cuánto tiempo mantendrá o seguirá acumulando poder. Anotemos que pocos presidentes de este siglo lo han concentrado tanto. El punto de quiebre donde la lógica centrípeta es reemplazada por la lógica centrífuga, aún no ha llegado. No sabemos exactamente cuándo llegará, pero es más o menos predecible porque conocemos el fenómeno del desgaste. Es entonces garantía de orden, más en el corto que en el mediano plazo. Si parte de este poder se eclipsa, digamos, con un resultado electoral adverso que le niegue una victoria en primera vuelta y un control claro del Congreso, o aun si gana, si se desata una ola de protestas, si ocurre una crisis económica fuerte, todo ello hará que el juego de las elites del poder entre inmediatamente en una etapa de redefiniciones. La prioridad para estas minorías selectas no es el tipo de régimen político, la forma que asuma el gobierno y la renovación del Ejecutivo, sino la capacidad generadora de orden. Esa capacidad depende del presidente (de su salud), de su círculo, y



de alianzas o pactos, más que de organizaciones, leyes o reglamentos. La democracia es sólo la manera como este poder se viste: es elegido por el pueblo y manejado por sus representantes sobre la base de la prevalencia del Ejecutivo sobre los otros poderes y el peso del Estado sobre la sociedad civil. Por eso es que necesitamos adjetivarla: democracia limitada, liberal, delegativa, de referéndum.

## ELITES EMPRESARIALES

A juzgar por las declaraciones privadas y públicas de las elites empresariales, y de lo que se observa en eventos claves como el CADE último, existen tres facciones. Una primera apoya sin reservas el continuismo. Lo hace porque la política económica los favorece (exportadores tradicionales, multinacionales, sistema financiero), porque tienen acceso preferencial al poder (algunas constructoras, parte de los grupos de poder económico, ciertos sectores de la pequeña empresa), y porque dependen fuertemente de la capacidad de gasto (medios de comunicación) y de programas de gobierno (la reestructuración financiera, políticas tributarias selectivas). Una segunda facción es neutral o distante porque tiene menos entrada y más temor al círculo del poder. No se oponen en tanto temen abrir una brecha mayor de acceso que después no van a poder cerrar. También por razones económicas. Les preocupa la política de globalización ingenua que terminará de sacarlos del mercado o les hará perder posiciones. Algunos dentro de la facción neutral pueden tener más coincidencias con la orientación de la política económica, pero creen que el gobierno no es capaz de un manejo fino que active/reactive a sectores tales como los exportadores no tradicionales, el turismo y la agricultura.

Una tercera facción es abiertamente crítica y se ha sumado a la oposición. Son industriales, en su mayoría contrarios a la globalización, o menos competitivos

dada la estructura de costos del país o la dificultad de adaptación. Esta facción se expresa a través de líderes gremiales que se han incorporado a la mayoría de las listas parlamentarias. Es el caso de Carlos Bruce y Eduardo McBride (ADEX), Eduardo Farah y Jorge Mufarech (SNI), y Alvaro Quijandría (asociación de empresarios rurales). Podríamos añadir a la lista a personajes que han tenido líos de rentas o que han perdido conexiones con el poder, tales como Baruch Ivcher y Genaro Delgado Parker. También a sectores dispersos de la pequeña empresa no afectos al régimen.

Señalemos que el juego político empresarial en estas elecciones es de cierta neutralidad. Esto se manifiesta en la posición de CONFIEP, dirigida por Roque Benavides, un representante de la primera facción pero respetado por las otras dos, en la medida en que su elección permitió desplazar a líderes excesivamente vinculados al gobierno, como lo fue el ex presidente Sotomayor. Justamente por eso, para revertir o afirmar la correlación de fuerzas, se han registrado presiones oficiales destinadas a lograr que algunas figuras empresariales se pronuncien y rompan su neutralidad. Tal es el caso de Dionisio Romero y Carlos Boloña, quienes –cada cual a su modo (vía entrevistas o comunicados), y en distintos momentos– han tenido que pronunciarse a favor del régimen públicamente «por razones de fuerza mayor». Es la labor de lo que un líder empresarial llamó «la maquinaria».

Por lo que el CADE dejó en claro, interpro que la posición del gobierno ha sido considerar que el sector empresarial está básicamente ganado. No había entonces necesidad de respetar las tradiciones del CADE y de mostrar condescendencia hacia los directivos de IPAE, que tampoco son pesos pesados. La señal fue clara: no concurrió ni un solo ministro, ningún miembro de la bancada oficialista, ningún funcionario importante y tampoco el presidente, cuya ausencia, según Drago Kisic, presidente de IPAE, se dejó entender como



un desaire anunciado. El diagnóstico del oficialismo era que al poder económico mediano local, que constituyó la mayoría de la asistencia a la conferencia, no había por qué dárle importancia, más aún cuando se corría el riesgo de un debate abierto.

## ELITES DE WASHINGTON

El otro centro de poder, el de Washington, representa a nivel mundial y continental lo que Fujimori representa para el Perú: un poder concentrado y sin mayores rivales, pero no personalizado sino institucional y por lo mismo permanente. Además, autolegitimado como vanguardia de la democracia, centro de desarrollo tecnológico, imperio de la libertad y gendarme universal. En la medida en que el poder local se empequeñece ante el poder mundial, este frente le preocupa al gobierno, porque es más difícilmente influenciabile. El Perú de Fujimori depende fuertemente de sus recursos, le afecta su sanción moral; Washington es clave como centro facilitador de inversiones privadas y préstamos de organismos.

Aquí la conferencia de GWU y WOLA, y las noticias que fluyen desde allí, indican una panorama similar al nacional. Existen sectores críticos al régimen peruano en el Congreso. Son gente de derecha e izquierda, que por distintas razones (su defensa de los dere-

chos humanos y la preocupación por el caso de Lori Berenson) manifiestan su crítica. Estos sectores son influidos o influenciados por el lobby de izquierda de WOLA. En este campo también se encuentran funcionarios del Departamento de Estado críticos a Fujimori (Dennis Jett, ahora en el Centro Carter y Elliot Abrams, protegido de Kissinger



*Premier Alberto Bustamante, enviado a jugar en las grandes ligas de la política internacional para explicar lo confuso de la política local.*

y vinculado a Baruch Ivcher), que en general juegan al apoyo condicionado. La postura del Departamento de Estado, la voz oficial del gobierno, es de «neutralidad» frente a la elección, pero se insiste en su supervisión para que sea limpia. Para tal fin están financian-



do con más de un millón de dólares a diversos organismos supervisores: Transparencia, vía la AID, y coordinan con el Centro Carter y el National Democratic Institute. La labor de estos centros de observadores y monitores la complementan otros, incluyendo posiblemente la OEA y la Unión Europea.

¿Qué influye en esta neutralidad, posición reforzada con el retiro de Jett y el nombramiento de John Hamilton, cuyo tono es más diplomático? Hay varios factores. Aparte de Wall Street, centro de poder económico que ve en Fujimori al mejor garante de las grandes inversiones de las multinacionales de origen norteamericano, hay quienes apoyan silenciosamente al gobierno peruano. Entre ellos presumo que el Pentágono y la DEA, y la llamada «*intelligence community*», para quienes la «seguridad nacional» es una preocupación central. El hecho de que la reciente crisis del Ecuador ocurra en momentos en que EE.UU. va a inyectar recursos masivos a la moribunda Colombia (con el objeto de prepararla para una ofensiva contra los carteles de la droga y sus soportes militares), y que en la vecina Venezuela, su principal proveedor de petróleo, la situación sea políticamente volátil, abona en favor de considerar a Fujimori la mejor opción. Las elites washingtonianas convergen así con la posición de las elites empresariales peruanas. No llama entonces la atención que en la conferencia de WOLA el premier y ministro de Justicia, Alberto Bustamante, pusiera todo el énfasis en los logros del gobierno: gobernabilidad, derrota del terrorismo, orden y progreso económico, paz con los vecinos. Este discurso sintonizaba en el fondo con el del Departamento de Estado, en cuya representación William Brownfield alabó los logros del gobierno, y aunque señaló preocupaciones, no las acentuó —en tanto «la democracia es un proceso»—, para terminar haciendo una alusión rápida pero importante al Perú como «nuestro socio en la región andina».

Lo interesante del frente externo es que, a diferencia del interno, puede reaccionar con más fuerza si el régimen va perdiendo el control político. De ahí la contratación por parte del gobierno de dos grandes estudios de abogados para asegurar niveles de acceso a líderes del Congreso y del gobierno norteamericano. De ahí también la presencia (a diferencia del CADE) de dos ministros importantes en la conferencia de GWU y WOLA. El hecho de que sea también un año electoral en los EE.UU. es importante, pues los congresistas y candidatos presidenciales pueden presionar públicamente si la situación en el Perú se complica. Por esas razones, es en Washington, más que en Lima, donde se abre un espacio mayor para la oposición, aunque al intentar ocuparlo se corren ciertos riesgos. En efecto, es peligroso querer compensar la falta de poder doméstico con una alianza con fuerzas externas, y dar así alas al «jurado internacional de elecciones», porque de esa manera se reducen espacios de soberanía, ya bastante estrechos en materia de política económica.

Tal es, entonces, el escenario de las elites empresariales y washingtonianas frente al gobierno y la oposición. En estas circunstancias, el reto para el gobierno radica en seguir siendo el centro de poder, seguir siendo el garante del orden económico, el socio seguro de la región andina. Para ello debe ganar limpiamente en la primera ronda de elecciones y mantener la mayoría en el Congreso.

Una reflexión más, pensando más allá del 2000. Aun si ocurriera una victoria aplastante del fujimorismo, similar a la del 1995, el problema futuro es el de si la gobernabilidad puede sostenerse en torno a un individuo. Su salud puede peligrar, su capacidad puede mermarse, el círculo de poder puede dividirse y el apoyo social desvanecerse en una crisis económica o un gran escándalo político. Esas circunstancias reforzarán a la oposición, que se acercará a las elites para quebrar la alianza oficial de poder. ■





EL *bachillerato*  
Y LA FORMACIÓN (DEL  
SÍNTOMA) MORAL

**GUILLERMO NUGENT**



A fines del año pasado, en octubre y noviembre especialmente, hubo un interesante debate público acerca de la inclusión en el currículum del bachillerato del curso de religión católica. El punto final fue la incorporación de esta materia, luego de una reunión en privado entre el arzobispo de Lima y el presidente Fujimori.

Durante el debate se aludió de manera genérica al «curso de religión», pero quedó claro que no se trataba ni de un equivalente de historia de las religiones y menos aún de una presentación ecuménica de las principales corrientes religiosas en el mundo contemporáneo, posibilidades que habían sido explícitamente descartadas en el curso de los discusiones.

El tema se había insinuado ya a comienzos del 99, cuando algunos obispos señalaron su extrañeza por la existencia de un currículum laico en la propuesta del bachillerato. En ese entonces sólo se mencionó la posibilidad de un curso de religión (católica) como materia electiva. Reapareció nuevamente en el segundo semestre, pero esta vez como petición de obligatoriedad. El cambio de la exigencia probablemente tuvo lugar luego del debate y aprobación en una comisión del Congreso de una nueva causal de divorcio, que despertó una sostenida oposición clerical.

Aparentemente se habría tratado de una negociación donde a cambio de la aceptación de una nueva causal de divorcio se concedió la inclusión del curso de religión católica en el currículum del Bachillerato como materia obligatoria. Para completar el cuadro inicial se debe agregar el carácter fuertemente corporativo de la discusión. Aparte de los obispos y algunos particulares, no se promovió la participación de asociaciones de padres de fa-

milia o estudiantes de secundaria, las partes directamente concernidas, en un debate que aparentemente se orientaba a su beneficio moral.

## EN EL TERRITORIO DE LAS PERPLEJIDADES MORALES

Los argumentos en juego durante este debate, sin embargo, no se referían sólo a un problema coyuntural. La formación moral era puesta en directa conexión con la educación pública y el catolicismo, como si no fueran suficientes las parroquias y las muy abundantes festividades del catolicismo popular para asegurar su presencia pública. El debate tocaba un tema que efectivamente pocas veces es tratado de manera explícita: ¿cuáles son las bases para una cultura pública democrática? ¿Qué alcance del pluralismo estamos dispuestos a reconocer como sociedad? ¿Queremos hacer de la tolerancia un referente cívico central? ¿Cómo evaluar las consecuencias para la sociedad de determinados órdenes morales?

América Latina es el lugar donde la Iglesia Católica ha tenido un virtual monopolio moral desde hace cinco siglos. Como es bien sabido, también es el territorio de las perplejidades morales por excelencia: es el lugar con las mayores disparidades sociales (en los ingresos como en servicios) y también es el área con la mayor tasa de criminalidad callejera.

Las demostraciones públicas de religiosidad son abundantes: procesiones, devociones múltiples, sociedades donde casi sin excepción las catedrales están al lado de las sedes de gobierno, donde las formas inquisitoriales de enjuiciar pensamientos no han desaparecido del todo y las declaraciones de los obispos con frecuencia son gravitantes en las coyunturas políticas. Para no



mencionar el más reciente fenómeno de concentración de masas ante las visitas del papa. Ante un panorama así cabe la pregunta: ¿por qué todo ese aparato cultural, y de pretensiones monopólicas en el terreno de la moralidad, es tan ineficaz para hacer frente a tareas básicas de cualquier orden moral comunitario como garantizar un básico sentido de equidad y ser un límite para agresiones elementales como el robo y el asesinato? Pues, en efecto, la desigualdad latinoamericana no surge por generación espontánea: ha requerido la consolidación de una cultura pública que presentó tal estado de cosas como algo moralmente normal a lo largo de generaciones. Pero si sólo mencionáramos esta parte del problema la respuesta sería sencilla: es un recurso manipulador de los sectores más poderosos, lo que a su vez tiene una fuerza convincente también sencilla. En el otro extremo de la escala social las cosas no son muy distintas: los delincuentes comunes suelen ser personas a su vez muy religiosas. En *Noticia de un Secuestro* García Márquez narra cómo los sicarios de Pablo Escobar eran devotos del Niño Jesús y a la vez capaces de matar a rehenes con profesional sangre fría.



## LA LEY ESTÁ LEJOS... PERO EL CIELO ESTÁ CERCA

Es fuerte la tendencia a encontrar las explicaciones de este fenómeno en tales o cuales categorías intrínsecas del catolicismo. Y no es de mucha ayuda al momento de ocuparse de algo tan poco teológico como lo es el sentido del orden público. Un problema político en primer lugar. Quisiera plantear otra manera de abordar la cuestión.

Aún ahora, cuando surge algún problema vinculado con la puesta en práctica de una ley, se invoca en la polémica o el comentario políticos, la expresión «la ley se acata pero no se cumple». Se alude de esta manera a un criterio de gobierno que emplearon las autoridades en los territorios de la América española en la época colonial. La razón se apoyaba en una realidad tanto geográfica como comunicativa: los virreynatos estaban lejos de las metrópolis. Tan lejos que no era posible un control efectivo de la aplicación de la ley. La letra decía una cosa pero a la hora de los hechos las autoridades podían hacer bastante de lo que les viniera en gana. Entre la letra y la acción había, literalmente, mucha distancia.

Los pobladores de estos territorios vivían en una situación muy parecida a la descrita en un relato del siglo XX, *El Coronel no tiene quien le escriba*, donde Aureliano Buendía espera un papel escrito, el reconocimiento y la pensión de su retiro, que nunca llega. En un sentido más amplio, el papel escrito, el papel de la ley efectivamente nunca llegaba a los lugares donde vivía la gente porque éstos eran muy lejanos. Este énfasis en la situación de lejanía de Occidente, además, es parte de las representaciones públicas en la mayor parte de países latinoamericanos. Sea en representaciones explícitas como es usual en Chile y Argentina o como un modelo mucho más frecuente en la cultura del humor que consiste en la imitación plebeya del hombre letrado, occidental, del cual Cantinflas llegó a ser la





Robert Doisneau

chos que no son «de verdad». El milagro se caracteriza en primer lugar por su condición de acontecimiento extraordinario, fuera de lo usual, pero que sirve para manifestar un orden o un poder ocultos. Un caso central es cuando ante la ocurrencia de un terremoto se derrumban muchas edificaciones pero en determinado lugar hay una pared que siguió en pie. Ésta, además, es la historia que da lugar al culto del Señor de los Milagros. Hay también los milagros que permiten realizar hechos imposibles, especialmente vinculados a enfermedades. Hay otros que se refieren a poder conseguir un empleo, llevar a buen término una experiencia amorosa. Pero no se trata sólo de hechos aislados sino de una reali-

figura emblemática, pero también está el equivalente literario de H. Bustos Domecq, el personaje creado por Borges y Bioy Casares. Sea en términos geográficos o sociales, el trasfondo común es imaginar una situación colectiva donde se está a mucha distancia de los verdaderos centros de poder y de referencia.

Un complemento de lo anterior es que la realidad no sólo es considerada como carente de la letra de la ley sino además es pletórica de milagros. Durante mucho tiempo se ha subestimado en los estudios de la realidad social la importancia de los milagros, sin duda por consideraciones de un cierto fisicalismo ingenuo que se refiere a he-

dad que en general está marcada por los acontecimientos extraordinarios, lo que ha puesto nuevamente de relieve la literatura latinoamericana de buena parte de la segunda mitad del siglo XX.

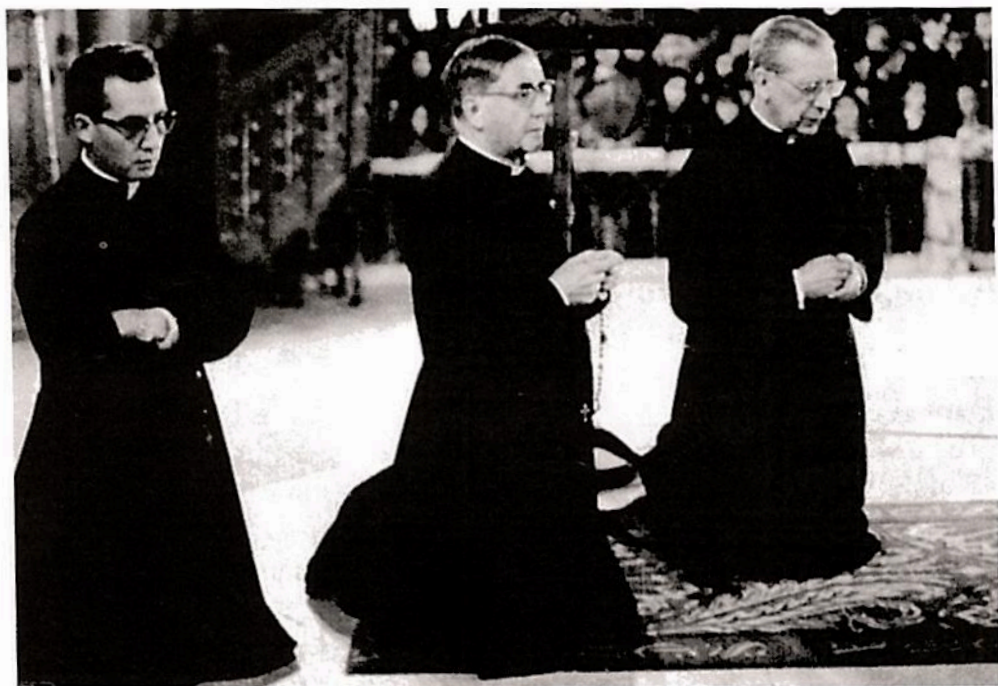
Tal vez los milagros son importantes porque permiten realizar los deseos por vías que son más seguras o probables que las disponibles en un orden puramente mundano. Ante la inexistencia de un orden regulado por leyes, donde el privilegio en general tiene mucho más peso que la norma, lo inesperado se convierte curiosamente en lo más buscado. La conocida expresión «sólo cabe esperar un milagro» se aplica en circunstancias muy diversas:



puede ser cuando una persona, en muy grave estado de salud, ingresa a un quirófano y sus familiares que están afuera, pendientes de lo que sucede, escuchan esas palabras. O al referirse a los sobrevivientes de un accidente de aviación, en medio de la más tupida selva amazónica y al cabo de varios días de búsqueda infructuosa, los medios de comunicación afirman que... sólo cabe esperar.... Pero la expresión también se usa cuando se discute las posibilidades de clasificación de la selección de fútbol en un determinado campeonato, o también en casos como éste: «el ómnibus interprovincial estaba tan maltrecho

sacarse el premio mayor de la lotería y así poder pagar una casa cuyo valor excede ampliamente su capacidad de pago como funcionaria. Si se logran esos propósitos se asume que hay algún grado de intervención milagrosa.

Pero el caso más notorio, por su relevancia política, fue un célebre discurso que dio el primer ministro de Economía que tuvo Fujimori en 1990, quien anunció en TV medidas severísimas que incluían devaluaciones, terribles aumentos de precio, lo que entonces se llamaba un «shock económico». Luego de leer las aterradoras medidas adoptadas en política económica, finalizó su inter-



que llegamos a nuestro destino de puro milagro». Todas esas son circunstancias donde se espera algún tipo de intervención o ayuda divina, algo externo al orden mundano, para llevar a cabo una acción. Se mueven en este registro también las «promesas» de devoción: si el hijo ingresa a la universidad, si el próximo mes puedo conseguir un empleo, si el marido puede superar el alcoholismo. La actual Fiscal de la Nación reza para

vención con las palabras más sinceras de toda su intervención: «Que Dios nos ayude». Una manera de decir que no había ningún elemento en la realidad de ese plan que estuviera de parte de la población afectada y subrayar, además, el albur que en ese momento suponía el plan propuesto. La frase no era para expresar una ardiente religiosidad del funcionario. Todo el mundo entendió que era para subrayar la incertidum-



bre ante los resultados que podrían tener esas medidas extremas.

En general, se puede establecer sin mucha dificultad una correlación entre precariedad normativa secular y expectativa religiosa. Ahí donde las acciones sociales no pueden ser mundanamente previsibles por la ausencia de normas equitativas o de aplicación imparcial, el recurso fundamental es la apelación religiosa. Nótese que no se trata de la presencia religiosa para los momentos de tránsito en el ciclo vital y que son frecuentes en cualquier tipo de sociedad: el nacimiento, matrimonio y fallecimiento, o para referirse a la formulación sobre la finalidad de la vida en su sentido más genérico. Aquí se trata de una cuestión distinta: el catolicismo es el factor de cercanía celestial para compensar la lejanía de la ley.

En el Perú tenemos la ventaja de contar con las religiones orales, muchas de ellas formadas en tiempos previos a la llegada del catolicismo. Esto nos permite hacer comparaciones de un gran interés. La diferencia de actitudes ante la esfera pública es notoria. En efecto, prácticas tan difundidas como el pago a la tierra o el culto a los *apus* en el área andina no pretenden constituirse en elementos compensatorios de ninguna precariedad normativa secular. Tal vez por ello nadie le pide milagros a la *pachamama* o a los *apus*, que es algo distinto a sentimientos de protección, compañía o agradecimiento, pero también de temor. Por lo demás, estos cultos, cuya vigencia difícilmente puede ponerse en duda, jamás han formado parte de ningún programa oficial de

educación escolar. Por si lo anterior no fuera suficiente, además, han tenido que hacer frente a la presencia muchas veces depredatoria del cristianismo en muchos casos; el catolicismo en la época colonial con la extirpación de idolatrías y los grupos evangélicos en la segunda mitad del siglo XX.

Ni siquiera en los momentos de más ferviente indigenismo en el siglo pasado, a alguien se le ocurrió incluir una enseñanza oficial de religiones orales, pues la vigencia religiosa no era un asunto que pasara por el proceso de la educación formal.

Podemos afirmar que la relación entre catolicismo y formación moral, en un sentido cívico, es más bien un síntoma. Es la revelación de un sentido muy precario de legalidad. Ahí donde se indica la presencia indispensable del catolicismo en una parte del aparato estatal es porque hay una pobreza de instituciones seculares con la capacidad de legitimar un orden social. Dicho de otra forma, nos acercamos más al mundo práctico si invertimos los términos del problema: no es que el curso de religión católica sea la garantía de una adecuada formación moral de los jóvenes. Es la mejor manera de continuar un prolongado estado de cosas que precisamente ha bloqueado una moral pública, laica y civil, capaz de poner límites a la desigualdad y la criminalidad generalizadas. Es precisamente a partir de esa carencia que luego la Iglesia Católica aparece como el indispensable mediador tutelar en situaciones de conflicto extremo entre partes que no logran moverse en un común terreno moral. Ciertamente las cosas empeorarían sin esa mediación, pero también es cierto que alejan las posibilidades de autonomía de los actores políticos, debido justamente a ese carácter extramundano de la conciliación.

## DEL PRIVILEGIO DE OPINIÓN A LA CONVERSACIÓN SOCIAL

Cualquier esfuerzo serio por crear una moral ciudadana a la altura de las





actuales exigencias democráticas empieza por un cuestionamiento, como todo lo demás en nuestras sociedades, a los privilegios. En este caso se trata de los privilegios de opinión. Aquellas opiniones que se consideran distintas y superiores a las de cualquier ciudadano porque se asumen como portadoras de una dimensión tutelar. En el Perú y varias otras sociedades de América Latina, esos privilegios de opinión son de un carácter castrense y clerical: los que mejor saben qué proyecto de sociedad necesitan los ciudadanos, cómo entender la soberanía o bien cómo conducirse en el terreno de las privacidades individuales, del ejercicio de la sexualidad, siempre son otros que la gente común. Hasta usan ropas, uniformes y hábitos, distintas a las de cualquier ciudadano para emitir sus opiniones —que suelen moverse en el terreno de las órdenes, con especial predilección por las prohibiciones. Y si estas opiniones tutelares son desoídas, el paso siguiente es la amenaza, desde los cuarteles o los templos, al precario orden social. Por si lo anterior no fuera suficiente, se trata de discursos elaborados en instituciones donde las mujeres o bien son excluidas o se les reserva un papel muy secundario. Es decir, opinar es una atribución congénita que posee sólo la mitad de la población en el mejor de los casos.

Tengo 46 años, casi todos ellos vividos en el Perú, y no he hecho más que describir un libreto que he visto repetirse hasta la saciedad desde la niñez. Nadie puede pretender negar esa conexión de acontecimientos. Pero no todos piensan que un escenario público delimitado por los privilegios de opinión sea necesariamente deplorable o que se le deba poner término con carácter urgente. A contracorriente de cualquier prejuicio de elitismo racionalista de vieja escuela, la gente con menor grado de instrucción no son los principales partidarios de este orden (la vituperada cultura chicha, por el contrario, es la primera ruptura nítida y de carácter masivo con el universo de los privilegios de

opinión). Más bien a medida que se avanza en la escala de la formación profesional aumentan los partidarios del tutelaje político-moral, porque también el incremento de los beneficios es más tangible.

Esta es la principal razón por la cual, a pesar de un notable aumento de la población con estudios universitarios en las últimas tres décadas, la aparición de una cultura pública crítica, laica, intelectual en el mejor sentido de la palabra, sigue como tarea pendiente en nuestra sociedad. «La gente no lee», el estribillo que se usa a manera de coartada para explicar esta apatía relacionada menos con los que apenas poseen instrucción primaria que con una amplia población universitaria y profesional que prefiere incorporarse al aparato del tutelaje para estar un poquito por encima de los demás y un montón por debajo de los tutores institucionales del poder.

De hecho, si alguna política educativa se debiera seguir a este respecto con los jóvenes, es más bien un trabajo de alerta y cuestionamiento a ese mundo adulto (pero con emociones infantiles pasmadas) de sensibilidades petrificadas por los privilegios de opinión. Mi experiencia en la docencia universitaria me ha mostrado que las convicciones más estables, eso a lo que en los debates se alude como «formación moral», son aquéllas producto de la libre participación en una conversación y la continua experimentación con preguntas y respuestas. Así la gente aprende que la formulación de normas para la vida en común es una constante confrontación con nuevas necesidades sociales, lo que Dewey llamaba la reconstrucción de las teorías. Y es una manera también de lograr un crecimiento y maduración personal. Mientras que el severo aprendizaje de una doctrina acabada usualmente se reduce a un adiestramiento en la rutina de mandar y obedecer. Que para el caso de nuestra sociedad tiene como enseñanza básica que las leyes civiles, aquéllas que son resultado de muchas conversaciones y algunos acuerdos, bien poco valen. ■



# QUEHACER



## TARIFA ANUAL

(6 números)

NACIONAL	S/. 75.00
INTERNACIONAL	
América Latina y el Caribe	US\$ 60.00
Resto del mundo	US\$ 80.00

Deseo tomar ( ) suscripción(es) anual(es)

A nombre de .....

.....

Dirección: .....

Ciudad: ..... País: .....

Tel.: ..... Apdo. postal .....

email: .....

### Nacional:

Envío:

( ) Cheque a nombre de DESCO, o

( ) Abono directo a la siguiente cuenta bancaria:

**Banco Wiese - Lima**

**Cta. Cte S/.**

**071-2568829 / DESCO - Publicaciones**

### Internacional:

Envío:

( ) Cheque a nombre de DESCO, o

( ) International Money Order a nombre de DESCO, o

( ) Abono directo\* a la siguiente cuenta bancaria:

**Banco Wiese - Lima**

**Cta. Cte. US\$**

**071-1222170 / DESCO - Publicaciones**

\* Los costos bancarios, tanto del país de origen como de destino, corren a cargo del suscriptor.

En caso de abono directo, nacional o internacional, remitir a nombre de la revista QUEHACER, vía fax o por correo normal, fotocopia de la nota de depósito.

# desco

Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo

LEÓN DE LA FUENTE 110 - LIMA 17 - PERU ☎ 264-1316 - FAX 264-0128

UNMSM-CEDOC



# «ADELANTE, TEMPESTAD...»

MARCIA RIVERA\*



**A**caba de cumplirse el primer año de gestión del controvertido, carismático, e incuestionable nuevo líder de Venezuela, Hugo Chávez Frías. No ha sido un año cualquiera. El país ha sentido las reiteradas convulsiones generadas por una crisis económica arrastrada desde hace más de una década, las impulsadas por el «fenómeno Chávez» y su proyecto de revolución pacífica cívico-militar y, además, ha tenido que enfrentar una catástrofe natural que dejó miles de muertos y cerca de medio millón de personas sin viviendas, fuentes de trabajo, escuelas

ni comunidades. Sin duda, una agenda pesada, en cualquier liga.

En Venezuela todos pasan balance hoy de lo que ha sido el intento de reinención colectiva que se inició con la llegada al poder, hace un año, de este agudo estratega criollo que logró el aval de millones de venezolanos para transformar radicalmente al país. Para el Presidente Chávez, hubo varios aspectos sobresalientes: haber frenado el prolongado deterioro de la economía, haber evitado una explosión social de grandes proporciones y, sobre todo, haber logrado diseñar y aprobar por la vía democrática un nue-



vo ordenamiento constitucional que ofrece un marco apropiado para la transformación económica, política y social del país. Sin ambages ni temores así lo anunció a la población: «adelante tempestad, que ahora tenemos con que enfrentarte».

Para la gran mayoría de los venezolanos, este primer año significó cambios importantes, si bien todavía modestos en el ámbito económico; ciertamente la situación sigue siendo dura y difícil y los empleos escasos. Pero ya comienza a verse la luz del otro lado del túnel. El gobierno ha realizado inversiones importantes para mejorar la salud, la educación y la vivienda, sobre todo en los sectores pobres. Las comunidades están siendo revitalizadas y se están iniciando numerosos programas de adiestramiento, recalcificación laboral y estímulo a la producción, que deben dar fruto en los próximos meses. Y ha decidido, con vehemencia, emprender el camino de un desarrollo basado en potenciar las capacidades de todas las personas de la sociedad. Cancelar la deuda social ha sido y sigue siendo el primer objetivo del movimiento encabezado por Hugo Chávez. En el terreno de lo simbólico también se verifican importantes conquistas para la población del país. La dignidad personal y nacional se ha colocado en lugar central del discurso y la acción del Estado; la solidaridad es el eje de la gestión pública; y un conjunto de nuevos líderes, mayoritariamente mestizos y de extracción popular, ocupa los espacios públicos de discusión y debate. Por otro lado, rei-

teradamente el gobierno de Chávez ha demostrado que las políticas económicas y sociales de Venezuela se diseñan e instrumentan en atención a las prioridades nacionales y a los análisis realizados en el país, y no en atención a lo que dictan los organismos financieros internacionales. Lo mismo puede decirse de la actual autonomía de que gozan las relaciones internacionales del país, habiéndose opuesto la Cancillería venezolana, formal y cordialmente, a varias propuestas o iniciativas de Estados Unidos en este primer año de gobierno. Esto no tiene antecedentes recientes en ningún país de América Latina y constituye una base importante del apoyo que continúa gozando Chávez entre los sectores populares. «El tipo tiene los pantalones bien puestos y está con los de abajo», dice la gente.

Una minoría poderosa y vociferante, con capacidad de incidir en la opinión pública internacional, insiste, sin embargo, en que el país va rumbo al precipicio. Argumentan que la nueva Constitución fortalece desproporcionadamente la figura presidencial, que no se ha logrado reactivar la economía y que los capitales no encuentran un clima propicio para la inversión en Venezuela. Sin embargo, los datos económicos del desempeño del primer año de gestión no avalan esas apreciaciones: la inflación está en su nivel más bajo en trece años, ha habido estabilidad cambiaria, las reservas internacionales se han incrementado y la caída del producto bruto ha comenzado a revertirse. En realidad, el gran temor de la oposición parece tener otras razones. La entrada en vigor de la nueva Constitución les confirma que cambiará radicalmente la estructura del poder político en Venezuela y Chávez no escatima oportunidad alguna para

\* Científica social puertorriqueña. Directora Ejecutiva del Instituto Latinoamericano de Educación para el Desarrollo (ILAEDES) y asesora de organismos internacionales en procesos de desarrollo económico y social en América Latina.



recordarle a la élite política tradicional que ha usurpado propiedad, derechos, recursos y privilegios, que llegó la hora de que éstos sean compartidos con los que nada han tenido. El próximo 28 de mayo, se celebrará un proceso electoral general para revalidar o elegir nuevas autoridades en todos los cargos electivos del país y será entonces que se verifique cuán profundo o radical será el cambio en Venezuela. Todos los pronósticos avizoran un nuevo triunfo arrollador del movimiento encabezado por Hugo Chávez.

Sin duda, el «pueblo» venezolano se siente interpretado por su presidente, un ser que conjuga todos los elementos del realismo mágico latinoamericano y que parece estar dispuesto a revertir la situación de opresión y miseria que han vivido las masas empobrecidas del país. Primeramente, se maneja

en los medios con elegancia, gracia, soltura y una extraordinaria capacidad pedagógica. Permanentemente le está explicando a la población las decisiones que se toman, las razones que llevaron a ello, las gestiones realizadas, los resultados y las perspectivas, siempre con una gran sencillez y honestidad. Ocupa todos los espacios posibles de debate y discusión, y utili-

za el lenguaje cotidiano popular, adornándolo con humor y frases «bonitas» e inspiradoras en sus alocuciones públicas. En simultáneo invoca al Dios cristiano y a los espíritus indígenas y africanos para que le ayuden a trans-



*Bajo la imagen del Libertador, el coronel todavía esquivo el laberinto.*

formar a Venezuela y le habla a la gente directamente, como si los tuviera al frente, convidándolos a entender todo lo que sucede en el país. Sus mensajes frecuentes muestran gran convicción y profunda humanidad, y cuando cree haberse equivocado reconoce públicamente sus errores, acto impensable para el grueso de los acartonados líderes políticos de nuestra América.

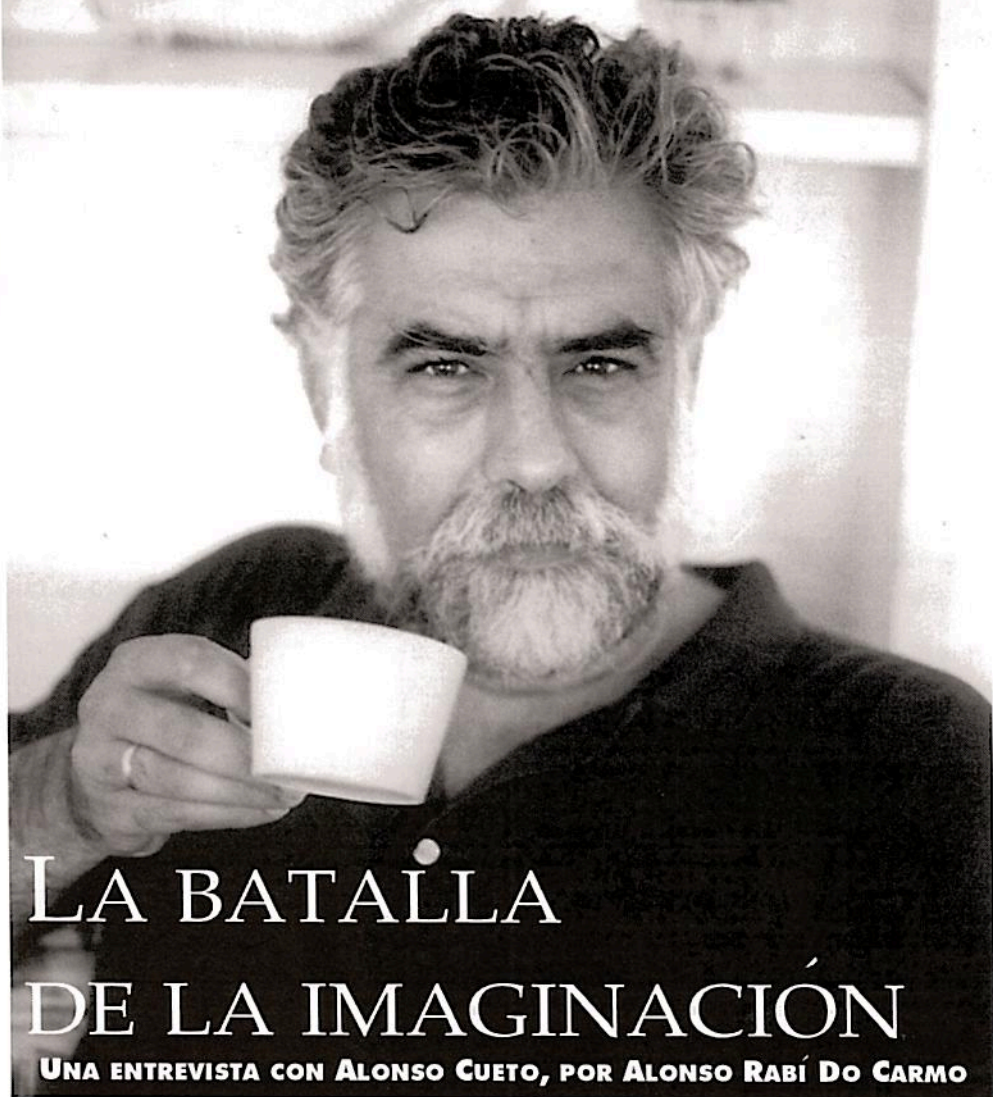


Como ningún líder actual de la región, se desplaza desde el humor y la sencillez hacia la seriedad, el análisis profundo, documentado, y la toma de decisiones, por difíciles que sean. Sus argumentos siempre están basados en una lógica que responde a una concepción de sociedad donde la prioridad debe ser la satisfacción digna de las necesidades básicas de la gente. Su consigna de gobierno es crear oportunidades reales para que las personas puedan, a través de su propia acción, mejorar sus vidas. Por eso, cuando Chávez habla el pueblo entiende.

De ahí que los casilleros tradicionales no nos sirvan para clasificarlo. Se equivocan los que le acusan de tener vocación dictatorial o de ser un populista más. Nada más lejos de esa imagen que le han creado los medios internacionales, asesorados por la minoría opositora a su gobierno. Hugo Chávez no cree en conceder dádivas ni en comprar a la población con políticas clientelísticas. Los datos de su balance de gestión demuestran, por ejemplo, una gran prudencia en el manejo del gasto público, habiendo reducido el déficit fiscal en 62% a lo largo del año. Tampoco cree que el gobierno es quien debe asumir toda la responsabilidad por los procesos de una sociedad y permanentemente le recuerda al sector privado y a la sociedad civil sus respectivas responsabilidades. Aún ante la inmensa tragedia acaecida y las necesidades de los afectados, el gobierno ha sido extremadamente cauto en no incrementar la deuda externa y ha preferido apostar a soluciones que potencien los recursos internos que están subutilizados. Por eso, identificarlo como populista o compararlo con Fujimori, como se hace con frecuencia, no tiene sentido. Chávez, el militar mulato, bolivariano, emprendedor, elocuente, sincretista, épico, humanista, jocosos y decidido al cambio, obligará a muchas revisiones teóricas en las ciencias sociales y continuará dando sorpresas al mundo entero.

En su primer año de gobierno Hugo Chávez ha dado muestras innegables de su astucia política y su capacidad estratégica. Su gestión está llena de anécdotas simpáticas que muestran su naturaleza desafiante y su voluntad de cambiar el curso de la historia venezolana. Cuando hace algunos meses el organismo electoral vigente, dominado por los antiguos partidos políticos, le prohibió hacer sus programas semanales de radio y televisión y le impuso una multa para evitar que hiciera campaña en favor de sus candidatos para la Asamblea Constituyente, aceptó bajo protesta el castigo. No asistió al programa de radio, que él mismo conduce, pero llamó por teléfono y siguió el diálogo que la gente había iniciado con otra moderadora. Poco después, en vez de ir a la estación para hacer el programa de televisión, invitó a la población a asistir a la casa de gobierno y desde un balcón del segundo piso entabló la conversación que cada jueves sostiene en la TV. El resultado: todos los canales de televisión se encadenaron para transmitir tan singular evento. La multa, de unos quince mil dólares estadounidenses, fue llevada hasta el organismo electoral en carretillas, sacos y latas repletos de monedas recogidas a lo largo y ancho del país por sus seguidores. Hugo Chávez ha completado su primer año en el poder y Venezuela no sucumbió a una hecatombe como planteaban muchos medios internacionales. Por el contrario, ha podido hacer frente de una forma racional y eficiente a un desastre natural de grandes proporciones y a una crisis económica que a otros países hubiera paralizado, como es el caso de Ecuador, de Honduras, Guatemala, Nicaragua y otros. Chávez ha dejado muy en claro su compromiso de construir otra ruta hacia el desarrollo y las políticas que ha impulsado tienen buenas posibilidades de éxito. No pasará mucho tiempo antes de que otros países de la región se animen a intentar hacer lo mismo. ■





# LA BATALLA DE LA IMAGINACIÓN

UNA ENTREVISTA CON ALONSO CUETO, POR ALONSO RABÍ DO CARMO

Alonso Cueto acaba de publicar *Demonio del mediodía*, ambiciosa novela ubicada en el Perú de los ochenta.

**R**econocido narrador peruano, Alonso Cueto acaba de publicar *Demonio del mediodía*, la que tal vez sea su novela de más largo aliento. Buena ocasión para conversar con él de diversos temas, como sus inicios literarios, la tradición narrativa peruana y algunas características de su propia obra. Aquí el diálogo.

¿Podrías recordar tu primer deslumbramiento con la lectura?

La lectura es siempre una pasión solitaria. Uno descubre esa adicción sobre todo cuando ha tenido una infancia solitaria. Y yo tuve una infancia signada por la soledad, muy enfermiza, pasando mucho tiempo en cama, de manera que las paredes de mi cuar-



to fueron los confines del mundo. Eso motivó que tuviera siempre una sensación de limitación, provocada por mis problemas de salud. Fue en esa época que descubrí las grandes novelas de aventuras. De todas esas novelas de aventuras, que fueron muchas, las que más recuerdo son las de Julio Verne y, de manera muy especial, **Miguel Strogoff**. La voracidad con la que uno quiere absorber la vida durante la infancia se tradujo en mí en una voracidad por la lectura, que simbolizaba el deseo de abarcar el mundo. En fin, hasta ahora recuerdo algunas escenas decisivas de **Miguel Strogoff**, cuando le quemán los ojos, por ejemplo. En una de esas noches de insomnio—ahora duermo mejor que en esa época— recuerdo haber terminado hacia la medianoche **Miguel Strogoff** y haberla recomenzado de inmediato, hasta las tres de la madrugada, cosa que hoy no podría hacer. La literatura resultó siendo para mí una compensación por la magnitud de sus espacios y la fuerza de los protagonistas, una compensación para mi salud ruinosa.

**¿Cuándo ocurrió el salto a la escritura?**

No podría precisar muy bien eso; en el fondo siempre pensé que iba a ser escritor, que iba a dedicarme a escribir. Me es imposible recordar un momento preciso en que haya decidido convertirme en escritor. Escribí siempre desde niño y eso fue consecuencia directa de la lectura. Lectura y escritura fueron en mí dos procesos paralelos, porque así como lector uno ingresa al mundo de la imaginación a través de los libros, como escritor uno aspira también a ejercer ese derecho a la libertad y la imaginación. Lo que sí tengo en claro es que mi temprana voracidad por la lectura fue lo que me impulsó a escribir. Creo que la vida no puede entenderse solamente con ensayos, elucubraciones, razonamientos o reflexiones; a todo eso hay que agregar esas historias que se parecen a la vida y que provienen de la literatura, una de las pocas vías para

entender con claridad las verdades de la existencia. Por eso las historias han sido usadas siempre para explicar las cosas. Cuando a la gente se le quiere hacer entender la religión, el amor y otros temas, se recurre casi siempre a historias, no a explicaciones. La Biblia es un conjunto de historias, el amor se explica a través del mito platónico, por citar dos ejemplos.

**¿Eso explicaría que el ejercicio de la narrativa fue una prioridad para ti?**

Sí, fue una prioridad en la medida en que nunca pensé que hubiese otra manera de explicarme la vida y el mundo. Incluso me parece extraño que haya gente que pueda sobrevivir y entender las cosas sin escribir. Pero hay un hecho adicional al que quisiera hacer referencia. Además de mi salud quebradiza durante la infancia, esos años estuvieron rodeados por una presencia muy cercana de la muerte. Mi padre murió cuando yo tenía catorce años y de una manera muy seguida murieron muchos amigos y compañeros de colegio. Eso me ha hecho pensar que la literatura tal vez fue para mí una apuesta por la permanencia, por la duración, frente a la presencia amenazante de la muerte, que me fue tocando muy de cerca muchas veces.

**Hace un momento me decías que las historias servían para explicar muchas cosas. Eso trae a colación, creo, el hecho de que a lo largo de la historia literaria se han construido diversos paradigmas para postular la función de la literatura en la sociedad. ¿Actualmente consideras válido alguno de esos paradigmas?**

Yo creo que los textos te eligen, que uno no ejerce la entera decisión de elegir a un autor o a un tipo determinado de escritura. Hay autores y obras que te hacen gravitar hacia su mundo, en esencia por la afinidad que puedas tener con ese mundo. Creo en autores que han creado un mundo; los escritores importantes son los que han creado un lenguaje y un mundo personales, una visión y una dimensión de la rea-



lidad. Lo que cuenta es la visión del artista, del creador. Me parece que uno no debe ceñirse a un paradigma en particular y sí estar abierto a todas las formas. Particularmente siento haber sido elegido por el mundo de escritores como Maupassant, Flaubert, Henry James y Jane Austen, por eso me inclino más a las representaciones de corte realista, de situaciones específicas.

**Ello implica, si no un rechazo, por lo menos una posición de desconfianza frente a los experimentos formales.**

En cierta medida sí. Mucha gente de mi edad que escribe en el Perú y en América Latina ha dejado de creer en los experimentos formales, pues siendo todo lo revolucionarios que puedan ser, están curiosamente fechados, anclados en un tiempo determinado. El surrealismo y la vanguardia, por ejemplo, pertenecen a una época, son un capítulo de la historia de la literatura, aún a pesar de sus enormes méritos, como la reinención del lenguaje y los cánones literarios, y el descubrimiento de nuevas formas de expresión. Pero esas cosas ocurrieron en tal o cual época y después pasó. En cambio, obras como las de Dickens, Maupassant o Jane Austen pudieron haber sido escritas cuarenta o cincuenta años antes o después del momento en que fueron escritas y seguirían siendo vigentes hoy día. Lo que sucede es que muchos de estos experimentos han obviado la materia humana y la emoción. Hay una frase de Goethe que bien grafica esta situación: «La forma viene del cerebro y el contenido del corazón». Con esto quiero decir que la emoción es el punto de partida y el punto de llegada de cualquier relato. A propósito recuerdo que Wilde mencionaba que la muerte de Lucien de Rubempré, un personaje de Balzac, había sido la tragedia más grande de su vida.

**Entonces, ¿cuál sería la función que debería cumplir la literatura?**

Una función muy importante: descubrir y revelar la vulnerabilidad de los seres humanos. Detrás de las apariencias de formalidad, de cortesía y

de indiferencia que tiene la gente, detrás de todas esas máscaras hay un drama ¿no?, hasta en las personas más sencillas hay un drama. La función de la literatura consiste precisamente en descubrir ese drama, en explorar qué hay detrás de las apariencias. No existe otro invento o creación humana que logre cumplir esta función.

## LOS HILOS DE LA TRADICIÓN

**¿Cómo observas el panorama actual de la narrativa peruana?**

Quisiera comenzar a responder con una idea previa. Desde siempre, la literatura está hecha de contrastes y desencuentros; no es posible una literatura hecha sólo de armonía. La literatura —cuando digo literatura me refiero a novela— está hecha de pugnas y rivalidades que van alimentando la intriga de las historias. Esa materia prima es, de algún modo, la esencia cultural de un país como el Perú. Ya desde antes de la llegada de los españoles y la fundación del Perú, este es un país hecho de contrastes y desencuentros que más de una vez han desencadenado hechos violentos. En ese sentido, somos una realidad, una sociedad proclive a generar historias. Sociedades tradicionalmente violentas como la india, la sudafricana o la peruana, tienen gran cantidad de escritores y hay allí más historias de las que uno podría encontrar en Suiza o Noruega, siendo estos países más avanzados, cultos y educados. Ciro Alegría o José María Arguedas, por ejemplo, son escritores nacidos del conflicto y la violencia. Yo no sé en este momento quiénes sean los escritores peruanos más importantes. Me siento cerca, como lector, de los libros de Ampuero, Niño de Guzmán, Thays y Rivera Martínez.

**¿Hasta qué punto es dable hablar de una «tradición narrativa peruana» y quién o quiénes serían sus fundadores?**

El primer gran escritor peruano, para mí, es el Inca Garcilaso. Es una figura emblemática, alguien que quiere vencer al mundo, sobre todo al mundo

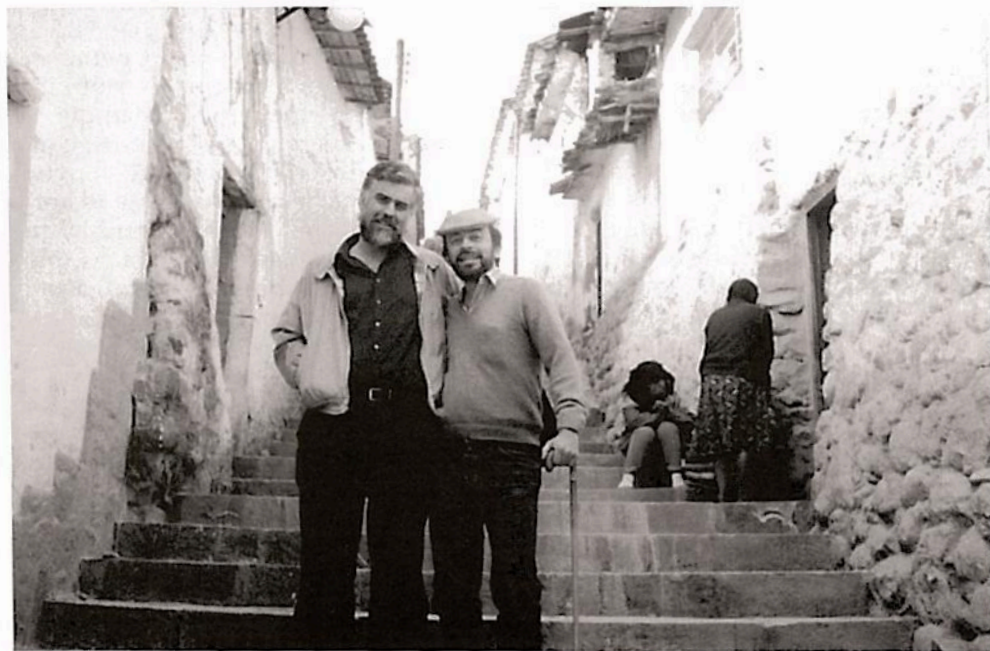


español, de que hubo un imperio en el que la vida era casi perfecta, un imperio que fue una utopía. Esa idea empieza con Garcilaso y termina con Arguedas. Por otro lado, Ricardo Palma quiere convencernos, a su modo, de que la Colonia fue una época amable, en la que la gente se vestía bien y se divertía con las anécdotas, las correrías de los virreyes, en suma, una versión amable de la Colonia escribiendo desde la República. La Colonia, ciertamente, no fue amable y

actualidad, todos los escritores peruanos han escrito bajo el parámetro de la antiutopía. Nadie se atreve hoy a ofrecer una visión utópica del Perú.

Salvo Rivera Martínez con su *País de Jauja*.

Efectivamente, salvo Rivera Martínez. En muchos sentidos él mantiene el paradigma de Arguedas. Eso es algo sumamente interesante. Otra novela que está en esa ruta es *Ximena de dos caminos*, de Laura Riesco. Sin embargo, creo que



En el Cusco, en compañía del escritor Guillermo Niño de Guzmán.

debe haber sido una experiencia espantosa, igual que el imperio incaico no era una utopía. Arguedas vuelca la mirada sobre el ande y nos pide que miremos ese mundo en el que la naturaleza tiene características divinas. Eso explica que en la literatura peruana haya habido una constante idealización de una zona remota en el tiempo y en el espacio. Quien rompe con todo esto y en vez de utopía ofrece una visión descarnada, antiidealizante y violenta de nuestra realidad es Vargas Llosa, quien es algo así como nuestro primer escritor anti utópico. Y desde Vargas Llosa hasta la

la visión de Vargas Llosa, anticipada en cierta forma por Zavaleta, Congrains y Ribeyro, es una tendencia dominante.

Podríamos hablar, entonces, de un antes y un después de Vargas Llosa en la narrativa peruana.

En ese sentido sí. Y también hay que considerar que Vargas Llosa trae, de golpe, un enorme repertorio de variantes técnicas que nadie había llegado a usar con esa maestría. Y es que el estilo, la manera de contar, también implica una visión del mundo, es decir, no es un adorno que se añade a la descripción, sino un modo de interpretar, de enten-



der y de representar. La intensidad del mundo de Vargas Llosa se debe, sin duda, a su estilo, así como también la relativa estabilidad del Arguedas de Los ríos profundos.

Revisando lo escrito en este siglo, se puede afirmar que la narrativa peruana tiene una marcada proclividad por el realismo. ¿A qué atribuyes que otros géneros, como el fantástico, el policial o la ciencia ficción no cuenten con cultores mayores entre nosotros?

Claro, no contamos, por ejemplo, con un gran escritor fantástico. Eso podría deberse tal vez al peso de la realidad social sobre nosotros, tan opresiva e inclemente. Pero el asunto de los géneros sigue siendo una opción muy personal y creo que hay un prejuicio crítico al pensar que ciertos géneros corresponden a cierto tipo de escritor. Hace poco leí un artículo de un escritor negro americano en el que decía algo así como «soy negro, soy escritor, se espera de mí que escriba novelas sobre problemas raciales. ¿Por qué no puedo escribir una novela como *Memorias de Adriano*, una narración histórica situada en la época romana». Lamentablemente hay una presunción, que puede partir tanto de los lectores cuanto de la crítica, que consiste en pensar que si uno es de la sierra pues tiene que

escribir de temas andinos o que si se trata de una escritora ella debe escribir sobre las relaciones de pareja, en fin... Entonces, se tiende a creer que la extracción social o el origen racial del escritor tienen que estar por fuerza vinculados a la literatura que haga. Eso me parece una aberración, en la medida en que así la crítica tiene las puertas abiertas para premiar géneros y no calidades formales o artísticas.

## UNA PERSPECTIVA ÍNTIMA

### ¿Cómo escribe Alonso Cueto?

Es todo un proceso. Escribir una novela exige una periodicidad que tal vez no requieran otros géneros, como la poesía. Escribir me exige convivir durante mucho tiempo con la historia y los personajes. Antes de escribir, que en mi caso es todas las mañanas, procuro involucrarme en el mundo de mis personajes, abandonando la realidad cotidiana. Ahora, no es fácil, integrarse al mundo de la imaginación no es tan sencillo. Es necesario vivir a través de cada personaje, imaginar cómo ve y siente el mundo cada protagonista de la historia. Salir de todo ese proceso y volver a la realidad de todos los días es desolador, doloroso. Con los años, sin embargo, me es cada vez más difícil

1994. En Alemania, participando de un seminario de literatura peruana.





dejar pasar un día sin escribir. Cuando no escribo, convivo con mis personajes. Hace unos días leí que un escritor decía en una entrevista: «Me demoro dos años en escribir una novela. El segundo es para escribirla. El primero, para convivir con mis personajes».

**¿La forma o el fondo, ese viejo dilema?**

En la práctica uno nunca se los plantea como elementos separados. Teóricamente sí, se pueden independizar. En la práctica creo que no podría hablarse de forma sin fondo y viceversa. Al escribir, por fuerza uno trabaja ambos planos. En mi caso particular, me interesa más la construcción del personaje, incluso el argumento está al servicio de esa construcción.

**Toda tu obra parece rezumar una suerte de pasión por las relaciones humanas. ¿Esa preferencia parte también de una premeditación?**

Siempre he creído que las relaciones humanas, sobre todo las más intensas, entrañan un misterio extraordinario y por eso es que me han interesado y me interesan tanto. La amistad, el amor, las relaciones entre hermanos y padres e hijos son temas que me producen una gran fascinación.

**Ese rasgo dota a tus personajes de una gran riqueza interior y, por lo general, el narrador tiende a examinar, a veces con mucho detenimiento, el pensamiento y los sentimientos de cada personaje, como sucede en *Demonio del mediodía*, por ejemplo. ¿Qué tiene que ver Henry James en eso?**

Henry James fue el primer escritor importante que se entregó con una pasión minuciosa a explorar en esto. Los personajes de James tienen una pasión muy grande por la renuncia, no son conquistadores, son, dentro de su elegancia, dignidad e inteligencia, contempladores y derrotados. Esa pasión por la renuncia hace que los personajes de James sean capaces de examinarse a sí mismos, sean capaces de dejar a un lado la aventura física para explorar en su interior y tener con-

ciencia de los resortes que movilizan sus actos.

Definitivamente, en muchos sentidos James es una especie de ser totémico. Por lo menos en las novelas que me interesa contar a mí, me preocupó mucho de que los personajes analicen sus pasiones y las realicen, aunque sea de un modo errático y torpe, como Renato La Hoz, personaje de mi última novela.

**A diferencia de otros escritores peruanos, como Ribeyro, Bryce o Vargas Llosa, tú has escrito el grueso de tu obra en el Perú, concretamente en Lima. ¿Elegiste escribir tu obra en el Perú?**

No sé si hablar de una elección. Lo que sí veo son las ventajas de escribir en el Perú. La primera es que estás muy cerca del habla coloquial. Los giros, las expresiones, la permanente reinventación de esos giros y expresiones, es una fuente muy rica. A veces escucho radio con esa intención, de saber cómo habla y se expresa la gente aquí. Me parece un fenómeno interesante la espontaneidad que puede tener la huachafería. El otro día escuché a un comentarista decir, el día que Brasil goleó a Colombia 9 a 0 que los brasileños «usufructuaron con usura del arco rival»... Ahora hay dos razones más para escribir en Lima. Una es la ciudad, tan cambiante y que ha crecido tanto, que es cada vez más curiosa y me parece un espacio excelente para la exploración. Por último, la gente. Las conversaciones, las ocupaciones, las percepciones de la gente de Lima hoy. No me interesa reproducir cómo habla la gente, cómo vive en Lima; ese material es para mí el punto de partida para una historia imaginaria. Eso no significa que haya que escribir en el Perú. Naturalmente, un escritor puede encontrar algo interesante en cualquier parte del mundo, pero yo me siento atado a esta ciudad, aunque no quiero dejar de reconocer que uno es también escogido y no sólo por la ciudad, sino, fundamentalmente, por la imaginación. ■



# ¿CUÁL NARRATIVA DE LOS NOVENTA?

SELENCO VEGA JÁCOME\*



Mario Vargas Llosa publicó *La ciudad y los perros* en 1962, cuando tenía 26 años. En los ocho años siguientes publicó *La casa verde* y *Conversación en La Catedral*.

**1** Cuando uno asiste a eventos literarios sobre la narrativa peruana de los años noventa, por lo general lo hace sabiendo de antemano que el tema a tratar tiene que ver con la narrativa escrita por jóvenes. Asimismo, cuando uno lee la mayoría de artículos sobre el tema, lo más seguro es que esos artículos traten de escritores noveles como Mario Bellatín, Jaime Bayly, Iván Thays, Sergio Galarza, etc. En otras palabras, cuando se habla de narrativa en el Perú de los noventa, se suele relacionarla inmediatamente con narrativa joven.

Este es un fenómeno por lo menos curioso. En la década que acaba de finalizar, es indudable que los escritores surgidos en los años 50 y 60 han publicado sus mejores obras, fruto de un largo proceso de maduración personal y acumulación de experiencias literarias incanjeables. Está Edgardo Rivera Martínez con *País de Jauja* (1990) y *Libro del amor y de las profecías* (1999); está Oswaldo Reynoso y su extraordinaria *Los eunucos inmortales* (1995),

\* Escritor y profesor de la Universidad de San Marcos



está también Miguel Gutiérrez con *La violencia del tiempo* (1991), *La destrucción del reino* (1992) y *Babel*, el paraíso (1993). Estas obras han cimentado no sólo una labor escritural personal, sino también han ayudado a dar a nuestra narrativa un peso y una importancia que es injusto hacer recaer solamente en Ribeyro, Vargas Llosa y Bryce. Sin embargo, a la hora de los balances y las apreciaciones ocurre que la crítica parece mirar a los jóvenes escritores y a sus obras primigenias como las dominantes de una época que ha sido pródiga en la aparición de obras narrativas importantes. Y no es, empero, que haya una miopía en la crítica, o una injusta postergación de los autores mayores: a éstos se les ha dado la cobertura necesaria y se ha celebrado convenientemente la aparición de sus importantes obras. Lo que sucede, y esto es lo que yo considero un hecho inusual, es que la crítica parece referirse a los noventa como la década de «los nuevos narradores».

La pregunta que me planteo tiene que ver precisamente con este punto: ¿Qué hace que la crítica literaria relacione la producción narrativa con los autores jóvenes?, ¿qué hace que los noventa sea la década no de los autores consagrados, sino de los recién aparecidos?

**2** Cuando Vargas Llosa publicó *La ciudad y los perros* (1962), la novela peruana completaba un largo proceso de alejamiento de la impronta indigenista. Hasta entonces, nuestra narrativa tenía como referentes inmediatos a *Ciro Alegría*, *López Albújar* y el primer *Arguedas*. La novela era vista y valorada por la crítica «oficial» en virtud de su eficacia para retratar de la manera más fiel posible la realidad social y los problemas de los sectores golpeados y oprimidos de la sociedad peruana; esta narrativa, sin embargo, carecía por lo general de una preocupación consistente en el terreno de las formas narrativas. Asimismo, en el plano social, la novela indigenista tenía el problema de hallarse atrapada

entre los poderosos y conflictivos polos de una tradición anquilosada y una modernidad a la cual el Perú ingresaba tímida y tardíamente.

Recién con Vargas Llosa nuestra novelística asume de manera cabal otra lógica que tiene a la narrativa urbana como su mejor ejemplo. Esta nueva narrativa se encarga de difundir los aportes técnicos y estilísticos de los grandes maestros norteamericanos de la Generación Perdida, así como del legado de Proust y James Joyce, ignorados hasta entonces por la tradición indigenista.

Con el auge de la narrativa urbana se da no sólo una gradual asimilación de las posibilidades formales de la escritura narrativa, sino que además se produce, en los creadores, el pleno convencimiento de la naturaleza ficcional de sus obras. Es el momento de Zavaleta, de Ribeyro y Bryce, quienes no ven ya el hecho literario como un reflejo de la sociedad y sus problemas, sino como un ejercicio de creación verbal. Si la narrativa es ficción y es escritura, entonces estos narradores pueden ir en busca de las posibilidades creativas que dependen únicamente de su imaginación y talento.

Tanto indigenismo como novela urbana son los dos hitos fundamentales de la narrativa peruana en el siglo XX. Ambas vertientes, que se niegan y se contradicen mutuamente, se corresponden, sin embargo, con la constitución de una auténtica tradición narrativa en el Perú. Esos escritores, con su esfuerzo acumulado por años, sentaron las bases para una narrativa cada vez más sólida de la cual nuestro país carecía antes. Las quejas del joven Vargas Llosa a fines del 50, con respecto a la novela peruana en general, grafican muy bien tal carencia: la falta de rigor formal, lo muchas veces maniqueo y caricaturesco de las novelas de ese tiempo, hicieron que él buscara en las fuentes angloamericanas los recursos y las posibilidades formales para su propia práctica narrativa. Pero después de Vargas Llosa y los escritores contemporáneos suyos, la asi-





*Al final de la calle fue el estreno de Oscar Malca.*

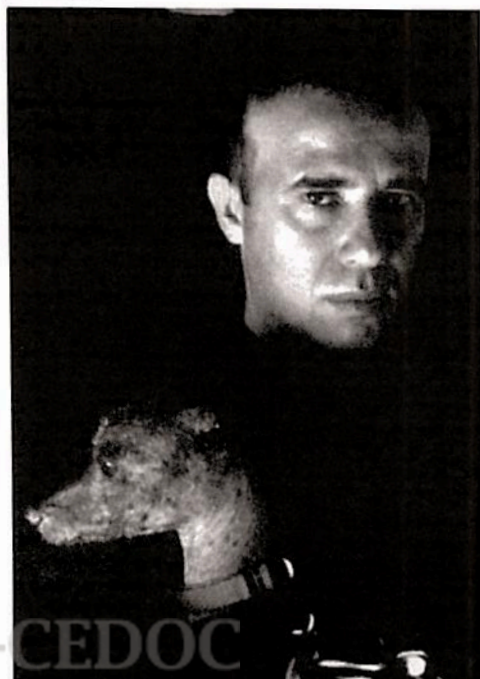
milación foránea se completaba: los escritores del Perú posteriores al «Boom» ya no tendrían que beber de las fuentes narrativas extranjeras: ya tenían a modelos como *La casa verde*, *La palabra del mudo* y *Un mundo para Julius*. Es decir, por fin el peso de la tradición peruana caía por su propio peso.

**3** En muchos sentidos, la obra que escritores consagrados como Oswaldo Reynoso, Miguel Gutiérrez y Edgardo Rivera desarrollaron en la década del noventa se adscribe en esa tradición novelística urbana que proviene de Carlos Eduardo Zavaleta y Vargas Llosa. Los tres, que comienzan a publicar a lo largo de la década del sesenta, son una virtuosa prolongación de esa tradición que asume la narrativa como ejercicio escritural riguroso y con plena conciencia de su carácter ficcional. Por eso, las obras que publicaron en los años noventa, en cierto modo, eran esperadas por los críticos, dada la calidad y el éxito que acompañaron a sus libros iniciales.

Lo que no se esperaba y creó al principio desconcierto fue la eclosión de una narrativa nueva. Sucede que de pronto, a fines de los años ochenta y principios de los noventa, empiezan a surgir autores y obras importantes y

en gran cantidad. Este fenómeno corresponde al profundo malestar y la debacle que produjo la crisis económica, social y política en el Perú de los años ochenta. Estos nuevos escritores se irán diferenciando de la escritura de Vargas Llosa y del paradigma del «Boom». Es cierto que en ellos encontramos rasgos escriturales diversos; sería exagerado afirmar que estos jóvenes narradores escriben igual uno

*El poeta ciego es el sexto libro de Mario Bellatín.*





con respecto al otro; sería igualmente exagerado hablar de una corriente uniforme que los englobe a todos de manera completa.

Sin embargo, creo que esta nueva narrativa, que parece correr paralela con los vientos de una época difícil, de negaciones y contrastes, sí posee una serie de características que la hace distinguible de la producción anterior; esas características le dan, en conjunto, un cariz de particularidad al cual quisiera referirme.

**4** Cuando el personaje principal de **Conversación en La Catedral** se pregunta «en qué momento se jodió el Perú», es en realidad una conciencia crítica la que se plantea tal interrogante; Zavalita, el héroe o antihéroe vargasllosiano es el prototipo de personaje de novela moderno: dotado de una fuerte complejidad psicológica, hecho de fragmentos existenciales que se corresponden con una visión igualmente fragmentada de la realidad, la misma que se elabora a partir del uso de diversos planos narrativos que Vargas Llosa trabaja con solvencia. En buena cuenta, la pregunta de Zavalita era la pregunta por la modernización en el Perú: ¿en qué momento se detuvo la modernización?, ¿en qué momento se jodió el proyecto moderno en nuestro país? Era la pregunta de una conciencia cuestionadora que, en el fondo, creía en el cambio.

En la joven narrativa del noventa, Zavalita, como personaje, es un paradigma imposible. El estilista homosexual de **Salón de belleza** de Mario Bellatín, el Joaquín Camino de **No se lo digas a nadie**, de Jaime Bayly, el M de **Al final de la calle** de Oscar Malca, distan de ser conciencias problematizadoras de su entorno. Todos son personajes brotados de la marginalidad: social, sexual, económica; todos están atravesados por una racionalidad cínica que les impide cuestionar el medio en el que viven: se ha producido en ellos la renuncia a la verdad (cualquier verdad, la del pro-

greso, la de su propia realización individual) y soportan pasivamente el peso de una realidad que los mueve como marionetas y parece haber decidido de antemano el rumbo de sus vidas.

Así como con los personajes, en las novelas de los últimos existe una predilección por la elaboración de ambientes también marginales. Por ejemplo, los espacios por los que deambula el personaje de **Al final de la calle** son degradados y maltrechos: siempre son calles, lugares que pueden ser vistos como decorados urbanos y posmodernos, ciudades luminosas repletas de desechos industriales y productos reciclados. De



*El diplomático Carlos Herrera ha publicado los libros de cuentos **Morgana** y **Las musas y los muertos**, y las novelas **Blanco y negro** y **La crueldad del ajedrez**.*

igual modo, el ambiente del estilista de **Salón de belleza** es precisamente su pequeño salón, convertido luego en un moridero donde van a terminar sus días (alejados de cualquier esperanza de salvación o de cambio) enfermos terminales de un mal que bien podría ser el sida.

Existen además otros rasgos en nuestra narrativa última que pueden ayudar a definirla como un corpus. Por ejemplo, en el terreno formal, hay una predi-



lección por el uso de la primera persona en la narración. Podríamos hablar también, en un nivel extremo, de ciertas deficiencias técnicas compartidas por escritores jóvenes que se llenan la boca diciendo que escriben para vender y que sólo les interesa contar historias, descuidando así el trabajo con la palabra (un ejemplo conocido es el de Javier Arévalo: leerlo es como escuchar un disco cargado de ruidos extraños que entorpecen la audición, es someterse a un chirrido torturante del lenguaje).

Los rasgos señalados anteriormente, si bien cuestionables y parciales, nos sirven para indicar el punto de inflexión sufrido por nuestra narrativa con respecto a la narrativa anterior, tornándola novedosa. Novedad, en este caso, puede ser sinónimo de oxigenación, de nuevos vientos que se vislumbran en el panorama literario peruano. Para otros, sin embargo, novedad puede ser también sinónimo de degradación: ¿Qué se está escribiendo en los últimos años? ¿Es importante? ¿Resiste acaso un Jaime Bayly la comparación con un Edgardo Rivera Martínez, aun cuando venda miles de ejemplares y sus obras tengan ese extraño privilegio a pérdida que es el pirateo editorial?

Pienso, no obstante, que las comparaciones no pueden ir por ese lado. Cuando hace un rato me refería a obras importantes publicadas por escritores jóvenes intenté evitar el uso de una apreciación subjetiva. Creo que esos impulsos narrativos iniciales son valiosos en tanto permiten dar cuenta de un proceso que se está gestando y que indudablemente va a guiar el rumbo de la narrativa peruana de los próximos

años. El hecho de que aparezcan nombres como los de Carlos García Miranda, Miguel Bances, Carlos Herrera no es cosa de todos los días. Hay una conciencia que atraviesa a estos jóvenes narradores que escriben no desde el aire, como lo hicieron los primeros indigenistas o los primeros urbanos que tuvieron que construirse un piso desde el cual producir, sino desde una tradición que durante el siglo XX se consolidó, y no por gusto, en nuestro país.

Es hora de quitarnos la venda de los ojos. Una serie de propuestas nuevas han comenzado a abrirse paso en nuestra narrativa; ellas han originado esa curiosidad y atención de la crítica, que habla de una narrativa de los noventa en términos de

juventud, de lo que esos escritores en ciernes parecen insinuar desde sus primeras obras y con lo que en adelante harán.

Sea cual sea el camino que elijan, estoy convencido de que la tarea más urgente que tienen los jóvenes narradores peruanos es iniciar, en unos casos, y profundizar, en otros, el diálogo con la tradición, ya sea para confirmarla o para negarla (ésta última parece ser la opción elegida por Mario Bellatín, hoy en México). Sólo un diálogo consistente con su legado narrativo, así como un examen crítico de esa realidad de la cual no pueden excluirse, permitirá que sus proyectos cuajen, que se conviertan –o se desintegren como pompas de jabón– en las obras que varios críticos literarios parecen oler a la distancia, pero que hasta hoy sólo se atreven a señalar tímidamente. ■





Nueva publicación

Política  
y  
Antipolítica  
en el  
Perú


Nicolás Lynch



En venta en **desco**

UNMSM-CEDOC





¿Cuánto tienes de la Universidad Católica en tí?  
Seminarios, congresos, exposiciones, mesas  
redondas, Aula Magna, teatro, conciertos,  
escultura, foros, cine, danza, coloquios,  
fotografía, grabados, teleconferencias, pintura,  
educación a distancia...  
Muchas veces, sin darte cuenta, ingresas  
a la Católica.  
Y si estás en la Católica estás en todo el mundo.



Pontificia Universidad Católica del Perú

Toda la vida adelante.

[www.pucp.edu.pe](http://www.pucp.edu.pe)